



TULIO H. ARVELO
—MEMORIAS—

Memorias de Tulio H. Arvelo

Memorias de Tulio H. Arvelo


COMISIÓN PERMANENTE
DE EFEMÉRIDES PATRIAS



República Dominicana
2013

Título de la publicación:
Memorias de Tulio H. Arvelo

Diagramación y arte final:
Eric Simó

Corrección:
Luis Fernández

Impresión:
Editora Búho

ISBN: 978-9945-00-713-8

Impreso en República Dominicana / Printed in the Dominican Republic

PRESENTACIÓN

Tulio H. Arvelo nació en Santo Domingo en 1916. Se graduó de doctor en Derecho en 1943 en la Universidad de Santo Domingo (hoy Autónoma), ejerciendo dicha profesión entre 1944-1947 y 1962-1963. Desde joven combatió la dictadura de Trujillo y luego de varios apresamientos se vio precisado a tomar el camino del destierro, lo que explica su ausencia del país durante casi tres lustros.

Mientras estuvo en el exilio se destacó activamente en los movimientos de resistencia contra la dictadura que operaban desde Cuba, Venezuela y Estados Unidos. Fue uno de los patriotas que participaron en la frustrada expedición de Cayo Confites, que se planificó y estructuró militarmente en Cuba bajo la dirección del general Juancito Rodríguez. Posteriormente, en junio de 1949 formó parte de la expedición de Luperón, acción en la que fue hecho prisionero y en la cual casi todos sus compañeros perdieron la vida. Hacia 1950 de nuevo marchó al extranjero, otra vez en calidad de exiliado, estableciéndose en New York, en donde continuó militando activamente en el movimiento anti-trujillista radicado en esa urbe.

Regresó a Santo Domingo en 1962, tras el ajusticiamiento del tirano Trujillo, y entonces pasó a militar en el Partido Socialista Popular, de orientación marxista. Durante la Guerra Patria de 1965 fue actor de primer orden en la resistencia armada contra la ocupación militar de la ciudad de Santo Domingo por parte de la Infantería de los Estados Unidos.

Después de la Revolución y Guerra Patria de abril, Tulio H. Arvelo fue catedrático de Historia y Filosofía en la Universidad

Autónoma de Santo Domingo, institución académica en la que realizó varios proyectos de investigación histórica. Su presencia en la UASD no se limitó al ámbito de la docencia, pues realizó notables aportes a las transformaciones curriculares de la Academia y en tal sentido fue miembro de la Comisión para el desarrollo y reforma universitaria. Fue, además, director de la Escuela de Filosofía de la Facultad de Humanidades de la UASD durante el bienio 1968-1970.

Entre los libros de su autoría, publicados bajo el sello editorial de la UASD, cabe destacar: *Cayo Confite y Luperón. Memorias de un expedicionario* (1981), *Nuestras luchas civiles, 1844-1965*, publicado en el 2005. Al momento de producirse el lamentable deceso del profesor Arvelo, el 18 de abril de 1988, se encontraba escribiendo sus *Memorias*, que ahora publicamos inconclusas, gracias a la gentileza de sus descendientes y a la gestión realizada por el historiador Franklin Franco Pichardo.

La Comisión Permanente de Efemérides Patrias y el Museo Memorial de la Resistencia se complacen en poner a disposición de las jóvenes generaciones estas *Memorias* de Tulio H. Arvelo, que sin duda constituyen una apreciable contribución al conocimiento de la historia del exilio anti-trujillista en su incesante lucha contra la tiranía trujillista.

COMISIÓN PERMANENTE DE EFEMÉRIDES PATRIAS

Santo Domingo, Enero 2013

Año del Bicentenario del Natalicio de Juan Pablo Duarte

MEMORIAS

Cuando el avión despegó del aeropuerto de Santo Domingo, todavía quedaba en mi memoria el recuerdo de las palabras de recomendación que nos hizo el Embajador de Venezuela en el sentido de no comer ni beber abordo, ni tampoco desembarcar en Curazao cuando hiciéramos escala en esa isla en nuestro camino hacia Caracas.

Me quedaba ese recuerdo que no hubiera querido tener para sentirme completamente libre de las asechanzas del trujillato. Sin embargo, pronto tendría una prueba de que los largos brazos de Trujillo alcanzaban más allá de las fronteras de República Dominicana. Ello ocurrió a los pocos minutos del vuelo.

Se me acercó un individuo que se presentó como admirador nuestro y me dijo que hacía tiempo vivía en Curazao y quería celebrar el logro de nuestra salida del país, que era pariente de una muchacha que había sido esposa de Trujillo.

Tal vez, de no haber sido alertados por el Embajador venezolano hubiéramos correspondido a la invitación de aquel sujeto, de quien se supo más tarde que era uno de los agentes más conocidos con que contaba el tirano dominicano tanto en Curazao como en Caracas. Nunca llegaría a saber de qué riesgo nos salvamos al seguir los consejos del diplomático venezolano, pero lo cierto es que era demasiado sospechoso que un agente trujillista nos invitara a unos tragos acabando nosotros de salir del país después de haberle invadido con las armas en las manos.

Con ese episodio se inauguraba un nuevo período en las vidas de Horacio Julio Ornes, Miguelucho Feliú y la mía. Íbamos camino del exilio sin un plan preconcebido como no fuera tratar de sobrevivir después de ver frustrados nuestros esfuerzos para

derrocar la sangrienta tiranía trujillista, que ya para esos días había cumplido veinte años de instaurada a raíz del alevoso golpe de Estado del 23 de febrero de 1930.

Éramos los únicos sobrevivientes de aquellos hechos del desembarco en Luperón que quedábamos dentro del país después de habernos adherido a una Ley de Amnistía a que se vio obligado Trujillo a dar, luego de los incidentes en que se vio envuelto a raíz de su tentativa de asesinato de un gran número de autoridades haitianas con el presidente de la República a la cabeza, hecho que no llegó a realizarse debido a la denuncia que de sus preparativos hicieron dos diplomáticos dominicanos acreditados en la capital haitiana, quienes, al enterarse de esos planes de Trujillo, volaron a Washington y desde allí hicieron la denuncia correspondiente.

Como esos incidentes sucedieron casi concomitantemente con el desembarco en Luperón y Trujillo se había quejado ante la Organización de Estados Americanos (OEA) de que había sido atacado con la complicidad de los gobiernos de Cuba, Guatemala, Costa Rica y Venezuela, ese organismo internacional recibió la queja del dictador dominicano conjuntamente con la que a la vez había presentado el gobierno de Haití. De esa manera, una comisión de la OEA se ocupó de investigar los dos casos al mismo tiempo por la ligazón que había entre ellos y con la presencia de Trujillo, en uno como acusador y en el otro como acusado.

Como era de esperarse, el asunto se arregló salomónicamente. Nadie fue condenado, pero ambas partes tuvieron que hacer algunas concesiones. Una de las de Trujillo fue permitir que los sobrevivientes del desembarco de Luperón fueran amnistiados y a la vez que se les dejaría la vía libre si querían abandonar el país.

Los sobrevivientes éramos cinco, entre los que se encontraba el nicaragüense José Félix Córdoba Boniche; pero éste, después de acogerse a la amnistía, fue deportado hacia Nicaragua, su país de origen, en donde reinaba la dictadura de Anastasio Somoza

García. Esto equivalía a enviarlo a una muerte segura puesto que Córdoba Boniche tenía un expediente en la dictadura somocista. Sin embargo, esos planes se vinieron abajo a impulsos de la inteligencia y del coraje del luchador centroamericano. Cuando el avión que le llevaba hizo escala en Panamá, logró escabullírsele al agente nicaragüense que lo custodiaba desde Santo Domingo y pidió asilo en ese país. Logró viajar hacia La Habana, Cuba, en donde fue recibido con los brazos abiertos porque allí eran harto conocidas sus pericias desde su captura en Luperón hasta su deportación hacia Nicaragua. En La Habana vivió un tiempo y después siguió su peregrinaje en busca de nuevas oportunidades para lograr su participación en cualquier empresa encaminada a la liberación tanto de su oprimido pueblo como de los demás que sufrían los embates de algunas tiranías.

La última vez que se supo de Córdoba Boniche fue cuando se produce su muerte acaecida en Ciudad de México en 1973.

En cuanto al otro sobreviviente, José Rolando Martínez Bonilla, ya había abandonado el país unos días antes que nosotros, conjuntamente con toda su familia, hacia Puerto Rico, la mayor colonia caribeña de los Estados Unidos de Norteamérica.

Después de más o menos hora y media de vuelo aterrizamos en el aeropuerto de La Guaira, entrada aérea de la capital venezolana. Todavía faltaba casi una hora de camino para llegar a nuestro destino en donde pensábamos tener una buena acogida por parte de las autoridades, a juzgar por el comportamiento casi paternal que tuvo con nosotros su representante diplomático en Santo Domingo. Sin embargo, nos esperaba una desagradable sorpresa.

Tan pronto los emigrados dominicanos en esa ciudad supieron de nuestra presencia, tomaron algunas medidas por el momento imprescindibles. Se nos procuró alojamiento en una pensión en la que el dominicano Octavio Gil tenía gran ascendencia, tanto por su tiempo de residencia como por sus íntimas relaciones con los dueños del negocio.

A Octavio Gil lo conocía desde hacía varios años en Santo Domingo en donde se había destacado como cantante de aires populares. No sabemos cómo Gil logró salir de Santo Domingo. Lo vi por primera vez en el extranjero cuando nos encontrábamos en Cayo Confites, donde se preparaba la primera expedición de gran envergadura para derrocar a Trujillo, vendida al dictador dominicano por el entonces jefe del ejército cubano, el general Genovevo Pérez Dámara, en 1947.

Primera y obligada diligencia era reportarnos a la oficina de Inmigración a regularizar nuestra situación.

Por orden directa del embajador venezolano en Santo Domingo se nos otorgó una visa privilegiada por noventa días, lapso en el que, según palabras del propio representante diplomático, sería más que suficiente para obtener la residencia en Venezuela.

Grande y desilusionante fue nuestra sorpresa cuando el oficial que nos atendió, después de hacer varias consultas telefónicas en nuestra presencia, nos dijo tajantemente que teníamos diez días para abandonar el suelo venezolano so pena de ser expulsados del país. Era obvio que había funcionado la coletilla que nos habían puesto en los pasaportes en la que se decía que habíamos realizado actividades comunistas en República Dominicana y que además pertenecíamos a la Legión del Caribe, un fantasma inventado por los dictadores del área para atacar a los pocos gobiernos democráticos existentes en la región caribeña. En esos momentos gobernaba en Venezuela una Junta de Gobierno que había derrocado al régimen constitucional encabezado por el gran escritor venezolano Rómulo Gallegos.

En los días subsiguientes y con la ayuda de los emigrados dominicanos logramos decidir cuál era el país en donde no funcionara la coletilla trujillista de nuestros pasaportes. No tuvimos que hacer muchos esfuerzos para elegir a Panamá como nuestro refugio. La principal razón para esa elección fue que su gobierno estaba presidido por Arnulfo Arias, a quien Horacio

Julio había conocido en los tiempos en que ambos vivían exiliados en Costa Rica.

La situación económica era muy precaria entre los tres sobrevivientes. La madre de Horacio Julio ayudó a sufragar mis gastos; por eso, cuando se presentó la contingencia de que debíamos seguir viajando, lo fue de más gravedad. Ese desequilibrio se arregló con lo recaudado entre los emigrantes, como el caso de los cien bolívares con que contribuyó Martín Álvarez, quien, desde lo de Cayo Confites en 1947, estaba radicado en Venezuela. También los cuarenta dólares que aportó Jaimito Sánchez, ese luchador antitrujillista que fue uno de los primeros en salir al exilio en 1930 y murió hace algunos años sin ver a su Patria libre de las garras del tirano Rafael Trujillo.

Entre las pocas visitas hechas durante esa corta estancia en Caracas, una fue significativa para mí en el comienzo de la nueva vida que había emprendido. Visité la casa comercial en la que trabajé durante mi anterior estadía en esa tierra después de la desbandada de Cayo Confites. Cuando me presenté ante el señor Benedetti, propietario del negocio, a éste le pareció ver un fantasma. Tal fue la expresión que se reflejó en su rostro.

Me preguntó lo que buscaba por allí, con un ligero temblor en sus palabras. De inmediato llamó a uno de los empleados y señalándome agregó: “Mira quien está aquí”. Cuando el empleado me vio lo único que se le ocurrió decirme fue, también con un ligero temblor en la voz: “El señor Benedetti colocó una fotografía de usted en una de las puertas del negocio”.

Ya un poco más calmado, el propietario, sin que yo hubiera pronunciado la primera palabra, me dijo que por el momento no podía darme trabajo, que los negocios estaban flojos, y unas cuantas excusas más.

Con la mejor de mis sonrisas le contesté que no había ido a buscar empleo ya que debía abandonar el territorio venezolano dentro de pocos días. Así terminó aquella visita, que solamente

servió como una prueba más de que mi persona había cambiado en el ánimo de muchos que antes me habían tratado con benevolencia. Y eso que el señor Benedetti no llegó a ver la coletilla de mi pasaporte.

Antes de que se cumpliera el plazo que nos habían dado, partimos hacia la ciudad de Panamá, en donde tuvimos la mejor de las acogidas. De inmediato se comunicó con nosotros un funcionario del gobierno quien, según Horacio Julio, era de los más íntimos allegados al presidente Arias. Fue ese el único contacto que hicimos con un elemento oficial de ese país.

Después del primer encuentro con “Gallito”, nombre cariñoso con que se conocía al susodicho funcionario, Horacio tuvo otros encuentros a niveles más altos. Luego supe que hasta con el Presidente de la República se entrevistó. De esas diligencias surgieron varias esperanzas.

Mientras tanto, nos mudaron del lujoso “Hotel Internacional” a donde fuimos a parar por instancias de “Gallito” para otro más modesto llamado “Hotel Roosevelt”. En este último estuvimos casi un mes en espera de que Tito Arias, sobrino de Arnulfo, fundara una revista. Además, tanto Horacio como Miguelucho estaban a la espera de que se cumplieran las promesas que todos les habían hecho, que eran de mayor envergadura que las mías, pues se trataba de instalarlos como administradores de una granja que proyectaba fundar el gobierno, mientras que yo sería nombrado reportero.

Mientras pasaba el tiempo, nuestras esperanzas se iban desvaneciendo. Un día tomé una resolución: abandonaría Panamá y me dirigiría a La Habana. Pero antes quería asegurar que sería bien recibido en aquella ciudad. Comencé mis diligencias sin decir nada a mis compañeros. No quería que, sobre todo Horacio Julio, tratara de disuadirme de mis propósitos. Una conversación sobre ese tema podría traer algunas diferencias que pudieran enturbiar las magníficas relaciones que hasta ese momento se habían desarrollado entre nosotros.

Lo primero que hice fue enviar un cable a Cruz Alonso. Sabía que todavía era propietario del Hotel San Luis y de él había recibido tantas muestras de amistad durante los preparativos del desembarco de Luperón. Su respuesta no pudo ser más satisfactoria: me invitaba a que fuera a residir a su hotel mientras encontraba la manera de rehacer mi vida en Cuba.

Lo segundo que hice fue ir a una oficina de pasajes y sacar un boleto Panamá-Cuba con fecha para el día siguiente en horas de la madrugada.

Con el cable de Cruz Alonso y el pasaje en las manos, a la hora del almuerzo informé a los compañeros sobre el viaje. Ambos se extrañaron que hiciera las cosas de esa manera, pero en el fondo estuvieron de acuerdo conmigo en que las posibilidades de trabajar en Panamá se alejaban cada día más. Ambos me acompañaron al aeropuerto a pesar de la hora tan intempestiva del viaje.

No tuve ninguna queja de los panameños, por el contrario, mejor no pudieron comportarse, sobre todo en lo concerniente al asilo. Además hicieron lo posible por contrarrestar el efecto que pudiera seguir ejerciendo en el futuro la coletilla de los pasaportes. Para ello, me suministraron un documento notarial que, según sus leyes, podría suplir los nuevos documentos. Lo único que las autoridades de ese país obtuvieron por esas diligencias fue el agradecimiento que guardé por el esfuerzo que realizaron; esto así porque no tuve necesidad de hacer uso de mi documento, puesto que al llegar a Cuba obtuve un pasaporte que otorgaban a los extranjeros que, por las condiciones existentes en sus países de origen, les fuera imposible hacerse de ese imprescindible instrumento para viajar.

La salida de Santo Domingo había tenido lugar en los últimos días de mayo de 1950. De manera que mi llegada a La Habana se produjo en los primeros días de julio, esto es, poco más de un año después del viaje que realicé a esa ciudad para tratar de conseguir

la base intermedia de suministro de combustible y los otros aviones que llevarían el grueso de los expedicionarios que se suponía desembarcarían conjuntamente con los demás el 19 de junio de 1949 por varios puntos del país.

En el momento del regreso a La Habana la colonia dominicana de exiliados había aumentado considerablemente, puesto que el compromiso de Trujillo con la OEA abarcaba no solamente a la gesta de Luperón sino también al gran número de antitrujillistas que habían buscado asilo en varias embajadas acreditadas en el país. Entre esos nuevos exiliados se encontraban la familia de Telo Hernández —compuesta por su esposa Manuelita Batlle y sus tres hijos, dos hembras y un varón, el mayor, que apenas contaba ocho años de edad—, los inmortales héroes y mártires de la gesta de Constanza, Maimón y Estero Hondo.

La casa de Telo Hernández tenía dos singulares características que la hacían el lugar ideal para pasar los días del duro exilio. En primer lugar, el ambiente acogedor que en ella se respiraba debido a la gentileza y el desprendimiento de sus moradores, sobre todo en Manuelita, fallecida en Santo Domingo en 1978; todos los que nos acogíamos a su hospitalidad teníamos en ella, más que una compañera de infortunios, una hermana mayor que nos cuidaba y nos atendía con afecto y devoción. Lo segundo es que en esa casa siempre contábamos con la presencia de su hermano mayor Nando Hernández.

Nando Hernández había sido uno de los pioneros de la lucha obrera en República Dominicana; había organizado la primera huelga de envergadura escenificada en el país durante la tiranía trujillista entre los trabajadores cañeros del Central Romana en 1942. Luego, junto con Mauricio Báez, fue de los líderes organizadores de la huelga de 1946 que abarcó toda la región del Este dominicano. Pero no era sólo ese historial lo que distinguía a Nando Hernández: tenía una personalidad con un carisma sorprendente. Las historias oídas de sus labios tomaban

un sabor especial que hacía que desde que llegaba el grupo acostumbrado a casa de Telo, a los pocos minutos todos rodeaban a Nando para oír sus anécdotas y las amenas historias de sus experiencias.

Nando murió en 1952 mientras pasaba unos días en casa de Félix Servio Figueroa, otro de los exiliados dominicanos radicados en el poblado de Cruces, Las Villas. Allí todavía reposan sus restos en espera de que algún día las autoridades dominicanas se acuerden de este gran luchador por la causa de los trabajadores y lleven sus restos mortales al sitio que le corresponde, en justicia a sus méritos tanto como líder obrero como de consecuente batallador por la libertad. Pero todavía no se han producido los cambios necesarios en República Dominicana para que tanto este reconocimiento como también los de muchos otros que ofrendaron su juventud y sus vidas para sacar al país del marasmo en que lo tenía sometido la más sangrienta tiranía que recuerda la historia política de Latinoamérica sea realizado.

También el mencionado Mauricio Báez y su compañero de luchas Justino José del Orbe fueron de los que arribaron a Cuba en aquellos momentos.

La historia de Mauricio Báez y de su asesinato en Cuba por esbirros pagados por Trujillo es uno de los episodios del exilio dominicano que también amerita una revisión en sus más íntimos detalles. Ciertamente es que a este luchador se le han hecho algunos reconocimientos, pero no todos los que su trayectoria de líder y de tenaz luchador antitrujillista se merece.

Otro de los exiliados en Cuba de aquellos días que ha sido totalmente olvidado es José A. Puello (Puellito) quien a la postre también ofrendó su vida en la gesta de Constanza, Maimón y Estero Hondo.

También se encontraban otros que iré mencionando en la medida en que se desarrollaban sus actividades en torno a mi vida en esos momentos.

Puede decirse que la mayor parte de los exiliados nos reuníamos en casa de Telo Hernández, situada en el reparto Siboney en los alrededores de La Habana. Entre los asistentes se encontraban la declamadora Maricusa Ornes, quien había llegado desde Santo Domingo en esos días después de pasar los últimos años de su vida dentro del país en una constante zozobra tanto por las actividades antitrujillistas de su hermano Horacio Julio como por su participación en la Juventud Democrática, entidad de puro corte revolucionario. Maricusa, con su juventud y sus inquietudes, puso una nota entrañable de sentimentalismo al ambiente de la casa de Telo y Manuelita.

También se encontraba José Espailat, a quien esperaban largos y enconados años de lucha contra Trujillo.

La familia de la esposa de Ángel Miolán era vecina de Telo, de ahí que su presencia y la de sus familiares políticos fuera consuetudinaria en las actividades del hogar de Telo y Manuelita.

A los pocos días de haber llegado a La Habana, Cruz Alonso me invitó a visitar a Juan Bosch, quien vivía en el alejado reparto habanero de Arroyo Naranjo y estaba algo quebrantado de salud. Desde luego, acepté la invitación.

Fuimos a ver a Bosch. Nos recibió acostado en su lecho. Me acuerdo perfectamente de la impresión que me causó aquella vivienda, por lo humilde de su aspecto. No me imaginaba que una persona con los valimientos de Bosch dentro del gobierno de Carlos Prío Socarrás pudiera vivir en aquella, aunque limpia y bien arreglada, no por eso menos inadecuada vivienda para una persona de la categoría de su ocupante. Era muy distinta a la suntuosa residencia que ocupaba en el Vedado cuando lo visité escasamente un año antes en busca de su colaboración en la empresa que al fin se reduciría al desembarco en Luperón el 19 de junio de 1949.

Los temas que tratamos en la conversación, en la que también participó Cruz Alonso, fueron tan intrascendentes que ninguno

de ellos ha quedado grabado en mi memoria. Es verdad que era muy poco de lo que podríamos hablar con Juan Bosch, pues era común la solución que se debía dar a los problemas dominicanos. El estaba encasillado en la reorganización de su destartado Partido Revolucionario Dominicano y quién sabe qué problemas lo tenían recluido en Arroyo Naranjo mientras que yo estaba muy lejos de esa clase de trajines.

Una de mis principales preocupaciones para aquellos días era la manera como encarrilar mi vida por senderos que me permitieran producir para vivir y buscar la manera de coadyuvar a la solución del primer problema de los dominicanos que no comulgábamos con la tiranía trujillista. Pensaba que mis contactos con los emigrados en Puerto Rico podrían proporcionarme una posición que me permitiera cumplir con esas dos obligaciones, esto es, trabajar y al mismo tiempo luchar contra Trujillo. Sabía que en Cuba era muy difícil conseguir trabajo. Para ir a Puerto Rico tenía un grave impedimento, pues con mi ausencia de más de un año fuera del territorio de Estados Unidos había perdido el derecho de residencia.

Con el correr de los días se habrían de producir algunos acontecimientos que me ayudarían a resolver el problema de la visa norteamericana. Sin buscarla, encontré otra vez la cooperación de Cruz Alonso. Este buen amigo estaba al tanto de mis planes respecto a Puerto Rico y al impedimento que tenía para llevarlos a feliz término. Me llevó al consulado de Estados Unidos y al salir de allí ya tenía renovada mi visa de residente.

Como me resultaba extraña esa forma tan fácil de resolver mi problema, me dediqué a indagar sus causas. A pesar del cerrado mutismo de los “grandes” del exilio, como en un tono poco menos que despectivo los llamábamos entre los que no tenían esa categoría, pude colegir algo.

Se había creado una situación cuya profundidad no llegué a descubrir, en la que se produjo un acercamiento entre algunos

funcionarios del Departamento de Estado de los Estados Unidos y un grupo de exiliados del que, según se decía, don Juan Rodríguez era la cabeza visible. Esto había creado las facilidades a los exiliados en Cuba que tenían interés en residir en el Norte.

El día que fui con Cruz Alonso al consulado norteamericano fue cuando conocí personalmente a José Espaillat, quien se encontraba allí en las mismas diligencias. Él también fue de los beneficiarios de la susodicha situación.

Abandoné La Habana solamente con la nostalgia que me ocasionaba dejar el calor hogareño que encontré en casa de Telo y Manuelita y llegué a San Juan, Puerto Rico, en donde los emigrados me hicieron un recibimiento fraternal. Estaba esperándome en el aeropuerto una comisión en la que se encontraban Ángel Morales y Leovigildo Cuello, dos de las más importantes figuras del exilio dominicano.

Entre mis planes relativos a buscar ocupación estaba visitar el periódico en donde trabajaba antes de mi enrolamiento en la empresa Luperón.

Cuando llegué a las oficinas de *El Diario de Puerto Rico*, que así se llamaba el mencionado órgano de prensa, me hicieron un caluroso recibimiento y me mostraron una copia del ejemplar del periódico en el que se publicó una nota con mi fotografía en ocasión del susodicho desembarco.

Sin embargo, cuando planteé la posibilidad de volver a trabajar allí, se me dieron las más corteses excusas. Comprendí que mi situación frente a los ejecutivos de la empresa había cambiado en comparación con la que yo tenía antes del desembarco en Luperón. Ya era demasiado conspicua mi participación en la lucha contra Trujillo para que una empresa de carácter casi oficial como esa me tuviera entre sus empleados. Al menos eso fue lo que pude entender con las palabras amistosas, pero tajantes en sentido negativo, que salieron de los labios del director del periódico, vocero del partido del gobernador de la isla Luis Muñoz

Marín. Tal vez estaba equivocado en esta apreciación, pero lo cierto es que no me dieron trabajo a pesar de las laudatorias expresiones contenidas en la nota publicada a raíz de mi apresamiento en Santo Domingo.

No pude dejar de pensar que esa era la tercera ocasión dentro de mi nuevo exilio que se me frustraba una diligencia en busca de empleo. La primera vez, la de Venezuela, no había sido solicitada por mí, pero contaría con un significado más negativo que las otras dos porque allí ni siquiera esperaron que solicitara trabajo para negármelo.

Los días pasaron sin encontrar qué hacer para ganarme la vida. De tarde en tarde iba a una especie de tertulia que se hacía en casa de Ángel Morales a la que concurrían varios de los emigrados residentes en aquella isla.

Nunca faltaban los conocidos mellizos Hernández, quienes habían salido del país en los primeros años de la tiranía. Eran dos hermanos a los que nunca pude distinguir entre ellos, sólo sabía que sus nombres eran Amado y Rafael, pero cada vez que nos reuníamos tenía invariablemente que hacerles la pregunta de quién era quién. Tantas veces tuve que hacerlo que ya a lo último desde que me veían entrar se ponían en pie y cada uno decía su nombre en un tono teatral que provocaba la risa entre los concurrentes.

No era esa solamente la ocasión en que los mellizos Hernández hacían galas de su buen humor. Puede decirse que siempre estaban en un tono alegre y prestos al chiste oportuno. Para más confusión entre sus cercanos allegados, ambos vestían siempre de la misma manera: saco, camisa, corbata y zapatos eran del mismo color y del mismo estilo.

Después del ajusticiamiento de Trujillo, la gran mayoría de los emigrados regresó a Santo Domingo, y desde luego, también los mellizos Hernández. Muchas veces hubo ocasión de verlos, siempre juntos y con los mismos atuendos, hasta que la muerte de uno de ellos los separó. ¿Sería Rafael o fue Amado?

Esa vez, en Puerto Rico vivía en la misma casa donde había alquilado una habitación, con el cargo de vice-cónsul en 1947. Era el hogar de un matrimonio compuesto por un cubano llamado Amado Suárez y Helen Díaz, su esposa puertorriqueña. Tenían un hijo pequeño que luego supe fue enrolado en el ejército norteamericano en donde todavía debe estar, puesto que siempre le gustó la carrera militar. El esposo trabajaba de noche en uno de los casinos más lujosos de San Juan y como tenía que dormir de día casi nunca lo podía ver. Por eso, todas mis relaciones eran con Helen, quien llegó a tomarme tal aprecio que cuando se me terminó el dinero para pagarle el cuarto que le había alquilado, dijo que no me preocupara, que ya tendría ocasión de pagarle. Cuando me fui de Puerto Rico ya le debía más de dos semanas de pensión. Años más tarde tuve ocasión de verla en Nueva York y al tratar de saldar la cuenta casi se ofendió; en un tono afable me dijo que si le pagaba no le quedaría a ella ningún lazo que le recordara nuestra amistad. Mientras no le pagara esos “chavos” seguirían siendo el vínculo que nos unió para siempre. Ante esos argumentos no me quedó más remedio que continuar para toda la eternidad siendo deudor de una persona a quien guardo el más imperecedero recuerdo de amistad.

Otro de los episodios inolvidables de esos días puertorriqueños fue mi encuentro con Mercedes Herrera. A esa inteligente e inquieta muchacha dominicana del barrio de Ciudad Nueva, en Santo Domingo, la había conocido cuando era todavía una niña. Siempre se destacó por su preocupación por los estudios plasmada, en una infinita ansia de saber, de conocer. Por eso, siempre buscaba la amistad de personas que pudieran enseñarle algo, a pesar de su corta edad. También eran notorias sus inclinaciones políticas, que estaban muy lejos del ambiente de opresión que reinaba en República Dominicana. Eso también hizo que ligara en alguna forma con varios de los luchadores que para esa época, aunque muy soterradamente, eran reconocidos por sus actividades en contra el régimen trujillista.

Por esas circunstancias, no fue para mí ninguna sorpresa el que un día estando todavía en Santo Domingo, después de haber salido de la cárcel, se presentara en mi casa a visitarme. Hizo más: me invitó a que paseáramos por la ciudad para que viera algunas de las edificaciones que se habían hecho durante mi ausencia. Hizo hincapié en que conociera la Ciudad Universitaria que hacía poco se había inaugurado. Acepté esa última sugerencia y una mañana nos fuimos en una guagua del servicio público a conocer las nuevas instalaciones de la más antigua universidad del Nuevo Mundo en donde, al cursar del tiempo, habría de pasar muchos años impartiendo docencia y en la que muchísimos años atrás había cursado estudios cuando todavía estaba ubicada en un vetusto edificio de la zona colonial de la ciudad de Santo Domingo.

Pues con ese aval y esos recuerdos tuve la grata sorpresa de encontrarme un día con Mercedes Herrera en una calle de San Juan. El encuentro se produjo dos o tres días antes de la fecha fijada para mi partida hacia Nueva York, en vista de que en Puerto Rico iba a ser difícil encontrar trabajo.

Ese mismo día y los pocos momentos de habernos juntado, nos encontramos en una esquina con el entonces cónsul dominicano en San Juan, Francisco Pérez Leyba, mejor conocido como el Chino Pérez Leyba. Este funcionario me conocía muy bien: fue el mismo que cuando fungía como oficial mayor de la Secretaría de Estado de Relaciones Exteriores fue a mi oficina de abogados en Santo Domingo a preguntarme si yo aceptaría el cargo de vicedónsul, precisamente en San Juan, Puerto Rico. Conocía también a Mercedes, puesto que cuando nos vio le dijo a otra persona que lo acompañaba: “Míralos, Dios los cría y ellos se juntan”.

No le hicimos el menor caso y seguimos nuestro camino. Unos minutos después las primeras palabras de Mercedes fueron: “Me alegro que nos hayan visto juntos. Así ya sabrán a qué atenerse conmigo”.

Varios años más tarde volví a encontrarme a Mercedes en Nueva York. A pesar de que conservaba su espíritu jovial, su mirada franca y su propensión de hacer preguntas, se le notaba un deterioro físico que resaltaba a primera vista. Con su proverbial sagacidad y antes de que le hiciera alguna pregunta, me dijo que estaba enferma del corazón, que pronto iría a Filadelfia en donde posiblemente se le sometería a una delicada intervención quirúrgica. Cuando la volví a ver iba con su madre, una dulce y sufrida mujer que había pasado por la pena, tan corriente en Santo Domingo, de que un mal día uno de sus hijos había sido hecho preso y nunca más se había vuelto a saber de él.

Frente al drama de Mercedes, mi afecto hacia ella se hizo más tierno y entrañable. Le pregunté en dónde vivía y nos despedimos. Me dirigía al trabajo y ella a un centro de rehabilitación en donde realizaba algunas tareas propias de las personas que sufrían su terrible enfermedad.

Esa misma noche fui a visitarla, lo que seguí haciendo hasta el día en que me dijo que dentro de pocas horas se trasladaría a Filadelfia en donde la operarían a la mañana siguiente.

Como su dolencia le permitía valerse por sí misma y además porque no era necesario que guardara cama, iría sola, sobre todo porque iba directamente del tren al hospital lo que dificultaba a cualquier persona que quisiera acompañarla resolver la cuestión de dónde pasar la noche. Por esas circunstancias, al día siguiente su madre viajaría directamente al hospital. Al saber esa combinación, me ofrecí con el mayor agrado para acompañarla. Al despuntar el día, abordamos el primer tren que salió para Filadelfia. Llegamos a media mañana al hospital en donde nos dijeron que ya Mercedes estaba en la sala de operaciones.

Es de imaginarse las angustias que pasaría la pobre madre mientras esperábamos los resultados. Tuve grabada en mi mente la imagen de ella arrodillada ante la cama que ocuparía su hija cuando terminara la operación. Al fin, después de mediodía

terminaron los médicos y al poco rato nos permitieron ver a la enferma, que acababa de despertar.

Cuando entramos a la habitación, Mercedes nos reconoció y me dijo en un hilo de voz casi inaudible: “¡Ay Tulito, cuánto me duele la espalda!”.

Fueron las últimas palabras que le oíría. Pocas horas después falleció. Tenía 26 años de edad.

Tres días después de aquel encuentro con Mercedes Herrera en una calle de San Juan de Puerto Rico, partí hacia Nueva York en donde me aseguraron que encontraría trabajo, que era mi principal preocupación en aquellos momentos. Como relaté antes, no tenía ni para pagar la pensión en que vivía, por lo que de nuevo tuve que acudir a la ayuda de mis compatriotas para pagar el pasaje y para los primeros gastos en esa urbe estadounidense. Además, sabía que allí se encontraban aquellos compañeros de Cayo Confites que habían logrado regresar a los antiguos trabajos abandonados para encaminar a la fracasada expedición.

Llegué a Nueva York una húmeda tarde del otoño de 1950, con una temperatura mucho más baja que la reinante en el tropical San Juan. Desde el aeropuerto me dirigí a un hotel de Manhattan que me recomendó el chofer, previa petición de que me llevara a un sitio barato.

Conocía poco la ciudad por lo que me circunscribí a dar unas escasas vueltas por los alrededores del hotel y me retiré a dormir relativamente temprano.

La mañana siguiente sería de eterna recordación para mí porque por poca prevención de mi parte estuve a punto de enfermarme gravemente a consecuencia del error que cometí al levantarme e irme directamente a la ducha. Como el agua estaba muy fría tuve que utilizar caliente para templarla, pero no pude graduar bien la temperatura y lo cierto es que tomé un baño demasiado caliente. Inmediatamente después me di a la tarea de buscar otro alojamiento porque en el hotel cobraban una suma que estaba por encima de

mis posibilidades. A poco de caminar por la avenida West End entré en una casa en donde anunciaban el alquiler de una habitación. Tuve la suerte de que su renta se ajustaba mejor a mi magro bolsillo. De inmediato fui al hotel, arreglé la cuenta y regresé con mi maleta a mi nueva residencia.

Había otros inquilinos en la casa, todos de habla hispana, y la dueña del apartamento era una boricua que hacía más de veinte años residía en esa ciudad. Tuve suerte al llegar temprano porque a los quince minutos ya todos se habían marchado a sus trabajos. La última fue la dueña, quien me hizo algunas indicaciones antes de marcharse. Así es que de momento me vi sólo en aquel apartamento y más que en el apartamento en mi habitación, puesto que no tenía acceso a ninguna otra dependencia como no fuera a un pasillo que me llevaba directamente a la calle. Una de las indicaciones fue respecto a un teléfono que estaba en un recodo del pasillo el que podía usar previa inserción de una moneda de diez centavos. Lejos estaba de pensar que ese teléfono sería la tabla de salvación en el percance que se me presentó casi inmediatamente después que me quedé solo.

De momento comencé a sentir grandes escalofríos y un fuerte dolor de cabeza. Tan grande fue el malestar que tuve que acostarme en la cama y echarme el cobertor por encima. A poco una fiebre altísima acompañaba esos síntomas. Pronto los escalofríos desaparecieron y estoy seguro de que la fiebre llegaría por lo menos cerca de los cuarenta grados.

Algo tenía que hacer. Sabía que ninguno de los demás habitantes del apartamento regresaría antes de ya entrada la tarde. De inmediato supe que ese malestar me lo había producido el salir sin abrigo después del baño de ducha semi caliente que había tomado en el hotel. Por eso pensé que había contraído un fuerte resfriado y en el peor de los casos pulmonía.

Mi único recurso era pedir ayuda a alguien que me suministrara alguna medicina y me proveyera de vestimentas que me abrigaran

más, puesto que en aquella habitación hacía un frío tremendo dado que todavía en el edificio no estaban suministrando la calefacción de rigor porque el invierno estaba por llegar. La existente era una baja temperatura relativa. Lo era para quien venía del trópico, pero para los neoyorquinos todavía estaba muy lejos de la invernal.

En medio de esos razonamientos sonó el teléfono. Fue como una luz para mí. Fui corriendo y lo contesté. Me preguntaron por alguien y sin saber de quién se trataba le dije que estaba en su trabajo. Si la llamada era para alguien que en realidad vivía allí no había dicho una mentira.

La primera reacción fue tratar de ponerme en contacto con unos parientes de Corina Domínguez, la que pronto sería mi compañera para toda la vida; busqué sus nombres inútilmente en la guía telefónica. Perdí un tiempo precioso en esa búsqueda hasta que desistí y me puse a pensar en otras personas.

Sabía de algunas viejas amistades que hacía muchos años residían en esa ciudad. Una de ellas era Andrea Osell, una muchacha a la que me unían lazos de una vieja amistad que se remontaba a mis años de estudiante de secundaria. Busqué su nombre en la guía telefónica y no tuve muchas dificultades para encontrarle por tratarse de un apellido poco común. Llamé con algún nerviosismo que aumentaba porque solamente tenía dos monedas de diez centavos; pregunté por Andrea y me dijeron que estaba en su trabajo, pero que si era algo de urgencia podía llamarla porque trabajaba en una casa de familia en donde cuidaba a una anciana durante el día.

Llamé a la casa y quien me respondió fue la misma Andrea. Es de suponerse la alegría que sentí cuando se identificó. También ella mostró gran regocijo al saber de quién se trataba, regocijo que disminuyó bastante cuando le expliqué el motivo de mi llamada. Me dijo que hasta las tres de la tarde no podría salir, que tan pronto lo hiciera iría a verme, que no estaba muy lejos de

donde me encontraba, pero que tardaría un poco porque tenía que comprar algunas ropas de abrigo y unas medicinas que según ella me harían mucho bien; que su experiencia como enfermera de la señora a quien ella cuidaba le permitía hablar con conocimiento de causa. Me recomendó que tratara de cubrirme lo mejor que pudiera y que la esperara.

Esa conversación tuvo lugar ya casi al mediodía, por tanto, faltaban más de tres horas para que Andrea llegara; tres horas que pasé en medio de una gran ansiedad que aumentaba porque ni el dolor de cabeza ni la fiebre habían desaparecido. Me acosté vestido, me eché por encima todos los cobertores que tenía la cama y me puse a esperar a la samaritana.

A las tres y media llegó Andrea con unos paquetes en los que había, entre otras cosas, un sweater bastante grueso que me puso de inmediato. Como le había explicado en las condiciones en que me encontraba, llevó hasta un poco de agua para que pudiera beber una de las cápsulas que había comprado y me puso una especie de cataplasmas tanto en el pecho como en la espalda.

Todavía estaba Andrea en la casa cuando llegó la dueña del apartamento después de la seis de la tarde. Al enterarse de mi estado se puso de inmediato en movimiento: abrió la cocina e hizo un té que bebí con otra de las cápsulas.

Ya cuando había oscurecido las medicinas de Andrea habían hecho su efecto y el dolor de cabeza y la fiebre habían disminuido bastante.

Al día siguiente amanecí bastante bien, si tenía fiebre era muy poca. Por suerte fue sábado, día en que casi ninguno de los inquilinos trabajaba, incluyendo a la dueña, por lo que pudo quedarse en la casa. Me dio alimentos y por recomendación de Andrea tomé tres cápsulas más de manera que ya el domingo pude salir a la calle.

La principal diligencia que debía realizar inmediatamente después de mi llegada a aquella ciudad y que había sido interrumpida

por mi quebranto, era hacer contactos con los parientes de Corina Domínguez, con quien había arreglado encontrarme en Puerto Rico o en Nueva York tan pronto ella lograra conseguir la residencia en Estados Unidos de América y que yo, por supuesto, pudiera hacer lo mismo desde el extranjero, puesto que en Santo Domingo me fue imposible conseguir la necesaria visa. Dichos parientes también lo eran míos, aunque en un grado más lejano.

Aunque como ya dije, no tenía el teléfono de ninguno de ellos, sabía que tres de sus primas vivían en Broadway, cerca de la calle 12, por donde el tren subterráneo se convierte en elevador.

Con esas señas y después de varias tentativas logré localizarlas. Me enteré que ya Corina tenía arreglados sus papeles y que pronto arribaría a Nueva York. Les dije que pensaba mudarme de la habitación de la avenida West End y que los mantendría informados. Ese contacto me facilitó otros muchos, entre ellos el de Ofelia Arzeno, la madre de Miguelucho, quien fue muy importante para mí puesto que gracias a ella obtuve mi primer trabajo en la ciudad: en una lavandería automática propiedad de Marino Morel, un dominicano que hacía más de treinta años que vivía allí y quien, sin haber sufrido nunca bajo la tiranía de Trujillo, era tan antitrujillista como el que más.

La lavandería de Marino estaba ubicada en pleno barrio de Harlem, de manera que toda su clientela era de color. Cuando fui a trabajar ya ahí estaba laborando Alfonso Nadal (Cocoliso), uno de los que abandonaron el país al amparo de la apertura que dio Trujillo después de la visita de la Comisión de la OEA. Ya lo conocía desde Santo Domingo, aunque nunca lo había tratado de cerca. Iniciamos una amistad que habría de fortalecerse cada vez más en los años venideros.

El trabajo en la lavandería era poco remunerativo. Su producción no alcanzaba para pagar dos empleados, además de un hermano de Marino que también estaba empleado. Tuve que buscar trabajo en la primera factoría que apareció.

Corina llegó a Nueva York a principios de noviembre de 1950 y nos casamos el 8 de ese mismo mes. Ya para esa fecha sus primas me habían conseguido un cuarto y medio amueblado con comodidades para cocinar.

Un día, en la primera quincena de diciembre y cuando todavía no me había ido a trabajar, se presentaron a casa dos norteamericanos y con mucha cortesía me preguntaron mi nombre. Cuando les respondí me dijeron que tenían mucho interés en conversar conmigo en relación con algunos tópicos del desembarco en Luperón.

El aspecto de los dos hombres me hizo pensar que se trataba de agentes del FBI (Buró Federal de Investigaciones). Aunque no los esperaba no me sorprendió su visita. Más tarde supe que no se trataba de los tenebrosos *G-Men* sino de otra institución gubernamental.

Los dos agentes rehusaron sentarse y se concretaron a darme una dirección a la que debía dirigirme a la mañana siguiente a las 10 a.m.

Esa misma noche busqué con quién aconsejarme y al parecer encontré al mejor asesor en Bienvenido Hazim, a quien conocía desde los tiempos de la Normal de Varones y que sabía tenía gran experiencia en esos asuntos por sus largos años vividos en ese país.

Todavía creía que se trataba del FBI, pero cuando llegué acompañado de Bienvenido a la dirección que me dieron, éste de inmediato supo que no se trataba del FBI, puesto que él conocía muy bien sus oficinas.

Entramos y esperamos en una pequeña salita. Al poco rato entraron los mismos agentes que habían estado en mi casa el día anterior. Al ver a Bienvenido, uno de ellos se lo llevó aparte y el otro me invitó a que lo siguiera. Entramos a un despacho y allí comenzó el interrogatorio, que duró casi una hora.

Las primeras preguntas fueron acerca de generalidades relacionadas con el desembarco en Luperón: que cuántos

expedicionarios iban en el avión, que quiénes eran los pilotos. A estas preguntas no pude darle muchos detalles porque en verdad no me acordaba de los nombres de los tres muchachos que nos acompañaban y que pagaron con su vida la aventura.

También me preguntó cómo había logrado salir del país; me hizo varias preguntas más del mismo estilo, hasta que entró en materia cuando inquirió que si yo sabía en dónde habían sido comprados los aviones y a quién. Le respondí que no podía contestarle ni lo uno ni lo otro, que esos eran asuntos privados de don Juan Rodríguez.

El agente no se arredró ante esa negativa y volvió a la carga al preguntarme si yo había visto a algún norteamericano en Guatemala en relación con los preparativos de la invasión. Al recibir esa pregunta me acordé de la técnica que utilizaron para los interrogatorios que me hicieron durante el proceso en Santo Domingo, esto es, no negar cosas que era obvio que nuestro interlocutor sabía. Por eso le contesté que sí, que había visto algunos norteamericanos en aquellos días, pero que nunca les hablé por la sencilla razón de que mi inglés era demasiado pobre para sostener una conversación. Es de lugar decir a esta altura que todo el interrogatorio había sido en español, idioma que el interrogador dominaba bastante bien.

Al contestarle que había visto norteamericanos en Guatemala relacionados con los expedicionarios, noté que la cara se le encendió y, más animado, me hizo la pregunta que juzgué era la clave de toda esa diligencia: si me habían presentado a algunas personas y si estaría dispuesto a testificar en una audiencia en caso de haberlas visto en Guatemala. Esa pregunta fue muy significativa, pues comprendí qué era lo que querían: que fuera testigo de cargo contra alguien de quien se sospechaba había vendido los aviones a don Juan Rodríguez sin haber cumplido con los requisitos legales.

Pensé poco antes de contestarle lo suficiente para medir bien mis palabras, y le dije que estaba de acuerdo, pero que no le daba ninguna seguridad en que podría identificar a esas personas por que a los que vi en aquellos días lo había hecho en momentos muy fugaces y en ningún caso había estado de frente a ellos puesto que nada tenía que tratar en particular.

Con esas últimas preguntas terminó el interrogatorio. Me dijo al despedirme que pronto tendría noticias de él.

Cuando salí del despacho y entré en la salita de espera, Bienvenido ya estaba esperándome. Lo noté algo preocupado y cuando intenté hablarle me cortó diciéndome: “Espera que salgamos de aquí. Tenemos mucho de qué hablar”.

Tan pronto salimos a la calle y para mi sorpresa, me dijo que debía abandonar cuanto antes el territorio de Estados Unidos. A él también lo habían acosado a preguntas, a pesar de que sabían que nada tuvo que ver directamente con el desembarco en Luperón; sin embargo, sospecharon que sí tuvo alguna conexión con la venta de los aviones, por sus vinculaciones comerciales y, sobre todo, por su condición de dominicano que se había atrevido a acompañarme a esas oficinas.

Lo cierto del caso es que Bienvenido salió más preocupado que yo del edificio. Desde luego, su preocupación fue también un incentivo para que aumentara en mí la que ya tenía. Además, la drástica solución que había propuesto me pareció la más lógica, en especial cuando Bienvenido agregó que la ausencia sería mientras durara la investigación, la que tendría que seguir su curso a pesar de su ausencia.

Por eso, ya no tendría nada que temer cuando el caso estuviera cerrado y podía regresar a territorio americano. Bienvenido me preguntó si en algún momento se me había tomado algún juramento. La respuesta fue negativa, en el tono de quien sabe lo que está hablando. “Entonces no tienes nada que temer. Hasta ahora no ha sido más que una simple promesa dada a un agente

de baja categoría. No irás contra ninguna ley si te marchas antes de que te hagan una citación formal”.

Cuando le conté a Corina el resultado del asunto, estuvo de acuerdo en que no debía servir de testigo contra una persona que se había arriesgado al dar facilidades para impulsar la lucha contra Trujillo. Desde luego, cuando le dije el remedio que pensábamos darle al problema, noté su disgusto; pero tampoco puso objeción. Le prometí que si la ausencia se prolongaba mucho, la mandaría a buscar.

Temerosos de que llegara la citación oficial, decidimos salir de inmediato. A los dos días del interrogatorio volábamos Bienvenido y yo en un pequeño avión hacia Miami y desde allí tomamos otro que nos llevó a La Habana el 18 de diciembre de 1950.

Esa llegada a La Habana tenía unas características diferentes a las de antes. Se trataba también de un desplazamiento desde un país extranjero a otro, pero ahora dejaba atrás lo que parecía un asiento si no definitivo, porque se trataba de algo fuera de Santo Domingo, por lo menos en medio de la situación, Nueva York representaba una meta a la que había llegado con la idea de radicarme permanentemente hasta tanto se produjeran cambios favorables para luchar contra Trujillo.

Era una prueba, además, de que mi vida estaría siempre sujeta a la condición de luchador antitrujillista. Solo a quien estuviera en mis condiciones se le podía presentar una situación como la que sufrí a raíz de la visita de aquellos agentes norteamericanos. Este último razonamiento me dio alguna conformidad dentro de la nueva situación.

Era verdaderamente angustiante porque no veía de qué manera podría resolver los problemas que tiene todo individuo frente a la vida con carácter prioritario, esto es, la cuestión de producir para vivir, para no ser un parásito de los demás.

De inmediato y como una salida emocional, prácticamente me refugié en la casa de Telo Hernández. Aunque no dormía allá,

iba todos los días y hacía la comida principal. Me pasaba las horas muertas conversando con Nando y con Telo, sobre todo con el primero. Nunca era el único huésped en ese hogar. Siempre había alguien más que también compartía la mesa con Telo y Manuelita. No era una mesa rica y abundante, pero siempre alcanzaba para todo el que llegaba.

Como se acercaban las navidades, lo lógico era que todos pensáramos pasar los dos días tradicionales, Nochebuena y víspera de Año Nuevo, en casa de Telo. De la noche en que el año termina, tengo tan gratos recuerdos que es de las más memorables de cuantas pasé en el exilio. Tal vez influyó en ello que en la anterior Navidad estaba en la cárcel de Santo Domingo. En varias ocasiones, durante la celebración hice alusión a esa contingencia y muchos, al oírla, decían tener una reacción similar. Tengo muy presente las palabras de Felipe Maduro, quien más o menos dijo: Cierto que tanto tú como Horacio —presente también en casa de Telo— estaban en la cárcel; pero nosotros, aunque andábamos sueltos, no estábamos menos presos que ustedes. Casi todos los allí presentes habían salido del país en ese mismo año de 1950, que tantas alternativas había tenido, sobre todo para mí, que me había visto en la necesidad de abandonar tres países, todas las veces con un denominador común: mi condición de luchador antitrujillista. Tal vez se podría encontrar en el caso de Panamá algunas facetas que lo hagan diferentes a los otros dos, pero en el fondo era lo mismo porque mi presencia en ese país no se podía desligar de las raíces que la engendraron.

Sea como fuere, lo cierto es que me encontraba otra vez en Cuba sin un futuro claro en todos los órdenes de mi vida. Por una parte, la tiranía de Trujillo había salido más fortalecida después del salomónico arreglo a que llegó la OEA, máxime si se considera que los emigrados estaban dispersos y que no se veía en el horizonte ninguna actividad que pudiera conducir a la solución del problema del pueblo dominicano. Ese era el caso general. En

cuanto al mío en particular ya me referí un poco antes a cuál era mi estado de ánimo, fuera, desde luego, de los momentos agradables que viví tanto en aquella memorable noche como en todas las horas que pasé en Siboney.

Uno de los incidentes de más relevancia de esos días fue la prisión en Tiscornia, Cuba —recinto en donde los extranjeros con problemas de inmigración— de Pericles Franco, los hermanos Félix Servio y Juan Ducoudray y Julio Raúl Durán. Los tres primeros altos dirigentes del Partido Socialista Popular. Durán también era miembro activo de esa agrupación política.

Los cuatro habían intentando entrar a Cuba y habían sido enviados a Tiscornia, mientras su caso se resolviera. Pero pasaban los meses y a pesar de los lazos que aparentemente tenía el gobierno de Carlos Prío Socarrás con los exiliados dominicanos, ninguna solución se le daba pese a las protestas levantadas por la prensa progresista en favor de los detenidos. El periódico *Hoy*, órgano del Partido Social, que así se llamó el partido de los socialistas cubanos, estuvo siempre a la vanguardia en esa campaña.

Varias veces fui a ver a esos luchadores en compañía siempre de algunos otros exiliados dominicanos durante los ocho meses que duró su detención.

Uno de los pretextos que ponían las autoridades para no darle solución al caso era que ningún país quería recibirlos. Por eso, cuando el gobierno de Juan José Arévalo de Guatemala expresó públicamente que estaba dispuesto a darles asilo, no quedó más remedio que enviarlos a ese país centroamericano.

Aparte de esos momentos de esparcimiento que pasábamos en Siboney, la vida en Cuba no presentaba ninguna esperanza para el futuro desenvolvimiento de las actividades, tanto en el aspecto de la lucha contra Trujillo como en el de la vida privada. Algunos de los compañeros habían resuelto ese último problema aceptando una clase de trabajo que yo no estaba dispuesto a realizar. Consistía en lo que en el habla dominicana se conoce como “botellas”.

Verdad es que algunos realizaban una que otra labor, pero que en realidad nunca correspondía con el sueldo devengado. Por ejemplo, uno de ellos debía caminar por determinado sector de la ciudad y reportar los baches que veía o si se trataba de las adoquinadas, también hacer el reporte de dónde faltaban algunos de los adoquines.

Entre las personas con quienes reinicié relaciones estaba Eufemio Fernández que ocupaba una buena posición dentro del gobierno. En una de nuestras conversaciones y sin que partiera de mí la menor insinuación me ofreció diligenciarme una “botella”. Con mucho tacto le insinué que estaba dispuesto a recibir su ayuda, pero que mis planes eran trasladarme a México en donde tenía la seguridad de que encontraría trabajo por la presencia allí de varios exiliados con los que me unían estrechos lazos de familia y de amistad. Le pedí que me ayudara en lo concerniente al costo del pasaje en avión.

Por un momento temí que ahí terminara su ofrecimiento de ayuda, pero para mi grata sorpresa me dijo que en el momento en que lo quisiera podría conseguirme un boleto con una compañía que volaba a México en la que tenía algunos intereses. Agregó que cuando estuviera en disposición de viajar se lo anunciara y que al día siguiente estaría volando rumbo a ese país.

De inmediato me di a la tarea de obtener la visa correspondiente y avisar a mis allegados en esa ciudad. Tan pronto arreglé esos trámites llamé a Eufemio y dos días más tarde aterrizaba en México en donde me esperaba D’Anunzio Marchena, antiguo amigo desde Santo Domingo y quien hacía tiempo residía allí.

Al día siguiente de mi llegada, D’Anunzio me conectó con los demás exiliados entre los que se encontraban los hermanos Ñiñí y Chepito Patiño y Federico Pichardo con quienes conviviría en lo adelante ya que a Marchena, por su trabajo y por el lugar tan apartado en donde vivía, los movimientos en busca de trabajo y las diligencias relacionadas con la lucha antitrujillista

le resultaban muy difíciles. Así es que solamente estuve tres días en casa de D'Anunzio y de allí me mudé a una pequeña pensión en donde vivían Niñi y Federico, que queda en los altos de un comercio de verduras y comestibles que tenía la dueña. Era lo que los mexicanos llaman un “changarro”; no sé si será un nombre despectivo, sólo sé que el susodicho negocio no era de los más elegantes de la Ciudad de los Palacios.

En los altos del changarro de Elenita, que así se llamaba la dueña, pasé momentos inolvidables en camaradería con mis dos compañeros. Había una especie de “reservado” en el negocio en donde expendían cervezas y tequila. Federico era un ferviente amante de los corridos mexicanos, que cantaba con una voz que si no era un dechado de afinamiento, la entonaba magistralmente, sobre todo cuando iba más allá de la cuarta media de cerveza.

En medio de esas diversiones, que practicábamos siempre en horas de la noche, no desatendíamos las diligencias para encontrar una colocación que me resolviera los problemas económicos ni las conversaciones alrededor del tópic que nos mantenía tan alejados de nuestra tierra: la lucha contra Trujillo.

La primera de esas cuestiones la resolví a los pocos días de la llegada a través de Ramón Grullón, quien trabajaba como agente vendedor en una fábrica de carteras de cuero para mujeres. Ramón se pasaba la mayor parte del tiempo viajando por la región fronteriza con Estados Unidos de América colocando los pedidos. A su regreso a Ciudad México, asiento del negocio, descansaba unos días y volvía a su trajín. Uno de esos días de descanso coincidió con mi llegada. Fue una suerte, porque en la primera conversación Ramón me dijo que en el negocio necesitaban un empleado y que a él le parecía que yo tenía las aptitudes necesarias. Era como encargado de las oficinas de la compañía. Debía ser mecanógrafo y tener conocimiento de contabilidad. A decir verdad, era un mal mecanógrafo y un pésimo contable, pero cuando

fui a la oficina y me probaron di la talla. Por suerte el trabajo no era nada complicado.

Con los doscientos pesos a la semana de mi salario mandé a buscar a Corina a Nueva York y nos instalamos en un pequeño apartamento en la calle Hamburgo.

La vida transcurría entre mi trabajo y una que otra pequeña reunión con los exiliados, pequeño grupo compuesto por los hermanos Patiño, Federico Pichardo, Amiro Cordero, Ramón Grullón, un viejo emigrado llamado Valentín Tejada, de los pioneros de los exiliados con veinte años de haber salido del país. A D'Anunzio Marchena no volví a verlo, a pesar de que hice algunas diligencias para hacerlo. Desistí de ello cuando me enteré de que se había trasladado a otra ciudad.

A los dos o tres meses de mi llegada a Ciudad México recibí una comunicación donde me anunciaban la llegada de Horacio Julio Ornes. Fui al aeropuerto a recibirlo, pero después de eso rara vez lo veía porque él se movía en círculos muy diferentes al que yo pertenecía. Es más, los hermanos Patiño y Federico no mostraron ningún interés por codearse con “El Coronel”, como lo llamaban en un tono que, aunque no era de mi agrado, me cuidaba mucho de demostrar el repudio a esa conducta. No había caso de introducir quisquillas entre mis buenos compañeros, sobre todo porque yo tampoco pertenecía a los círculos en que se movía mi antiguo jefe en el desembarco en Luperón. Debo aclarar, para evitar torcidas interpretaciones, que los matices que diferenciaban a los distintos círculos en cuestión eran de índole puramente ideológicos; con excepción del viejo Valentín Tejada, los demás miembros de mi grupo profesábamos ideas izquierdistas. De ahí que mantuviéramos estrechas relaciones con algunos emigrados españoles que habían pertenecido al Partido Comunista Español durante la Guerra Civil Española.

Hubo un período en el que veía a Horacio Julio más a menudo. Fue cuando decidí iniciar los trámites para obtener la resi-

dencia permanente en ese país. Tanto él como Eduardo Matos Díaz habían iniciado también las mismas diligencias por lo que nos veíamos con cierta frecuencia mientras cursábamos solicitudes. Más adelante referiré con detalles el destino de esas diligencias.

Con gran regocijo nos enteramos que la situación de los hermanos Félix Servio y Juan Ducoudray, Pericles Franco y Julio Raúl Durán se había resuelto satisfactoriamente y que ya se encontraban residiendo en Guatemala protegidos por el gobierno de Juan José Arévalo. De inmediato hicimos contacto con ellos a quienes veíamos, por sus condiciones de altos dirigentes del Partido Socialista Popular, como las personas que podrían dirigir nuestros pasos. Por su mediación, sobre todo de Pericles, logramos los hermanos Patiño, Federico y yo inscripciones en el Partido con el aditamento de que mientras tanto militaríamos en el Partido Comunista Mexicano, gracias a los arreglos que para esas facilidades se hicieron desde Guatemala.

Mi militancia entre los mexicanos fue corta y de muy poca significación, pero durante ella tuve la inmensa satisfacción de conocer personalmente al gran pintor Diego Rivera.

La vida transcurría sin muchas complicaciones entre mi trabajo, mis reuniones con los demás compañeros y mi asistencia a las sesiones del Comité Central. Las diversiones eran escasas. El cine, sobre todo, las películas mexicanas que exhibía la sala del barrio, era el único solaz que de vez en cuando me permitía el salario devengado. Sólo en dos ocasiones fuimos a las corridas de toros en la monumental Plaza México.

Con la única persona residente fuera de México con quien sostenía correspondencia regularmente era Pedro Mir. Sabía que su situación en Cuba también se había deteriorado. Sin embargo, sus más perentorias necesidades las cubría gracias a sus parientes cubanos, sobre todo por la circunstancia de que estaba casado con una de ellas. Como conocía a fondo el carácter de Pedro no

escapaba a mi conocimiento que no se sentía cómodo en esa situación, de ahí que en una de mis cartas le sugerí que se trasladara a México, que allí encontraría el calor de tres hogares que habíamos formado sus compañeros: el de Chepito Patiño y Brunilda Soñé, su esposa; el de Ramón Grullón y su esposa y el mío y Corina. Además, él ya era muy conocido en los círculos intelectuales de poetas mexicanos y españoles refugiados.

A Pedro le fascinó la idea y después de un accidentado viaje en que el recorrió una gran parte del territorio mexicano en autobús, llegó a la Ciudad de los Palacios, para beneplácito de la pequeña colonia de exiliados dominicanos que veía en él un paradigma digno de seguir sus pasos, no sólo por sus ideas progresistas sino también por su gran cultura y calidad humana.

La presencia de Pedro insufló nuevas perspectivas a la pequeña colonia. Inició un cursillo de capacitación del que sacamos provechosas enseñanzas y fortaleció los lazos de la pequeña colonia con la dirección del Partido en Guatemala.

Después de mi salida de México, Pedro también abandonó esa bella y acogedora tierra y se trasladó a Guatemala a reunirse con el núcleo de exiliados existentes en ese país en donde ya gobernaba el progresista Jacobo Árbentz, quien sería víctima de las maquinaciones imperialistas poco tiempo después que Pedro también abandonara ese país.

El dueño del negocio en que trabajaba era un joven judío de apellido Rosemberg, quien me trataba con gran consideración, pero eso sí, de una manera muy estricta en cuanto al cumplimiento de mis obligaciones, sobre todo en lo concerniente a la preservación de su patrimonio. Un incidente relacionado con esa importante parte en la vida de Rosemberg vino a entorpecer las cordiales relaciones.

En el negocio había, además de la fábrica de carteras, una tienda en la que se vendían al público los artículos que se producían. A las doce del mediodía los trabajadores iban a sus casas a

comer y regresaban a las dos, pero el dueño no cerraba la tienda en ese lapso durante el cual él y yo nos quedábamos en turnos interdiarios atendiendo a los pocos que nos visitaban a tan inapropiadas horas.

Un mal día, estando yo de turno, se presentaron tres hombres y tres mujeres con el pretexto de que querían una exhibición de los productos. Mientras le mostraba al grupo la diversidad de los artículos, otro grupo penetró al local y sin que pudiera percatarme —confieso que me comporté como un novato en la materia— hicieron un robo cuantioso de las más caras de las mercancías. Los seis a los que atendía, se retiraron con la promesa de que volverían a cerrar, según ellos, un jugoso negocio.

Cuando Rosemberg llegó a las dos fue cuando advertimos la falta de los artículos. La reacción de mi patrón no fue violenta, pero eso sí, muy de acuerdo con el amor que le tenía a lo suyo. Yo debía pagar de mi magro sueldo el importe de lo robado. Fue benevolente, hasta donde puede serlo un judío, y convino en descontarme semanalmente cuarenta pesos. De ahí que los dos últimos meses que trabajé con él fueron, económicamente hablando, los más duros de mi permanencia en ese bello país; dos meses porque los avatares de mi vida como exiliado me llevarían a otros senderos que no solamente no me permitieron acabar de pagar mi deuda con mi patrón sino que hasta tuve que abandonar el suelo mexicano en una ausencia que habría de durar veinte años antes de que pudiera volver a pasearme por aquellas calles de tantos buenos recuerdos que formaron parte de mi accidentada vida de luchador antitrujillista.

Uno de los días en que me encaminaba a indagar acerca del desarrollo de mi solicitud de residencia permanente en México, me encontré con Horacio Julio Ornes y Eduardo Matos Díaz, quienes, llenos de regocijo, me dieron la nueva de que sus casos se habían resuelto satisfactoriamente. Es de imaginar la ansiedad pletórica de esperanzas con que dirigí mis pasos a la oficina

correspondiente. Pero si grandes fueron mis esperanzas, mayor fue mi desencanto cuando el empleado me dijo que todavía mi caso no estaba resuelto, que estaba pendiente de solución para terminar. En un arranque de sinceridad, le agradecí diciéndole que estaba seguro de que la decisión no sería positiva.

Para responder a una angustiada pregunta que le hice accedí a mostrarme el expediente contentivo de las diligencias que se habían hecho en el caso. Allí pude encontrar la causa del pesimismo del empleado en un informe que acerca de mi persona había rendido el embajador mexicano en República Dominicana, un señor de apellido Núñez Domínguez. Dicho informe no podía ser más negativo, ni más mentiroso, sobre todo en la parte en que se refería a que había sido miembro de la Legión del Caribe que operaba en Centro América para tumbar los gobiernos democráticos del área. También, desde luego, daba cuenta de las actividades comunistas y de otras lindezas más. Era una copia casi al carbón de la coletilla que había puesto Trujillo en los pasaportes cuando abandonamos el país a raíz del desembarco en Luperón. Como una curiosidad muy propia de la manera como se manejaban esos asuntos relacionados con el caso dominicano, debo agregar que el pasaporte de Horacio Julio Ornes tenía la misma coletilla que el mío. Si en realidad había pertenecido a la organización que operó en Centroamérica, bautizada como Legión del Caribe por Trujillo y sus cómplices, fue un esfuerzo que se hizo en su tiempo para acabar con las dictaduras que pululaban en aquellos días en los países caribeños, con Trujillo a la cabeza, y en la que también campeaban por sus respetos señores de horca y cuchillo como Somoza en Nicaragua y Carías en Honduras.

De más está decir que me alegraba sobremanera que Horacio Julio consiguiera su residencia en México. Lo que he querido resaltar es la injusticia que se cometió en mi caso, hija de la ligereza del mencionado embajador. De seguro que ese señor no fue justo cuando consignó en su informe lo que de seguro conocía no era

más que una de las innumerables triquiñuelas de que se valía Trujillo para perjudicar a sus enemigos. Mi precipitada salida de México de ninguna manera fue beneficiosa para mí.

Era obvia la precariedad de mi estadía en ese país. Llevándome del consejo que me dio el complaciente empleado que me mostró el expediente, resolví abandonar el territorio mexicano por mi libre voluntad, porque cuando se pusieran en movimiento las recomendaciones que se habían dado sobre mí la deportación era segura, lo que conllevaba que jamás podría volver a México. De inmediato tomé las medidas necesarias. Corina regresó a Estados Unidos, en donde tenía trabajo asegurado, con las miras de volvernos a reunir tan pronto las circunstancias fueran propicias. Preparé mi viaje a La Habana, único sitio en donde tendría albergue seguro por lo menos mientras encontraba otra solución.

De las diligencias que hice llegué a la conclusión que la mejor manera, por ser la más barata, era utilizar la vía marítima. Compré un boleto de tercera clase en un barco de turismo surto en el puerto de Veracruz y que iría a La Habana después de hacer un crucero por el Caribe que había comenzado en Miami y terminaría en esa ciudad después de tocar el puerto habanero. Sin embargo, desde que pisé cubierta me di cuenta de que a pesar del bajo costo del pasaje podría disfrutar de todas las ventajas que brindaba la embarcación.

El trayecto Ciudad México-La Habana, sin lugar a dudas resultó ser unas de las mayores satisfacciones en mi vida de exiliado, si estas fueran consideradas desde el ángulo del goce espiritual en un aspecto, y mundano en otro.

Lo primero lo sentí cuando me transportaba en un autobús de Ciudad México a Veracruz. La mayor parte del tiempo transcurrió durante la noche y fue precisamente eso lo que me produjo uno de los goces espirituales más profundos y evocadores de cuantos viví en mis años de emigrado.

La evocación provino de un sentimiento que tenía profundamente guardado en mis recuerdos de cuando era un mozo que llevaba serenatas allá en mi lejana y añorada tierra dominicana a las enamoradas y les cantaba, entre otras, la canción de Agustín Lara que en parte dice: “Noche tibia y callada de Veracruz/, vibración de cocuyos que con su luz/ bordan de lentejuelas la oscuridad”. El impacto se produjo cuando el autobús cruzaba entre unas montañas, miré por un ventanillo y en la noche estampada la expresión del músico-poeta mexicano al contemplar una miriada de cocuyos bordando, ante mis ojos, de lentejuelas la oscuridad.

El goce mundano se produciría cuando al llegar la primera noche de las tres que duraría el viaje me enteré de que en cada una se celebraría un baile de despedida a los turistas, y que podría disfrutar de los festejos. Sólo una preocupación ensombrecía mis esperanzas de disfrute: la empresa solamente proporcionaba los salones y la música. Los demás gastos debían hacerlos los home-najeados. Esto para los verdaderos turistas era asunto de poca monta. Por algo viajaban en el “Silver Star”, que era el nombre del barco, en un viaje puramente de placer. Era obvio que ese no era mi caso, sobre todo si se examinaba en relación con los “dó-lares” que llevaba en los bolsillos.

Quien se enteró de todos esos pormenores fue un joven turista norteamericano con quien casi en seguida trabé conocimiento, o mejor dicho, trabó él conmigo: se me acercó y me preguntó si conocía bien a La Habana. Su indagación estuvo dirigida a si sabía la ubicación de las casas de lenocinio. Tuvo que repetirme dos veces sus preguntas debido a mi pobre inglés y a lo más pobre aún de su lengua estropajosa por causa del alcohol que había ingerido.

Otra causa por lo que tardé en contestarle fue por el tiempo que me tomó darle forma al plan que mi sobria mente fraguó de inmediato. Una vez completado mi plan le contesté que conocía al dedillo en dónde se encontraban las casas de sus apetencias, lo

que no era cierto. No es que fuera un santo varón incapaz de frecuentar esos lugares, pero lo cierto es que ni siquiera cuando era más joven era partidario de comerciar con el sexo. Consideraba que el placer debía ser producido por eso mismo, por placer, y jamás por el pago de una suma de dinero. Sin embargo, a lo que sí era adicto era al baile y a la bebida en la medida en que debe dar calor a los placeres de Terpsicore, pero sin llegar a los extremos de mi nuevo amigo Johnny, que así se llamaba el joven norteamericano. Sabía, y así fue, que con la media mentira que le había dicho tendría asegurado todos los tragos necesarios para pasar las tres noches que esperaban en muy buena compañía, como en efecto sucedió.

Cuando estaba por terminar la tercera y última noche a bordo, comencé a ingeniarme de qué manera podría salir del embrollo en que me había metido, embrollo que se había multiplicado porque en el transcurso de los bailes y los tragos había trabado conocimiento con otros amigos de Johnny que también contaban con que los llevaría, tan pronto desembarcáramos, a los sitios prometidos. Mi plan era que tan pronto bajáramos del barco entregaría a Johnny y a sus amigos al primer buscón que apareciera por el muelle. Estaba seguro de que sería fácil encontrarlo porque en La Habana de esos tiempos esa era una de las ocupaciones más socorridas entre el bajo mundo habanero. Era la única solución factible si quería, sin complacerlos directamente, dejarlos satisfechos.

Sin embargo, los acontecimientos se desarrollaron de la mejor de las maneras. El barco no atracó directamente en ningún muelle. Ancló en medio de la bahía que sirve de puerto a La Habana y la orden que se dio fue que desembarcaran primero los pasajeros que se quedaban allí. Para mi sorpresa eran más de los que imaginaba. Entonces me enteré de que algunos de los más gozadores en las fiestas no pertenecían al número de turistas que habían realizado el crucero completo. Por suerte para mí ninguno

de los que desembarcaron conmigo era de los amigos de Johnny. De manera que desde que tomé tierra, agarré mi maleta y me confundí de nuevo en el tráfico de la vida habanera.

Se abría un nuevo capítulo en mi vida de emigrado que tendría algunas variantes que, aunque no me eran totalmente desconocida, no dejaban de inquietarme. Se había producido un cambio de gobierno. Batista había entrado por la posta No. 6 de Columbia y hacía un mes que era de nuevo el hombre más fuerte de Cuba. Ya los Prío, los Eufemio Fernández habían pasado a ocupar un lugar parecido al que yo tenía dentro de la pléyade de exiliados que pululaban por todos los ámbitos de América. He dicho “parecido” porque en realidad no podía haber una completa semejanza entre sus casos y el mío: mientras yo había tenido que dejar México en una situación que, a pesar de lo precaria, me permitía vivir decentemente, los nuevos exiliados, con Prío a la cabeza, de seguro que en donde quiera que estuvieran no tendrían ningún problema para buscarse los medios de vivir cómodamente. Para mí y mis compañeros dominicanos que se habían quedado en Cuba, las condiciones de vida serían aún más duras que en tiempos de Grau San Martín y Prío. Con el golpe dado por Batista se había escapado a los dominicanos una base de apoyo que para algunos servía para nutrirse de lo imprescindible para conservar la vida y para otros como medio para vivir, si no en la opulencia, por lo menos en un nivel económico más alto.

El primer contacto que hice tan pronto llegué fue con Miguelucho Feliú, quien vivía en un cuarto alquilado en una casa del Malecón de La Habana. Allí conseguí también una habitación. En otras circunstancias hubiera ido directamente al Hotel San Luis, que todavía era propiedad del amigo Cruz Alonso, quien de seguro no me hubiera negado albergue si se lo hubiera pedido. No quise hacerlo, al menos por el momento, porque no conocía a fondo las condiciones en que había quedado con el cambio de gobierno. Aunque él nunca tuvo vinculaciones de tipo oficial con

ninguno de los funcionarios gobiernistas, por lo menos sabía que lo unían lazos de amistad y hasta de negocios con algunos de ellos. En cambio, el caso de Miguelucho era muy distinto. En él tenía un incondicional compañero en quien podía confiar ciento por ciento y que además, si llegara el caso, no dudaría en compartir la mesada que le enviaba su madre desde Nueva York con lo que se sostenía.

Para esos días todavía quedaban en Cuba, además de Telo Hernández y su familia, y muchos más dispersos por todo el territorio cubano, otros exiliados a los que me unían lazos de amistad y de identificación ideológica.

Justino José del Orbe vivía en un apartamento con su familia. Otros vivían en tres habitaciones ubicadas en distintos sectores de La Habana. En una vivían Manuel Aquiles Ramírez (Quilito), José Antonio Puello (Puellito) y Manuel de Jesús Peña (Cuco). En otra, Bienvenido Fuertes Duarte y Pablo Antonio Martínez y en otra Máximo López Molina y Manuel Lorenzo Carrasco. Esta última estaba en el tercer piso de Masón No. 16, una callejuela situada en los alrededores de la Universidad de La Habana. A esa habitación me mudé en una prima noche cuando ya no tenía con qué pagar el alquiler de la habitación en la casa del Malecón. Fue una pintoresca mudanza puesto que previamente tuve que pasar a recoger una camita colombina que transporté llevándola en la cabeza y encima mi maleta. Era obvio que el espectáculo que di por las calles de La Habana tenía su justificación en la falta de dinero para pagar siquiera un módico acarreo.

La vida en Masón 16 fue muy placentera a pesar de la incomodidad que significaba el tener que recoger mi camita todos los días para que se pudiera pasar. Tal era la estrechez del cubículo que me servía de aposento que por cierto constituía toda la extensión de la vivienda. El baño quedaba fuera, a unos diez pasos del dormitorio, o sea, que si llovía había que esperar que escampara para usar el sanitario. Desde luego, las dificultades se multiplicaban si todo sucedía en la noche.

Como es de suponer, existía una estrecha camaradería dentro de los tres grupos, sobre todo en lo concerniente a las comidas. Cuando no iba a comer a casa de Telo Hernández lo hacía en el cuarto de Quilito y Puellito. Allí había un poco de más de espacio vital. Se podía cocinar, pero no se crea que en una cocina separada de la habitación: echábamos un poco a un lado una de las camas e improvisábamos un fogón constituido por una hornilla eléctrica. El menú invariable era lo que llamábamos una jamonada, consistente en lo que resultaba de mezclar en una olla puesta al fuego una lata de jamón picado, otra de habichuelas con un poco de agua y aceite. Ese condumio era invariablemente acompañado por un buen pedazo de pan. A veces nos reuníamos todos y era preciso duplicar los ingredientes. Lo cierto es que el susodicho condumio resultaba exquisito y nutritivo hasta el punto de que se corrió la voz entre los exiliados y era frecuente que a los convites concurrieran uno que otro miembro del exilio dominicano. Uno de los convidados más o menos frecuentes, fue Nando Hernández, el hermano de Telo. Esto sucedía cuando le cogía el mediodía en La Habana. Recuérdese que él vivía en Siboney, a casi media hora en guagua.

La familia de Pedro Mir en Cuba vivía en la calle San Rafael y una que otra noche iba a visitarla y a saber de él, quien, como he dicho, se había radicado en Guatemala después de mi salida de México. La esposa de mi amigo y futuro compadre, sabedora de la situación precaria por la que atravesábamos los exiliados, me invitó a que fuera a almorzar a su casa todos los miércoles. Esa nueva apertura me ayudó a balancear en parte la deficiente dieta a que me tenían obligado las jamonadas en casa de Quilito y Puellito. Además, en ese hogar también vivía Luis, el hermano menor de Pedro, con quien también me unía una amistad de varios años. Este era una persona de trato agradable y muy cooperador conmigo. Había emigrado a Cuba siendo muy joven y

para esos días era un brillante estudiante de Ingeniería Eléctrica en la Universidad de La Habana. A través de Luis conocí a un compañero suyo de nombre Pepe Estrada, un joven extrovertido y de fácil palabra, un tipo cubano de clase media, una especie de sabelotodo y arreglatodo que ya había tenido algunos trabajos relacionados con su futura profesión de ingeniero. Sin que se lo propusiera, un día me dijo que ya tenía arreglado todo para que fuera a trabajar en la construcción de una carretera cerca de Jatibonico en la provincia de Las Villas. Al principio no le di importancia porque atribuí esa salida a una vaga expresión de su carácter de arreglatodo. Pero resultó que era cierto y hasta llegó a facilitarme el importe del pasaje en tren para llegar hasta el lugar del trabajo.

Cuando llegué a Jatibonico e hice contacto con el ingeniero contratista de la carretera, ya éste me estaba esperando y me asignó a una cuadrilla de carpinteros bajo el mando de un mozo llamado Llillo, que se parecía, en su manera de ser, a mi nuevo amigo Pepe. Además tenía una cualidad que no había llegado a detectar en Pepe. Se manifestaba ésta en que durante el trabajo siempre estaba en movimiento, esto es, con el martillo en la mano estaba constantemente clavando algo aunque en realidad ese claveteo no se tradujera en ningún provecho para la obra. Cuando llegamos a tener alguna confianza le pregunté que con qué fin hacía eso; su respuesta no pudo ser más lógica dentro de su manera de ser: “Lo hago porque desde donde quiera que nos esté observando el ingeniero siempre me verá en acción de trabajo. Es por eso por lo que tengo fama de ser un trabajador que se faja durante las ocho horas completas de jornada”.

Cuando llegué a la construcción ya la carretera estaba comenzada, pero de todas maneras alcancé a laborar durante dos meses. Mis conocimientos de carpintería, y sobre todo mi habilidad en ese oficio, no eran las de un carpintero consumado, pero sabía

manejar un martillo y un serrucho lo suficientemente bien como para ganarme en buena ley los tres pesos con veinticinco centavos diarios que me pagaban. Ese salario era suficiente para pagar el hotel en donde vivía, el mismo que ocupaba el ingeniero jefe los días que se pasaba en Jatibonico. Esa contingencia me proporcionó la ocasión de hacerme amigo de mi jefe superior hasta el punto que en más de una ocasión nos vieron juntos departiendo como dos amigos íntimos en algunos sitios de diversión del lugar. Además, esa relación me sirvió de puente para conocer a una muchacha residente en Santa Clara que sería el eslabón para conseguir mi siguiente trabajo.

Alegrina Levy, que así se llamaba la muchacha, se hizo una buena amiga mía. Hicimos juntos el viaje Santa Clara-Habana cuando terminada la construcción de la carretera regresé a mi residencia de Masón 16. Durante el trayecto se ofreció a ayudarme en la búsqueda de una nueva colocación. No fue inmediatamente, pero gracias a ella conseguí un trabajo, por cierto, de muy distinta clase a aquel de ayudante de carpintería. Antes de que esto sucediera me vería envuelto en algunas dificultades impelido por mi condición de antritrujillista.

Se acercaban las navidades de 1952. Ya Batista tenía unos ocho meses en el poder, que había consolidado lo suficiente como para ocuparse de algunos asuntos a los que antes no les hacía caso. La situación de los exiliados antitrujillistas fue uno de ellos. De manera sorpresiva ordenó que se hiciera una redada de emigrados comunistas dominicanos. La opinión generalizada fue que su propósito era enviárselos a Trujillo, quién sabe en virtud de qué maquiavélico convenio.

El primer paso fue el allanamiento de todas nuestras viviendas. A los únicos que lograron arrestar fueron a Justino del Orbe, Quilito Ramírez y Cuco Peña. Los demás tuvimos la suerte de no encontrarnos en casa cuando los esbirros fueron a buscarnos. De inmediato nos pusimos en contacto con nuestros camaradas cubanos y

estos nos buscaron refugio en diferentes lugares de la ciudad. A mí me tocó la casa de un joven militante que vivía con su madre, su esposa y un hijo pequeño.

El sitio era una vivienda bastante espaciosa en la que había un aposento expresamente preparado para esos menesteres. Era bastante cómodo, con un baño particular y hasta una mesita para las comidas. Allí pasé unos ocho o diez días entre los que estuvo incluido el día de Nochebuena. Mi presencia no fue óbice para que se celebrara de acuerdo con las costumbres de la casa: cena y hasta un baile. Concurrí como un invitado más. Mi condición de extranjero a quien nadie conocía y mi acento al hablar tan parecido a los del Oriente cubano fueron propicios para decir a los demás invitados que yo era un pariente llegado de Santiago de Cuba. El único motivo de tristeza que empañó un poco mi ánimo en aquella inolvidable noche fue la conciencia de que tal vez mis demás compañeros no estuvieran disfrutando como yo de las delicias de aquella cena y de los placeres de la música y del baile. Más tarde comprobaría que mis aprensiones eran ciertas. Algunos hubo que esa noche la pasaron como otra cualquiera del año: comida pobre y estrechez en las comodidades.

Entre los servicios que recibía estaba el que me llevaran hasta tres o cuatro periódicos. Por ellos estaba enterado del desarrollo de los acontecimientos relacionados con nuestra persecución. Naturalmente, el diario que más hincapié hacía en la solución satisfactoria de nuestro caso era *Hoy*, órgano del Partido Socialista Popular cubano, que había desarrollado una amplia campaña en nuestro favor y en la que no estaba solo. Algunos otros periódicos también abogaban con que soltaran a los que estaban detenidos y que cesaran las persecuciones de los demás.

Un día bien temprano me dijo mi anfitrión que ese día se me trasladaría al Campus de la Universidad de La Habana porque además de que la presión había disminuido, señal de ello era que se había retirado la vigilancia de nuestras viviendas, ese día se

celebraría un mitin organizado por la Federación de Estudiantes Universitarios (FEU). Se cumpliría un amplio programa en el que, además de los discursos, se haría una manifestación pública pidiendo al gobierno que se respetaran los derechos que nos acordaban las convenciones sobre el asilo político de las que era signataria Cuba.

Cuando llegué al campus, ya estaban todos los demás compañeros rodeados de una multitud de estudiantes, profesores y simpatizantes de nuestra causa. Uno de los organizadores del acto y que sería su principal orador era Fidel Castro, acompañado de su hermano menor Raúl en la organización de los pormenores del acontecimiento.

De Fidel sabía que era un ardiente antitrujillista por su presencia en la frustrada expedición de Cayo Confites. A decir verdad, por la manera como discurrió mi participación en aquella empresa, no lo conocí personalmente entonces. Conversé con él por primera vez en ese acto de la Universidad sin que ni siquiera me identificara por mi nombre. Yo no era más que “otro de los exiliados perseguidos”. En la ocasión dijo dirigiéndose a mí: “Reúna a todos sus compañeros y que se coloquen allí para comenzar el acto”.

Así lo hicimos y al poco rato se iniciaron los discursos que sólo fueron tres. Primero habló un miembro de la FEU a quien no conocía. Después lo hizo Manuel Lorenzo Carrasco en nombre de nosotros y cerró el acto Fidel. Era la primera vez que lo oía y verdaderamente quedé impresionado por la manera como se expresó aquel joven que todavía no había cumplido los veinticinco años.

No puedo medir cuál sería el alcance de aquella protesta, pero lo cierto es que después de ella permanecemos dos días más acogidos en el Campus en el que teníamos protección asegurada por el Fuero de que todavía gozaba la Universidad y al tercer día pudimos abandonar nuestro refugio a continuar nuestras actividades normalmente.

Había transcurrido más de un mes de mi regreso de Jatibonico cuando casualmente me encontré en una calle con Alegrina Levy. Después del saludo dijo que se alegraba de verme porque ya había hablado de mí a un amigo que podía conseguirme trabajo, que ese día iría a verlo y me pidió que la acompañara. Se trataba de un señor de edad madura llamado Antonio Leal, quien, por estar enamorado de una hermana de Alegrina, estaba dispuesto a complacerla ayudándome a conseguir colocación.

Antonio Leal me citó para esa misma noche en el cabaret Montmartre, en la parte del Casino. Me recomendó que fuera bien vestido, saco y corbata y alrededor de las doce preguntara a cualquiera por él. Noté que había algo misterioso en esa cita, pero la necesidad que tenía no me permitía dejarme llevar de suspicacias. Por eso, a la hora indicada y en el sitio preciso estaba preguntando por mi prometido benefactor.

No fue sino casi a las dos de la madrugada cuando llegó Antonio. Al verme me pidió disculpas por el retraso y de inmediato me presentó a un hijo suyo a quien ya había visto una vez en el transcurso de la noche y que resultó ser nada más y nada menos que el concesionario del casino, o sea una persona de mucha importancia si se le veía desde el punto de vista de poder emplear a quien quisiera. En efecto, Eugenio Leal me puso en contacto con un empleado y le ordenó que me diera trabajo al día siguiente “en la parte atrás”.

La parte atrás era una dependencia del casino en donde tanto los jugadores como los empleados iban en mangas de camisa. Esto es, que los que frecuentaban y trabajaban allí no podían tener acceso al casino propiamente dicho en donde los parroquianos debían estar vestidos de saco y corbata y los manejadores de los juegos de smoking.

A la noche siguiente me presenté al sitio en donde debía trabajar al que se llegaba entrando por la calle “N”, o sea por la parte trasera del edificio, sin tener que pasar por la dependencia

del cabaret, cuya entrada principal estaba en la calle “O” del Vedado. Todavía no tenía ni la menor idea de cuál sería mi tarea y mucho menos mi salario.

A poco rato de llegar encontré al empleado a quien había sido recomendado por el jefe. Este no me hizo mucho caso, solo me dijo que observara las incidencias del juego que se desarrollaba en la mesa de bacará. Esto hice y al cabo de poco rato ya había comprendido sus incidencias y por tanto comencé a aburrirme, pero como esas habían sido mis instrucciones continué por espacio de casi dos horas observando a los jugadores y a los talladores.

La hora señalada para mi entrada fue a las diez de la noche y a eso de la una vi a Antonio. Me le acerqué y le dije que todavía no sabía cuál sería mi labor con la esperanza de que acelerara las cosas y me pusieran a trabajar. Su respuesta me sorprendió: “No te preocupes, ya estás ganando dinero, toma estos tres pesos y vuelve mañana”. Cogí el dinero y sin comprender por qué me lo había ganado abandoné el lugar con muchísimo sueño porque era la segunda noche seguida que me trasnochaba.

La segunda jornada fue casi igual a la primera. La única pequeña variante fue que en un momento Eugenio Leal, al pasar por mi lado sonrió, y me dijo: “Creo que ya mañana estarás listo. Sigue observando”.

No salía de mi asombro porque no tenía ni idea de en qué estaría listo a la noche siguiente. A eso de las dos se me acercó el empleado que había sido mi único contacto en relación con el juego y casi sin mirarme a la cara dijo: “Toma tus tres pesos y cuando vengas mañana procúrame de inmediato”.

Cuando llegué a la noche siguiente y vi al empleado éste me llevó ante el manejador de la mesa de bacará y le dijo que ya me podía poner a trabajar. El interpelado, con una imperceptible sonrisa me dijo: “Estáte atento a mis gestos, y cuando te lo indique siéntate en cualquier silla desocupada”. No tardó ni quince minutos en hacerme una seña. Me senté todavía sin saber lo que

pasaría. Traté de disimular mi torpeza cuando el tallador puso delante de mí un montoncito de fichas. Fue entonces cuando comprendí cuál sería mi tarea. Desde ese momento me había convertido en un “pala”, esto es, en un empleado de la casa que jugando de mentirillas debía mantener la mesa de juego en movimiento. La idea era que en ningún momento se parara de jugar, de manera que si entraba un nuevo prospecto no siguiera de largo al ver la mesa detenida.

Cuando me senté solamente jugaba una persona, que pronto abandonó el juego; entonces nos quedamos jugando el tallador y yo durante unos minutos. Cuando se sentaron dos puntos nuevos, el encargado me hizo una señal: debía abandonar mi puesto, que pronto fue ocupado por un jugador de verdad. En eso consistía el mecanismo de mi trabajo. Era lo que debía observar durante las dos noches anteriores. Si me hubieran dado instrucciones precisas no hubiera sido necesario que me pasara esas dos noches en completo aburrimiento.

De ahí en adelante las cosas funcionaron a las mil maravillas. Mi conciencia estaba tranquila. Mi participación como pantalla para entusiasmar a los jugadores en potencia en nada influía en su suerte o en su desgracia. Estos podían ganar o perder, más perder que ganar, pero sin que mi trabajo tuviera nada que ver con sus pérdidas o ganancias.

En ese trabajo de la parte atrás estuve pocos días, escasamente una semana. Al cabo de ese tiempo se me acercó Eugenio Leal y me preguntó si me gustaría trabajar en la parte de adelante, esto es, en el casino de lujo, que para ello debía ir bien vestido, que si aceptaba ganaría cinco pesos en vez de tres. Naturalmente le dije que sí.

En esa nueva etapa había algunas ventajas, la de los dos pesos más era obvia. Además tendría la ocasión de ver las actuaciones de los artistas famosos que tomaban parte en las presentaciones del cabaret. Pero tenía una desventaja que, sobre todo al principio,

por poco me hace renunciar al empleo. Era que en vez de salir a más tardar a las tres de la mañana, como lo hacía en “la parte atrás”, en el nuevo sitio nunca se salía antes de la cinco de la mañana. La razón de esa diferencia estaba en que los “tercios” de adelante eran personas adineradas que bien podían dormir durante toda la mañana y hasta parte de la tarde. Pero los clientes de atrás era gente que tenía que trabajar. Eran personas de medianos recursos económicos con obligaciones perentorias para mantener sus empleos.

Cuando fui a trabajar al cuarto o quinto día, más bien parecía un zombi que un elegante supuesto tercio de un casino de lujo. En más de una ocasión di una cabezada sentado a la mesa de juego. El encargado se me acercó y con disimulo me dijo que me fuera a dormir. Que no había problema porque comprendía que no estaba acostumbrado a esa vida. Así lo hice, pero cuando al día siguiente dieron las diez de la noche, hora de entrada, lo pensé mucho antes de decidir ponerme de nuevo ante el tapete verde. La necesidad que tenía de esos cinco pesos, sobre todo por las obligaciones que ya había contraído, me impulsaron a reintegrarme a mi trabajo.

Al principio, los cinco pesos de mi salario alcanzaban para solventar algunos menesteres, tales como pagar una pensión con comida, mantener las camisas limpias por la naturaleza de mi ocupación, algunos gastos imprevistos y hasta ayudar en algo a mis compañeros de partido. Como sucede corrientemente, llegó el día en que ya no eran suficientes por las pequeñas cosas que se presentaban por la conciencia que tenía de que recibiría ese emolumento, pero las dificultades se obviaban por el socorrido sistema de las deudas que se iban acumulando.

Cuando menos lo esperaba recibí una comunicación del Departamento de Inmigración de los Estados Unidos de Norteamérica en la que se me citaba para concurrir a una audiencia en Miami en una fecha que no estaba muy lejana, pero sí lo

suficientemente cómoda para que pudiera arreglar mis asuntos en Cuba y concurrir a la cita.

El recibimiento de esa comunicación no me sorprendió del todo, puesto que sabía que Corina desde Nueva York hacía tiempo estaba en esas diligencias. Fue una gran ayuda para la salida satisfactoria de mi situación el nacimiento de mi hija Ivette, acontecimiento que ya esperaba puesto que cuando Corina abandonó México poco antes de mi salida casi precipitada de ese país me había anunciando el estado en que se encontraba; además, por nuestra correspondencia había seguido el proceso de su embarazo. La comunicación la recibí a mediados de octubre de 1953 y concurrí a la audiencia el 29 de ese mes. En realidad se trataba solamente de llenar algunos trámites para mi readmisión como residente de ese país, condición que había perdido por mi ausencia de él por más de un año.

Mi salida del territorio norteamericano se había producido cuando hice aquel precipitado viaje junto con Bienvenido Hazim después de los interrogatorios a que nos sometieron los agentes del Tesoro de Estados Unidos en su indagación acerca de la compra y salida, según ellos ilegal, de los aviones utilizados en el desembarco en Luperón. Era la segunda vez que intentaba reingresar a dicho país después de aquella salida. La primera había sido unos diez meses antes, o sea, cuando todavía estaba dentro de la ley de inmigración. Esa vez llegué hasta Miami sin dificultad, pero allí intentaron retenerme en calidad de detenido mientras se resolvía mi caso. Así mismo le había pasado a otros emigrados dominicanos. Conocía el de Rafael Bonilla Aybar, que estuvo confinado seis meses y al fin creo que tuvo que regresar a su punto de partida sin conseguir su objetivo.

No las tenía todas conmigo cuando me presenté ante el oficial de inmigración a la audiencia del 29 de octubre de 1953; sin embargo, pronto mis dudas desaparecieron porque casi de entrada la audiencia tomó un giro favorable a mí desde que la oficial,

una joven y simpática mujer, me dijo que estaba enterada que hacía poco me había nacido una hija ciudadana de Estados Unidos de América. De ahí en adelante, repito, fue cuestión de trámites para que continuara mi viaje a Nueva York a reunirme con Corina y con Ivette.

Con mi llegada a Nueva York en la tarde del día siguiente, puesto que hice el viaje por tren, se abrió una nueva etapa en mi vida de exiliado que duraría seis años.

Mis experiencias en esa ciudad en materia de trabajo eran prácticamente nulas. Mis otras estadias habían sido muy cortas y en circunstancias que no me impulsaron a dedicarme de lleno a buscar una colocación. Esa vez sí tenía por delante unas obligaciones que de inmediato me pusieron en movimiento en busca de trabajo. Tenía una esposa y una hija a las que debía mantener.

Contaba con las relaciones que tenía desde Santo Domingo con varias personas residentes en esa gran urbe. Una de ellas era Andrea, aquella servicial amiga de quien puedo decir que casi me salvó la vida con su oportuna ayuda mientras me encontraba enfermo y solo en el cuarto del apartamento de la avenida West End. Con ella contaba principalmente para que me conectara con los demás dominicanos. Esos eran los planes que me había trazado durante el largo recorrido que duró más de veinte y cuatro horas de Miami a Nueva York. Sin embargo, las cosas me resultaron más fáciles de lo que pensaba tan pronto me reuní con los míos. Cuando llegué, Corina e Ivette compartían un pequeño apartamento con la familia de Herman Voigt compuesta por su esposa Isabel y dos pequeños hijos.

Herman era un viejo conocido desde Santo Domingo que hacía varios años residía en los Estados Unidos. Se había identificado con los exiliados a los que sirvió, a muchos de ellos, como puente para conseguir trabajo a través de otro dominicano llamado Machito Acosta, capataz en una compañía dedicada a la

descarga de barcos que provenían cargados de azúcar desde varias partes del mundo.

La primera noche que pasé en compañía de mi familia, recibí la oferta de Herman para llevarme, tan pronto quisiera, al muelle donde trabajaba, situado en Yonkers, en la parte norte de la isla de Manhattan. Allí estaba radicada la compañía que descargaba los barcos provenientes de sitios tan lejanos como las Filipinas y tan cercanos como Cuba, Puerto Rico y República Dominicana. Para trabajar allí era requisito obligado poseer una tarjeta de una oficina federal cuyo nombre traducido al español era Comisión de los Muelles. Esa comisión había sido creada con el fin de controlar en lo posible la hegemonía que ejercían algunas agrupaciones gansteriles en todos los muelles de Estados Unidos de Norteamérica. Con esa medida se trataba de impedir que individuos fichados como mafiosos trabajaran en ese sector. Sin embargo, en los hechos la mafia seguía presente, como en la mayoría de las actividades de ese país. Ya tendría yo oportunidad de comprobarlo por experiencia propia.

Lo primero que debía hacer era conseguir la susodicha tarjeta, que por cierto fue fácil porque como era natural mi nombre no figuraba en las listas de los mafiosos. Lo segundo era ponerme en contacto con Machito Acosta, lo que también fue fácil a través de Herman Voigt.

Cuando Acosta supo que quería trabajar en una de sus cuadrillas, de inmediato accedió. Para esos días tenía fama de ser un antitrujillista consecuente por lo que se sentía obligado con los que, como yo, éramos reconocidos en esas actividades.

El trabajo en sí era fácil de realizar, solo eran difíciles de soportar las fatigas que conllevaba. El primer día que asistí al muelle, Machito Acosta me eligió para una de las tareas menos fatigantes. Era una especie de auxiliar de los hombres que vaciaban los sacos que provenían de los barcos amarrados con una sogá

que había que devolver para continuar la cadena. Lo mío era recogerla y tirarla a través de una pasarela.

Dos hombres colocados a ambos lados de los sacos se encargaban de vaciarlos después que otro los abría con un instrumento cortante. El hombre que hacía los cortes trabajaba sobre una parrilla que dejaba caer el azúcar a un gran depósito colocado del lado contrario al que usan los carritos para colocar los sacos al alcance del gancho que los subía a la tarima. Una vez terminado de vaciar los sacos entra en acción otro hombre que se encarga de tirar la sogá hacia el piso en donde trabajan los carritos la cual es transportada hacia el barco para seguir la cadena hasta vaciar por completo todas las bodegas de la embarcación. Como ya he anotado, mi trabajo comenzó tirando la sogá.

Si se tiran diez o doce sogas sin detenerse, se siente un pequeño cansancio, pero si se está durante ocho horas tirando la sogá con un descanso de una hora para comer, se siente un estropeo que quita las ganas de volver a levantarse al día siguiente a las cinco de la mañana para volver a la misma tarea.

La necesidad obligaba a sacar fuerzas de flaqueza para levantarse al otro día y al otro y al otro hasta que el cuerpo se acostumbrara y permitiera realizar esa u otra tarea aún más agobiante como era el vaciado de los sacos y sobre todo hacer el de abordó, esto es, la cuarta extracción de los sacos, que era la más pesada de todas. Día llegó en que estuve en condiciones físicas para realizar todas esas tareas, como también llegaría el día en que hice el trabajo de a bordo: Las bodegas de los barcos venían repletas de los sacos de azúcar que eran de diversos tamaños. Los había de cien libras, de doscientos cincuenta y de trescientos veinte. En el lugar de embarque los colocaban como si fueran losetas una encima de la otra hasta llegar al tope.

Para el trabajo de agarre de los sacos se necesitaban dos hombres por equipo. Según el tamaño de la bodega trabajaban tres, cuatro y hasta cinco equipos al mismo tiempo. Uno de los

miembros de equipo “tiraba la soga” que consistía en colocarla sobre la camada de sacos sobre la que estaban parados. Luego auxiliados con un gancho que utilizaban en su mano derecha enganchaban los sacos y colocaban el primero casi en medio de la soga. Le arriman otro al lado hasta llegar a tres si eran de trescientos veinte libras, a cuatro si eran de doscientos cincuenta y seis si eran de cien libras. Después, encima de esa primera hilera se colocaban otras hasta completar siete, diez o veinte sogas, según el tamaño. Aunque parezca paradójico los más incómodos de trabajar eran los más livianos porque para un experimentado trabajador el asunto no era de fuerza sino de pericia. De lo que no podía escapar era de tener que agacharse cada vez que movía un saco. Por eso, tener que abajarse veinte veces, que era el caso de los más pequeños, no era igual que hacerlo siete, como era el caso de los de trescientos veinte libras. Una vez hecho el trabajo de colocación de los sacos sobre la soga, uno de los hombres debía tomar los dos extremos, hacer la gazada y buscar otro sitio en donde volver a “tirar la soga”. Mientras tanto, un tercer trabajador tomaba el gancho que pendía desde arriba, lo enganchaba en el extremo saliente de la gazada, hacía una señal e izaba la “lingada”, que así le llamaban al conjunto de los sacos ya amarrados. De ahí la “lingada” era sacada del barco y sin tocar la tierra era colocada sobre uno de los carritos que esperaba para llevarla al costado de la tarima en la que se volvía a enganchar para proceder a ejecutar la segunda fase, que ya describí.

El primer trabajo a bordo fue como colocador del gancho que izaría la “lingada”, el que, como es fácil de comprender, era el menos fatigante. Pero más tarde y a base de haber cogido alguna práctica en momentos en que trabajaba despacio, por las dificultades que había fuera, bien por causa de la nieve o de la lluvia, tomaba el lugar de uno de los miembros de cualquier equipo que siempre estaban prestos a enseñar a los novatos. Lo cierto es que

al cabo de unos meses ya era yo, si no de los mejores, uno de los regulares trabajadores de a bordo.

Esa clase de trabajo tenía el poderoso incentivo de ser uno de los mejores pagados. Tres dólares con cuarenta centavos la hora cuando todavía el tren subterráneo costaba diez centavos en Nueva York, individualmente, que rendían mucho. Además, había que agregarle las horas que se trabajaba a tiempo y medio, esto es que cada hora salía a cinco dólares con diez centavos. Esa era una buena razón para que todos los que trabajábamos en los muelles y que nunca antes habíamos realizado esa clase de trabajo lo prefiriéramos a otro cualquiera aunque fuera menos riesgoso y exigiera menos desgaste de energías. Como índice de comparación basta decir que en cualquier factoría de trabajos no especializados el salario era solamente de un dólar la hora, las únicas en que podría laborar dada mi poca o ninguna experiencia en trabajos manuales.

En los primeros meses de mi labor en los muelles, pocas eran las actividades que podía realizar fuera de él. Además de que no me sobraba mucho tiempo, el estropeo que me causaba me quitaba los ánimos hasta para ir al cine los domingos. De ahí que dedicaba todo mi tiempo a trabajar o a reponerme del cansancio.

Luego que me puse en forma físicamente, comencé a buscar a las personas con quienes tenía más afinidad en la tarea primordial que me había impuesto desde hacía varios años: luchar por la liberación del oprimido pueblo dominicano, que gemía bajo las botas del sangriento trujillato. Dentro del término “afinidad” jugaba un papel predominante la identidad ideológica. Era obvio que entre la colonia de antitrujillistas había muchos cuyas ideas, sobre todo en el plano estratégico, diferían fundamentalmente de las mías.

Conocía de la existencia de un núcleo de exiliados cuyos principales componentes satisfacían mis requerimientos. Entre ellos se encontraban José Espailat, Miguel Álvarez, Mauricio Callejo, Tomás Erickson, Ena Moore, Fernando Godoy, Enrique Belliard

y otros más. Menciono solamente a estos porque fueron los que con más fuerza incidieron en mis actividades extra-trabajo mientras permanecí en Nueva York.

Tomás Erickson y Mauricio Callejo eran una especie de mentores del grupo, el primero por su amplia cultura y el segundo por su larga militancia dentro del Partido Comunista de Estados Unidos de Norteamericana. A los demás nos faltaba experiencia, falta que se explicaba por el poco tiempo que teníamos de haber abandonado la ergástula que significaba el lar nativo bajo la tiranía trujillista.

Cuando llegué a Nueva York, ya ese grupo estaba formado. No fue necesario que me identificara, pues todos me conocían y además también ellos mantenían contactos con los dirigentes del Partido Socialista Popular, todavía para esos días radicados en Guatemala.

Se estaba gestando fundar una agrupación que se denominaría “La Casa Dominicana”. Tendrían cabida todos los antitrujillistas sin ninguna cortapisa de orden ideológico. Lo principal era alquilar un local que sirviera de base a la agrupación. Fue fácil encontrar uno apropiado situado en Broadway entre las calles 159 y 160.

El más diligente y entusiasta de los propiciadores era José Espaillat. De ahí que, aunque nunca formalmente se le diera ese título, fuera el virtual presidente de la agrupación durante todo el tiempo que perduró. Era un miembro más de la directiva, pero casi siempre su voz era determinante en las decisiones a tomar. Así, de una manera espontánea, lo reconocíamos todos los demás miembros de ese cuerpo dirigente.

La tarea esencial de “La Casa Dominicana” era encaminar la lucha contra Trujillo en esa ciudad. Para ello se coordinaban cuantas actividades fueran útiles, se organizaban demostraciones de toda clase en protesta de cualquier medida que tomara la tiranía, piquetes al Consulado dominicano o ante el edificio de las Naciones

Unidas en ocasión de la presencia en ese recinto de cualquier personalidad representativa de Trujillo o de cualquier otro gobernante identificado con las tiranías; también se celebraban festejos para conmemorar las fechas patrias dominicanas. Se hacía provecho de ellos para la obtención de medios para el mantenimiento del local, además de las cuotas obligatorias de los miembros.

La presencia del núcleo a que antes hice referencia y, sobre todo, a su incidencia indiscutible en la dirección de “La Casa Dominicana”, tuvo algunos enemigos entre la propia colonia de exiliados, sobre todo entre aquellos que habían hecho del anticomunismo una carrera por cierto bastante lucrativa en ese medio.

Fruto de esa inquina que había despertado la institución tanto dentro del elemento trujillista laborante en el Consulado como de los funcionarios estadounidenses que por iniciativa propia o por el carácter de sus funciones eran nuestros enemigos naturales, o de aquellos emigrados que ya mencioné, en muchas ocasiones los dirigentes nos vimos en apuros para salvaguardar nuestra tranquilidad y, en ocasiones, nuestra libertad de movimiento.

Una vez montábamos un piquete frente al Consulado dominicano en repudio del vil asesinato de Pipí Hernández ejecutado en La Habana en 1955 por esbirros a sueldo de Trujillo. En esa ocasión se pusieron más que nunca de manifiesto las simpatías que gozaba el sátrapa dominicano en algunos círculos oficiales norteamericanos.

La demostración trascurría en medio de la más estricta normalidad de esa clase de actos tan corrientes en ese medio. Cuando menos lo esperábamos y sin que mediara ninguna provocación de nuestra parte, llegaron dos guaguas celulares de la policía de las que se desmontaron varios agentes y de una manera brusca comenzaron a detenernos y a introducirnos a empujones en las guaguas.

Cuando me di cuenta de la situación traté de escabullirme entre los curiosos que siempre acompañaban esa clase de demostraciones y estuve a punto de lograr mi objetivo. Desde una ventana de las oficinas del Consulado iban indicando a los policías a quiénes debían detener. Ya estaba yo casi fuera del alcance de los captores cuando un gigantesco agente me agarró por un brazo y me condujo al interior de uno de los vehículos. Durante el corto trayecto que permanecí agarrado por el policía levanté la vista y vi cuando desde el Consulado hacían señas al policía aprobando su acción. Su rostro me era desconocido, pero lo he guardado grabado en mi mente durante todos estos años. Jamás lo he vuelto a ver.

Nos llevaron, éramos unos diez o doce, al recinto policial más cercano y nos mantuvieron incomunicados por más de dos horas. Mientras tanto, los compañeros que lograron escapar se movieron y por medio de un abogado se consiguió nuestra libertad con el compromiso de comparecer al día siguiente ante el juez de un demarcación situada en la parte baja de la ciudad. Así lo hicimos acompañados de nuestro abogado. Fuimos condenados a veinte y cinco dólares de multa cada uno bajo la acusación de conducta desordenada.

Había en Nueva York un centro de exiliados cubanos con el que teníamos cordiales y estrechas relaciones. Entre uno de sus miembros, de apellido Abascal, y Miguel Álvarez había florecido una amistad que bien podía considerarse como íntima. De esa manera servían de perenne enlace entre los dos núcleos de exiliados.

Una noche, en una reunión formal de nuestro club, Miguel llevó una solicitud de los cubanos. Querían nuestro local para celebrar un encuentro entre los miembros de su centro y muchos otros de sus compatriotas con un joven que en esos días había adquirido notoriedad por un hecho que había pronosticado en Cuba. Su nombre: Fidel Castro.

Aducían que en el suyo no cabría la cantidad de personas a reunir dada la fama del joven visitante.

Para nosotros Fidel Casto no era desconocido. Lo teníamos como un valiente luchador en pro de las causas antidictatoriales del continente. Yo lo conocí personalmente aunque sin ninguna intimidad. Mi primera noticia de él databa desde la frustrada expedición de Cayo Confites en donde coincidimos sin ningún acercamiento notable. Más tarde lo volví a encontrar en aquellos momentos a que antes me he referido cuando el dictador Batista amenazó con apresar a todos los antitrujillistas sindicados de comunistas y que después de algunos días de escondite nos reunimos en el Campus de la Universidad de La Habana en donde se celebró una gran concentración de protesta con Fidel como orador principal. Esa vez estuve más ceca de él y hasta cruzamos algunas palabras.

Cuando Fidel dirigió el asalto al Cuartel Moncada aquel 26 de julio de 1953, hito inicial y glorioso de la Revolución Cubana, yo me encontraba en La Habana. De ahí que siguiera detalle por detalle las peripecias de los heroicos combatientes que habrían de desembocar en la muerte de la mayoría y en el apresamiento de un pequeño grupo remanente encabezado por Fidel, apresamiento que tuvo punto culminante escenificado en el juicio que se le siguió cuando produjo la inmortal frase “La historia me absolverá”.

Por esas experiencias personales fui el más ferviente partícipe de que se cediera nuestro local para una actividad que considerábamos inscrita dentro del programa de nuestras luchas antitrujillistas. Muy lejos estábamos entonces de aquilatar la enorme trascendencia que tendría escaso tiempo después ese encuentro entre cubanos engarzado con otros patrocinados por Fidel.

El primer indicio de esa trascendencia lo tuvimos al enterarnos del desembarco de Fidel en Playa Colorada y su internamiento con sus doce inmortales, núcleo de los victoriosos combatientes de la Sierra Maestra. Los primeros meses siguientes al desembarco

fueron de intensa ansiedad porque no se tenían noticias directas de los expedicionarios. Las únicas provenían de la dictadura batistiana y no podían ser más negativas para las ansias de los luchadores por la libertad de los pueblos oprimidos.

Al fin, un poco más tarde se supo la verdad. Fidel y sus compañeros luchaban en las entrañas de la Sierra Maestra.

Mientras tanto, en Nueva York los exiliados cubanos y los dominicanos seguíamos hermanados y contribuyendo para mantener en alto el espíritu combativo de los antibatistianos y ayudando dentro del marco de nuestras posibilidades en la noble causa del pueblo cubano.

Durante el decursar de esos acontecimientos no descuidábamos nuestras tareas de combatir también a Trujillo. A éste lo acusábamos públicamente, a través de mítines y piquetes, de estar ayudando con armas y pertrechos a su congénere Batista. Acusaciones que más tarde se comprobarían cuando los victoriosos barbudos de la Sierra despojaron a los aterrorizados soldados batistianos de las armas de fabricación dominicana donadas por el sátrapa de San Cristobal.

Otra manera de cumplir con nuestro deber antitrujillista era invitar a nuestro local a charlistas para orientarnos en nuestros propósitos. Para esos días estaba en Nueva York un personaje conocido en Santo Domingo y a quien considerábamos de alguna importancia por su pronunciamiento en contra de Trujillo. Se trataba de Jesús de Galíndez. Lo invitamos a que nos diera una charla y consintió gustoso. Solamente Miguel Álvarez no vio con mucho agrado esa invitación. Decía que no le gustaba Galíndez porque tenía la sospecha de que era un agente pagado por el Buro Federal de Investigaciones (FBI) y que ningún bien podría reportarnos llevarlo a nuestro local. Sin embargo, como era una simple sospecha, la oposición de Miguel no prosperó y Galíndez pronunció su charla como el mejor de los antitrujillistas.

Poco tiempo después se produjo el secuestro y subsecuente asesinato de Galíndez, que causó tanto revuelo en el ámbito internacional. Como era de suponerse, “La Casa Dominicana” hizo provecho de ese crimen para achacárselo a Trujillo, el principal acusado en ese monstruoso hecho. Varios actos y piquetes celebramos en torno a ese sonado caso. Más tarde, después del ajusticiamiento de Trujillo tendríamos pruebas fehacientes de que Galíndez era en realidad un agente del FBI. Entre sus servicios prestados a esa institución estuvo la denuncia de nuestra entidad como una pantalla utilizada para desarrollar nuestras actividades comunistas. Sindicaba a Mauricio Callejo como el principal mentor en esas actividades. Había dos falacias en esa denuncia: ni “La Casa Dominicana” era pantalla de nada ni Mauricio tenía esa calidad entre nosotros. “La Casa Dominicana” era una institución eminentemente dedicada a la lucha contra Trujillo; en ella tenían cabida todos los que de una u otra manera estaban dispuestos a sacrificarse con el fin de coadyuvar a la desaparición de la tiranía trujillista. Si había algunos comunistas entre sus miembros era algo natural como lo era también que muchos no lo fueran. En cuanto a Mauricio Callejo, su tarea se enmarcaba dentro del pequeño núcleo mencionado el cual, además de sus tareas antitrujillistas, desarrollaba aparte las propias de una agrupación de su carácter. Esa denuncia de Galíndez pudieron también hacerla, y de seguro la hicieron, otros dominicanos sin ser agentes pagados del FBI, lo harían como un servicio gratuito a los organismos de represión de aquel país. Una secuela de esas denuncias fueron los tropiezos que tuvimos algunos de los miembros del susodicho núcleo frente a los agentes del FBI después de haber sido eliminado el sátrapa dominicano.

Una muestra de lo antes dicho la tuve varios años después de haber abandonado el territorio norteamericano. En 1965 regresaba a Santo Domingo de un viaje a Europa por la vía marítima y el barco hizo escala en San Juan, Puerto Rico. Cuando las

autoridades supieron que yo iba a bordo de inmediato se pusieron en movimiento y trataron de conducirme a tierra, quién sabe con qué inconfesables propósitos. Resistí a dejarme conducir y demandé del capitán de la embarcación, de bandera española, su responsabilidad frente a mí. El capitán buscó la manera de salvar dicha responsabilidad y se llegó al acuerdo de que tanto yo como otros tres compañeros dominicanos que viajaban junto conmigo permaneciéramos encerrados a bordo en un camarote mientras durara la permanencia del barco en aguas puertorriqueñas. Así se hizo y no fue hasta que la embarcación estuvo de nuevo en alta mar cuando se nos permitió recobrar nuestra libertad.

Mientras todas esas actividades de tipo político se desarrollaban, tenía que producir para mantener a mi familia aumentada con el nacimiento de Pedro. Mi trabajo en los muelles continuaba en progreso. Había adquirido la posición privilegiada de trabajar a bordo como miembro permanente de una cuadrilla en uno de los muelles de New Jersey. Mi situación económica mejoró considerablemente. Tenía dos años laborando de esa manera y mi cuerpo se había acostumbrado a ese trabajo. Estaba saludable y cuando menos lo esperaba se presentó un quebranto que habría de tener hondas repercusiones en todos los aspectos de mi vida. Una úlcera duodenal me impidió trabajar por varios meses. Tan débil quedé como resultado de la estricta dieta a que me sometieron que hizo imposible manejar como antes los sacos de azúcar que me daban el sustento. Después de ese incidente me convertí en un hombre completamente diferente en lo tocante a mis actividades que ameritaban un esfuerzo físico. Sin embargo, desde que me repuse un poco volví a ocupar mi puesto en el muelle de New Jersey. Mientras duró mi impedimento estuve cobrando el seguro de desempleo.

Al principio comencé con algunas tareas de poco esfuerzo como era la de enganchar las lingadas. El mismo día que ya podía

volver a ser un trabajador regular sucedió un incidente de gran trascendencia relacionado con mi trabajo.

Estaba en plena tarea cuando oí que el capataz, otro dominicano de nombre Niño Morel, me llamaba desde lo alto de la cubierta. Cuando intenté subir con el atuendo propio del trabajo, volvió a vocear diciéndome que subiera vestido con la ropa de calle. Eso me dio mala espina, pero sin decir nada me vestí y subí. Acompañado del capataz nos dirigimos a las oficinas principales de la compañía. En el trayecto, Morel me preguntó que si estaba metido en la política. Esa pregunta aumentó mis aprensiones y le contesté la verdad.

Ya ante el empleado superior, sin invitarme a sentar, me dijo que debía ir al día siguiente a las oficinas de la Comisión de los Muelles mientras me dejaba un papel en donde estaba anotada la dirección.

A la hora indicada estaba frente al funcionario correspondiente. Este tuvo la gentileza de mandarme a sentar y sin ningún preámbulo me dijo que mi tarjeta había sido cancelada por haber estado seis meses sin trabajar, causa de pérdida de ese documento imprescindible para laborar en los muelles. Quise argumentar, pero me cortó diciéndome que ya esa decisión había sido tomada, que mi único recurso era apelar ante no me acuerdo qué otro organismo, con lo que dio por terminada la entrevista.

Poco tiempo después me enteré de lo que había sucedido. Machito Acosta, aquel capataz que me había dado trabajo por primera vez en los muelles gracias a mi militancia antitrujillista, a la que en esos días él era también un fervoroso adicto, había dado un giro de ciento ochenta grados en sus convicciones políticas. Pertenece a un grupo de antiguos oponentes a Trujillo reclutado por Félix Bernardino, cónsul dominicano en Nueva York y llevado como en manada a Santo Domingo en donde, según se aseguraba, había sido recibido por el tirano.

Entre los servicios prestados por los miembros de ese grupo a la satrapía trujillista se contaron casos tan repudiables como el entorpecer la vida en los Estados Unidos a los exiliados consecuentes. La cuota de Machito Acosta consistió en denunciar ante la Comisión de los Muelles mi ausencia en el trabajo por causa de mi quebranto. La cláusula existía, pero se necesitaba una denuncia para que el reglamento se pusiera en movimiento y Acosta hizo provecho de la ocasión para anotarse un tanto en su haber de trujillista de nuevo cuño. Pocos años más tarde, esa misma Comisión de los Muelles le prohibiría trabajar en esas dependencias como resultado de una investigación iniciada en denuncias de que utilizaba métodos reñidos con las leyes en el empleo de los estibadores. Uno de los cargos fue el cobro indebido de dinero como condición para los enrolamientos de las cuadrillas de los trabajadores.

Ya dije que mis condiciones físicas no habían quedado muy bien paradas después de mi enfermedad. Por eso no fue muy duro el impacto de la pérdida del bien remunerado trabajo en los muelles. Casi de inmediato me dediqué a buscar la forma de suplir esa falta. No me fue difícil. Conté con la ayuda de Miguel Álvarez, quien junto con José Espailat y otros exiliados dominicanos trabajaban en una línea que si no era tan productiva como la que me habían obligado a dejar, por lo menos ofrecía una buena perspectiva para ganarse la vida decorosamente. Se trataba de la soldadura de prendas de fantasía. Miguel Álvarez fue el maestro de todos por sus experiencias en la odontología, en su rama de la mecánica dental.

Jamás había tenido en mis manos una antorcha de soldador, pero bajo la experta dirección de Miguel necesité poco tiempo para ponerme apto para buscar trabajo en las muchas factorías existentes en la ciudad. Una de las máximas de mi maestro consistía en que me haría soldador probando en varios lugares hasta que después de muchos tropiezos lograra quedarme en uno como

soldador regular. Así sucedió. Recorrí más de diez establecimientos en los que solamente lograba trabajar medio día. Desde que comenzaba a laborar se daban cuenta de que era un novato y en la hora del almuerzo me despachaban con el importe de las cuatro horas trabajadas. Al día siguiente ya estaba en otro sitio hasta que al fin logré pasar la prueba del día completo. Cuando eso sucedió, Miguel me puso la mano en el hombro y me dijo: “Ya llegaste. Ahora debes mantenerte”. Me mantuve como soldador los tres años más que permanecí en Nueva York. Hasta el triunfo de Fidel Castro, lo que marcaría otro capítulo en mi vida.

El trabajo como soldador tenía una característica especial frente a la mayoría de los de su clase en ese abigarrado mundo que era la ciudad de Nueva York. Solamente se laboraba durante seis meses. La temporada comenzaba en los primeros días de julio y casi siempre se trabajaba hasta el día de Nochebuena. En esa fecha se despedía a los trabajadores con una fiesta y se les invitaba a estar al corriente de la apertura de la próxima temporada. Durante los meses sin trabajo o se buscaba otra clase de ocupación o se cobraba el seguro de desempleo que correspondía más o menos al cincuenta por ciento del jornal semanal.

Desde los días de mi trabajo en los muelles yo tenía un automóvil Chevrolet que había comprado en una suma irrisoria. Era muy viejo, pero me servía a las mil maravillas para trasladarme al trabajo y dar uno que otro paseo con la familia. En los días de soldador también me servía para aumentar las entradas en un negocio que tenía con José Espaillat. Consistía en salir bien temprano en la mañana en los meses en que cobrábamos el seguro de desempleo, hasta la parte baja de la ciudad en donde había algunas tiendas de judíos en las que comprábamos algunos artículos de fácil venta y a precios bajos, tales como pastas dentales, leche de magnesia, biberones, pomadas para desrizar el pelo y muchas otras. Con ellas recorríamos los barrios latinos o de la gente de color de Manhattan, el Bronx y Brooklyn en donde los vendíamos

en las bodegas con una pequeña ganancia que a veces ascendía a unos diez o quince dólares por cabeza. Liquidábamos diariamente para continuar al día siguiente. Ese negocio tampoco podíamos hacerlo todo el tiempo que duraban las vacaciones ya que en los meses de invierno era imposible realizarlo.

Las noticias que llegaban del desarrollo de la rebelión en Cuba eran cada día más prometedoras. Sabíamos que el avance de los rebeldes ponía de relieve que la dictadura batistiana se desmoronaba a ojos vistas. La euforia de nuestros amigos cubanos compañeros de exilio era compartida por nosotros hasta el punto de que hacíamos planes comunes para cuando llegara el triunfo que veíamos inminente.

La noche de entrada del año nuevo de 1959 la celebramos en una reunión familiar en casa de José Espailat. Vivíamos en un mismo edificio de la calle 168 del alto Manhattan, él en un apartamento del tercer piso y yo en el cuarto. La velada había terminado a eso de las tres de la madrugada. Acababa de conciliar el sueño cuando me despertó el timbre del teléfono. Era una llamada de doña Ofelia Arzeno, madre de Miguelucho Feliú, quien me decía que acababa de oír por la radio que Batista había abandonado La Habana y se había refugiado en Santo Domingo bajo la sombra de Trujillo. De inmediato llamé a José y le di la buena nueva. Sin embargo, estábamos tan cansados que no fue sino ya entrada la mañana cuando nos pusimos en movimiento. A todo el que llamábamos ya estaba enterado de la noticia. En el local de la Acción Cubana había tal algarabía que apenas se entendía lo que se hablaba por teléfono.

Después del mediodía hicimos contacto directo con los cubanos. Ya estaban haciendo diligencias para trasladarse a Cuba y, desde luego, nos incluían entre los que pronto iríamos a La Habana. Miguel Álvarez quedó encargado de mantener amarrados los hilos para que en la primera oportunidad que se presentara pudiéramos enviar una delegación cuyo principal objetivo era

entrevistarse con Fidel Castro. Pensábamos, con sobrada razón, que contaríamos con la ayuda del líder cubano basados en la solidaridad de que siempre había dado muestras con la causa de los antitrujillistas. Su presencia en la frustrada expedición de Cayo Confites y las demás demostraciones que había dado en ese sentido a las que he hecho referencia, eran una base firme para sustentar nuestras esperanzas.

En una reunión con ese fin se resolvió que Miguel Álvarez y yo integráramos la delegación que se trasladaría a La Habana. El día 5 de enero, o sea a los cuatro de la huída de Batista, nuestros amigos cubanos nos colocaron en un avión con rumbo a La Habana. Las tres horas que duró se pasó en un verdadero mitin de celebración. Con el uso del micrófono de a bordo se pronunciaron innumerables discursos, se cantó y se recitaron varias poesías alusivas a la lucha que acababa de terminar con el soberbio triunfo de los barbudos de la Sierra Maestra.

A nuestra llegada, La Habana estaba inmersa en una fiesta de celebración en espera de la llegada de Fidel que desde Oriente se dirigía a la capital a coronar su triunfal recorrido y a comenzar lo que con el andar de los días fue la ímproba tarea que culminaría en lo que es hoy la gloriosa Revolución Socialista cubana.

Los dominicanos residentes en Cuba, conjuntamente con los que ya habíamos llegado, nos aprestamos también a dar la bienvenida al héroe victorioso. Fueron para nosotros tres días llenos de esperanza hasta el arribo de Fidel en la tarde del día 8 de enero. Ya casi había caído la noche cuando pasó por la calle de El Vedado en donde nos habíamos colocado con nuestras banderas y pancartas. Al paso del Campeón de la Sierra Maestra la algarabía era estruendosa. Los vivos y los “Gracias Fidel” brotaban de todos los corazones. De todos sin excepción: pobres y ricos, negros y blancos, niños y ancianos, todos daban la bienvenida a quien los había liberado de las garras de la tiranía batistiana. Todos eran fidelistas y todos querían demostrar su agradecimiento.

Esperamos algunos días hasta que las cosas se normalizaran en lo posible para procurarnos una entrevista con Fidel. No era fácil. Éramos conscientes de que eran múltiples sus ocupaciones, dadas las condiciones en que había quedado la administración pública después de la huída casi en pleno del tren burocrático del gobierno. En esos primeros días puede decirse que el Estado Cubano se asentaba en donde quiera que se encontrara Fidel con sus más cercanos colaboradores. Todavía no se había organizado ninguna dependencia oficial. Se decía que el próximo presidente de la República sería el antiguo juez Manuel Urrutia Lleó, pero en esos primeros días estaban por organizar las oficinas del Palacio Presidencial. Era una situación por demás irregular, pero lo cierto es que reinaba el orden en todos los niveles.

Una de las primeras medidas tomadas con miras a preservar el ordenamiento de la vida ciudadana fue la formación de lo que se llamaron las “milicias populares”. Eran, puede decirse, organismos poco menos que improvisados. El más apto y con más don de mando se autotitulaba jefe de una milicia. Reitero que estoy hablando de los primeros días después de la entrada del grueso de los barbudos a La Habana. Cinco o seis días a lo sumo. Eran momentos en los que podían suceder los más extraños incidentes. Como aquel de que fuimos protagonistas el grupo de dominicanos que buscábamos la manera de ser útiles en cualquier forma que fuera con la esperanza de hacer provecho de los acontecimientos para que se nos ayudara a resolver el enorme problema que tenía el pueblo dominicano frente a la tiranía trujillista.

Una mañana estábamos reunidos en el local de una pequeña imprenta situada en el barrio de El Cerro. Se discurría la mejor manera de acercarnos al elemento oficial con los fines antes expuestos. De momento oímos unos golpes dados fuertemente en la puerta de la calle que permanecía cerrada. Cuando alguien abrió, un pequeño grupo irrumpió en el local encabezado por un hombre joven sin otra insignia que mostrara su autoridad que una

pequeña ametralladora y una barra de teniente prendida en un gorro de color indefinido que llevaba ladeado en la cabeza.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó el teniente sin dirigirse a nadie en particular al tiempo que se paraba en gesto amenazante en medio del pequeño salón.

Manolo Lorenzo Carrasco se adelantó y acercándose al interpellando le explicó quiénes éramos y el motivo de nuestra reunión.

Con gran asombro oímos decir al teniente de milicias que había tenido una denuncia de que un grupo de enemigos de la revolución se encontraba allí reunido. Que él, en cumplimiento de su deber, tenía que conducirnos detenidos a la estación más cercana.

No valieron razones ni la muestra de algunos documentos que probaban que éramos dominicanos. Sin mirar a nadie a la cara, ante eso ripostó que no probaba nada y que nos mantuviéramos pegados a las paredes mientras se tomaban las medidas para nuestro traslado.

Casi una hora permanecemos en pie en espera de que se tomaran las medidas anunciadas por el teniente. Cuando se nos ordenó salir en fila india vimos, no sin extraña sorpresa, que el vehículo que debíamos abordar era una guagua perteneciente a una tintorería. Allí fuimos transportados los ocho o diez dominicanos hasta la tristemente célebre Décima Delegación, la que sabíamos había sido una de las de más tético historial durante los últimos años de la dictadura.

Todos, menos uno, tomamos las cosas con calma, conscientes de que se trataba de un incidente propio de la irregular situación que se vivía en esos días en La Habana. El único que medio se reveló y todo el trayecto se la pasó protestando fue Raúl García Rivas, un anciano que había sido general en nuestras luchas fratricidas de principios de siglo. Hubo un momento en que Manolo Lorenzo, que se había constituido en líder de nuestro grupo, tuvo que llamarle la atención recriminándolo porque su actitud a lo que podría conducir era a una situación que agravaría el problema en que estábamos envueltos.

Al llegar a la demarcación policial se nos encerró en un cuarto en el que había algunos muebles, lo que nos dio la tónica de que en realidad no se nos consideraba como regulares detenidos. Esto así porque en el trayecto hacia el mencionado recinto pudimos ver algunas celdas en donde estaban encerrados algunos presos, entre los que se encontraban varios que todavía llevaban el uniforme de la policía. O sea, se trataba de esbirros de la tiranía.

A los pocos minutos de permanecer encerrados se abrió la puerta y entró un oficial con las insignias de capitán, pero cuyo atuendo no difería mucho del que llevaba el teniente que nos arrestó. Preguntó quién era el líder de nosotros y cuando Manolo se identificó lo sacó del cuarto con un gesto que nos pareció casi amistoso. Poco tardó Manolo en regresar en compañía del capitán. Todo se había arreglado. Se nos dieron excusas y se nos pidió que comprendiéramos la situación en que se vivía. Descargó al teniente de culpa porque tenía orden de actuar como lo hizo: sin violencia, pero con rigidez.

Otra cosa que nos gustó del capitán fue que ordenó que se nos volviera a llevar al sitio en donde se nos había detenido. Nos dijo que era necesario para que el vecindario se diera cuenta que contra nosotros no había ninguna causa pendiente. Eso nos garantizaría el poder volver a reunirnos en ese sitio. En verdad que la medida fue sabia porque cuando regresamos todavía quedaban algunos curiosos en el lugar que al vernos nos saludaron con simpatía y hasta alguno comentó que no le sorprendía que estuviéramos en libertad porque a él le constaba que éramos amigos de la nueva situación.

Poco después constataríamos que la medida fue beneficiosa porque en ese mismo sitio dos meses después se celebró la primera reunión a la que concurrieron los miembros de la Unión Patriótica de Venezuela, enviados para hacer contactos con los exiliados residentes en Cuba con miras a la organización de lo que luego se llamaría la gesta de Constanza, Maimón y Estero Hondo.

Fue al quinto o sexto día después de la entrada de Fidel a La Habana cuando Miguel Álvarez y yo pudimos conversar con él en cumplimiento de la misión que se nos había encomendado en New York.

Fidel tenía su oficina principal en el piso 23 del hotel Habana Libre, nombre del antiguo Habana Hilton, y allí nos dirigimos con la suerte de verlo el primer día que lo intentamos. Esperábamos en el salón de entrada en donde había muchas otras personas con las mismas intenciones. De pronto sentimos un gran movimiento que nos anunció la llegada de Fidel. Nos pusimos en guardia y cuando lo vimos entrar a grandes trancos nos le acercamos. Cuando nos vio se paró a conversar. El único que habló fue él. Dijo varias cosas que en síntesis fue lo siguiente: “No se apuren, que ya les llegará también el momento. Cuenten conmigo”.

Nada más podíamos exigirle en ese momento. Se despidió no sin antes ponerme una mano en el hombro. Una mano de cuyo contacto todavía me queda el recuerdo.

Como en La Habana no podía observar la dieta a que me obligaba mi úlcera, tuve que precipitar mi regreso a Nueva York. Una vez allí Miguel Álvarez y yo rendimos informe del resultado de nuestro viaje. Desde ese momento la principal actividad tanto de “La Casa Dominicana” como del núcleo comunista fue alrededor de las posibilidades que se abrían con los últimos acontecimientos cubanos.

Nos pusimos en contacto con las demás colonias de exiliados repartidas en varios países del continente. Estábamos al tanto de las diligencias que se hacían desde Venezuela en donde había una agrupación llamada Unión Patriótica Dominicana a la que reconocíamos mejores contactos que nosotros por la presencia de su miembro Enrique Jiménez Moya entre los barbudos de Fidel. Enrolado en sus filas antes del triunfo tuvo la oportunidad de probar su valor en varios encuentros armados. En uno de ellos

fue herido gravemente lo que no le impidió acompañar a Fidel en su triunfal recorrido hasta La Habana.

Con ese aval, de inmediato la Unión Patriótica Dominicana de Venezuela inició las diligencias desde los primeros momentos con el fin de obtener las facilidades necesarias para organizar una expedición contra Trujillo. Verdad que los de Nueva York fuimos tal vez los primeros en recibir de labios de Fidel la promesa de ayuda para esos fines, pero comprendíamos la posición privilegiada de los de Venezuela. De ahí que aceptamos gustosamente su liderazgo y comenzamos a trabajar en consecuencia.

Concurrimos en varias ocasiones, unas veces yo como delegado y otras José Espailat, a reuniones que se celebraban en La Habana en representación de una agrupación de última hora que denominamos Frente Unido Democrático de Nueva York que tenía más amplia extensión que “La Casa Dominicana”.

En una de esas reuniones estuvimos junto a Enrique Jimenes Moya y José Horacio Rodríguez en aquel local de la barriada de El Cerro del que no teníamos muy gratos recuerdos. En esa ocasión Jimenes Moya nos dijo que la empresa que surgiera de las diligencias que se hacían sería diferente a la de Cayo Confites porque se contaba con el apoyo incondicional de todos los sectores oficiales cubanos. Hizo esa referencia porque alguien insinuó que si no existía la posibilidad de que sucediera como en aquella ocasión en que al principio parecía que todos nos apoyaban y a la postre fuimos detenidos por las autoridades cubanas en contubernio con los norteamericanos. Aunque no mencionó directamente a Fidel en sus palabras quedó implícito que teniendo el apoyo incondicional de él nada ni nadie podría interponerse en nuestro camino. Además, tanto Enrique Jimenes como José Horacio Rodríguez hicieron hincapié en que contaríamos con el apoyo de fuerzas del interior del país, que se harían las diligencias necesarias para organizarlas. Aquella reunión fue la primera en la

que estuvieron presentes exiliados de las tres colonias más importantes, o sea, La Habana, Caracas y Nueva York.

También esa vez tuve que precipitar mi regreso por causa de mi úlcera, la que por primera vez sangró hasta el punto que tan pronto llegué a Nueva York tuve que permanecer en completo reposo por varios días.

Desde que la hemorragia se contuvo y me sentí con fuerzas, volví a La Habana, esa vez en compañía de José Espailat. Se trataba de algo ya en concreto puesto que era una asamblea a la que concurren delegados de casi todos los círculos de exiliados. En esa ocasión vi reunidos a elementos de los que por primera vez se hablaba en relación con las nuevas diligencias. Entre ellos estaban don Juan Rodríguez y Miguel Ángel Ramírez.

Allí se dejaron constituidos todos los organismos del Movimiento de Liberación Dominicana (MLD), sigla que en lo adelante adquiriría una conspicua connotación relacionada con lo que más tarde se llamó la Gesta de Constanza, Maimón y Estero Hondo.

Entre los puntos más importantes tratados allí estuvo el nombramiento de un Comité Central Ejecutivo presidido por Francisco Castellanos y del que también formaron parte Francisco Canto, Luis Aquiles Mejía, Juan Isidro Jimenes Grullón y Cecilio García. Todos provenían de Venezuela, lo que da la medida de la preeminencia de esa colonia. Así mismo se nombró a Enrique Jimenes Moya comandante en jefe del Ejército de Liberación Dominicana.

Esos eran los organismos encargados de la conducción directa del movimiento, esto es, los que tenían funciones ejecutivas. Además de estos se formó otro cuya naturaleza era de carácter honorífico. Tenía el ampuloso nombre de Consejo Asesor del Movimiento de Liberación Dominicana y lo formaban delegados de las siete organizaciones representadas en la Asamblea. Fueron estos: por el Partido Socialista Popular, Juan Ducoudray y Pedro Mir; por el Frente Democrático Dominicano de Venezuela Luis

Francisco Mejía; por el Frente Unido Dominicano de Puerto Rico, Guaroa Velázquez y Leovigildo Cuello; por la Unión Patriótica de Venezuela, Miguel Ángel Gómez Rodríguez; por la Unión Patriótica de Nueva York, Juan M. Díaz; por la Unión Patriótica de La Habana, Justino José del Orbe y Rafael Bonilla Aybar y por el Frente Unido Democrático de Nueva York, José Espaillat y yo. También se le hizo reconocimiento a don Juan Rodríguez nombrándolo asesor del Movimiento.

Después de la formación de esos organismos, la tarea inmediata y de más importancia era la organización y entrenamiento de las tropas que formarían el Ejército de Liberación Dominicana. El primer paso: el reclutamiento de los miembros que lo compondrían, los cuales comenzaron a llegar desde Nueva York, México y Caracas para, con los residentes en Cuba, formar el núcleo inicial que más tarde se convertiría en los gloriosos combatientes de la gesta de Constanza, Maimón y Estero Hondo.

Por mi parte, cuando terminó la Asamblea Constitutiva del MLD regresé a Nueva York con la idea de arreglar mis asuntos particulares y volver a La Habana a enrolarme en las filas de los futuros expedicionarios. Así lo hice al cabo de unos diez días y me hospedé en una pensión de la calle Vapor en donde encontré a algunos compañeros. Entre estos, Julio Durán y Federico Pichardo.

Para esos días mi úlcera se había resentido debido a que me era imposible cumplir con la dieta. Me había hecho el propósito de no pensar en ella y echar para adelante con mis planes. Pero a los dos días de mi llegada se me presentó una crisis con fuertes dolores y pequeñas hemorragias.

Por más que quise ocultar mi estado me fue imposible. Julio Raúl me aconsejó que tratara de mejorar antes de internarme en el campamento de entrenamiento para el que partiríamos dentro de poco. Consideré que era lo más prudente. Si pasaba la crisis, lo que calculaba sería dentro, a lo sumo, quince días, tal vez podría alcanzar a ponerme en forma para cumplir con mi deber.

Regresé a Nueva York y me sometí a un tratamiento intensivo a base de medicamentos, dieta rigurosa y reposo. Al cabo de tres semanas ya me había repuesto de los dolores y la hemorragia. En cambio, como era natural, además de que había perdido bastante peso, me sentía extremadamente débil. A pesar de eso, regresé a La Habana y me reporté ante los dirigentes que quedaban en esa ciudad mientras el grupo de los futuros combatientes todavía estaba entrenándose en un sitio que en esos días era secreto. Luego se sabría que su nombre era Mil Cumbres, localizado en la provincia de Pinar del Río.

No hice más que hacer dos o tres comidas en las fondas de La Habana, las únicas que estaban a mi alcance, cuando volví a sentir los síntomas de mi dolencia.

Le conté lo que me pasaba a Francisco Castellanos, presidente del Comité Central Ejecutivo del MLD y me aconsejó que no me ausentara de La Habana, que tratara de soportar algunos días antes de regresar a Nueva York porque ya la fecha de salida de la expedición estaba cerca y que se me iba a necesitar en una misión tan pronto ese hecho se consumara. Me las arreglé para pasar los días que faltaban con una dieta a base de leche y arroz blanco. Esto fue posible con la ayuda de algunos amigos cubanos entre los que estaba en primera línea la dueña de la pensión de la calle Vapor, una señora de nombre María que se había convertido en una especie de samaritana para los exiliados dominicanos con escasos recursos económicos.

La espera fue bastante larga. Llegó el 14 de junio de 1959, cuando se produjo el desembarco aéreo por Constanza. Desde el día anterior Francisco Castellanos me había dicho que estuviera preparado, que pronto me avisaría cuándo debía partir hacia Nueva York a cumplir mi cometido: llevar la noticia de la invasión para que se diera a la prensa a través del organismo que tenía el MLD en esa ciudad al frente del cual estaba Alfonso Canto. Antes del mediodía del día 15 de junio llegué a Nueva York con la noticia que

debía ser manipulada por Canto de acuerdo con los planes trazados en ese sentido.

El Frente Unido Democrático Dominicano realizó una tarea de importancia en las actividades que a través de la oficina del MLD puso en movimiento Alfonso Canto.

Los días que siguieron al 14 de junio fueron de intensa expectativa en el seno de la colonia de exiliados. Las noticias directas de las actividades de los combatientes eran casi nulas. El círculo reducido que conocía los planes tácticos de la expedición, esto es, que sincronizadamente con el aterrizaje en Constanza tendrían efecto dos desembarcos marítimos por la costa norte, no tenían ninguna explicación del silencio que rodeaba esa fase de la expedición. No fue sino siete días después cuando se supo que al fin se habían producido dichos desembarcos, pero sin detalles del destino de esos combatientes ni tampoco de los de Constanza. Fueron verdaderos días de ansiedad en los que las conjeturas recorrían un arco que iba desde el más negro pesimismo hasta el más alentador optimismo. Al fin la dura realidad vendría en los días futuros cuando se tuvo la certeza de que toda la expedición había sido un fracaso, por lo menos en el aspecto militar. No se habían conseguido las metas originalmente programadas, los combatientes que no habían muerto en plena lucha desigual fueron vilmente asesinados después de capturados y sometidos a las más crueles torturas.

La historia profunda y verdadera de esa épica gesta está por escribirse. Todavía quedan ocultos muchos detalles sin los cuales no es posible estructurarla. Mientras esos detalles permanezcan como patrimonio de aquellos que fueron sus protagonistas del lado de la tiranía, las generaciones presentes estarán huérfanas de ellos. Pero día llegará en que se sabrá cuál fue el destino de todos y cada uno de los valientes héroes y mártires que ofrendaron sus preciosas vidas en aras de la libertad del pueblo dominicano. Lo que estaba bien claro es que ese sacrificio no fue en vano. Fue ese

el punto de arranque del deterioro que sufrió la tiranía hasta su eclipse parcial el 30 de mayo de 1961.

Fue parcial el eclipse con el ajusticiamiento de Trujillo en ese día porque todavía hoy, a veinticinco años de ese hecho, sus tentáculos continúan vigentes en varios aspectos de la vida dominicana. Todavía el pueblo dominicano no ha logrado la plena independencia que le fue conculcada durante los 31 años de la satrapía trujillista en contubernio con los intereses que, empujados por los vientos del Norte, inciden de una manera preponderante en todos los aspectos de la vida ciudadana. Cierto que Trujillo desapareció físicamente, pero queda la herencia que presentan los gobiernos que se han sucedido después de su ajusticiamiento. Justo es decir que hubo un período de siete meses en el que se trató de soltar las amarras que secularmente nos tienen atados a esos intereses norteños; pero el intento no pasó de ahí. Fue el intento del primer gobierno del PRD encabezado por Juan Bosch, ahogado por las ambiciones y los intereses a que he hecho referencias.

La filial del MLD en Nueva York continuó funcionando algún tiempo después de tenerse la certeza de que todo había terminado. Se mantuvo gracias al tesón de Alfonso Canto y al de algunos de sus colaboradores entre los que se encontraban los directivos del Frente Unido que estuvimos en primera fila. Pero la vida tenía que seguir su inexorable curso. Cada quien tuvo que volver a sus ocupaciones habituales. José Espaillat y yo volvimos a buscar trabajo en las factorías de prendas de fantasía con el dolor que nos producía la ausencia de Miguel Álvarez, nuestro maestro y guía en esos menesteres, quien había sido uno de los héroes y mártires de la gesta de Constanza, Maimón y Estero Hondo.

Había algo que también me hacía trabajar sin el entusiasmo de antes. Era mi pensamiento puesto en lo que sucedía en Cuba. Sabía que el proceso se salía del contexto a que nos tenían acostumbrados los cambios de gobierno en Latinoamérica. Algunos

indicios nos inclinaban a esa certeza. Sabía de algunas de las medidas tomadas por el flamante gobierno revolucionario que se enrumaban hacia una verdadera liberación de Cuba respecto a la infamante dependencia que siempre la había mantenido atada a Estados Unidos de Norteamérica.

A base de esa certeza y cuando ya no esperábamos la clase de ayuda que directamente podría desembocar en el derrocamiento de Trujillo, volví a La Habana en donde había quedado un pequeño grupo del Partido Socialista Popular, el partido de los comunistas dominicanos que tenía buenas conexiones con algunos círculos oficiales. Fui con la esperanza de ser útil en cualquier medida a la labor que se estaba desarrollando en ese país como secuela de los cambios que se adivinaban en el ambiente tan pronto se pisaba suelo cubano.

Sin embargo, no era fácil, dada la situación existente, encontrar un trabajo de inmediato, como era mi necesidad. Juan Ducoudray, el más alto representante del PSP dominicano en esos momentos, me aconsejó que volviera a Nueva York. Me haría saber cuando hubiera un trabajo que yo pudiera realizar. Así lo hice y esperé pacientemente siempre con la esperanza de que algún día recibiría el aviso de Juan.

Este aviso llegó a fines de septiembre de 1959. No se me decía que me trasladara a La Habana, sino que había una gran posibilidad de que yo pudiera desarrollar una buena labor. Era un organismo que estaba por formar Raúl Castro, el hermano menor de Fidel, quien había tenido una de las más destacadas actuaciones desde el primer momento de la rebelión cubana.

Eso fue suficiente para que sacara mi pasaje y me presentara en La Habana para sorpresa de Juan Ducoudray, quien no me esperaba tan pronto. Ciertamente me adelanté, pero fue beneficioso para mis fervientes deseos de trabajar dentro de la situación que ya se perfilaba con las características en que bien pronto desembocaría: eminentemente revolucionaria y socialista.

Mi llegada a La Habana se había producido a mediados de octubre de 1959 y en los primeros días de noviembre, por una recomendación de Che Guevara, entré a trabajar en la Administración General de Ingenios, en el departamento legal. Aunque mi título de abogado era dominicano, servía para las tareas que debía desempeñar. Ese departamento había sido creado para administrar los ingenios que por abandono de sus dueños habían quedado bajo la dependencia del Estado; de los ciento sesenta que habían en Cuba, al momento de mi entrada solamente tres estaban intervenidos.

Otra de las causas para la intervención, aunque sus dueños o sus empleados los estuvieran administrando, era la constatación de que habían contravenido las leyes referentes a las cuotas que podían producir tanto para el uso doméstico como para la exportación. En el lenguaje propio del habla cubana dentro de esa industria se llamaba “azúcar de bibijagua” a la que se producía para consumo interno fuera de los cánones legales. Una de las tareas del departamento legal era constatar por medio de los libros de las empresas si las mismas habían producido el azúcar prohibido.

Cuando había una sospecha se enviaba a la empresa a uno cualquiera de los cuatro abogados que trabajamos en la administración. Si se constataba el delito, de inmediato la empresa quedaba intervenida; esto es, quedaba bajo el control del organismo.

La Administración General de Ingenios, dirigida por Alfredo Menéndez, un luchador de muchos años por las libertades en Cuba, tenía no más de seis empleados cuando entré a trabajar. No habían pasado ni tres meses cuando tuvo que cambiar de local a uno más grande por la cantidad de empleados que ya necesitaba por los muchos ingenios que casi a diario eran intervenidos. Llegó el momento en que todos estuvieron bajo su dependencia. Sucedió cuando en virtud de las leyes revolucionarias, en su debido tiempo, se confiscaron las propiedades privadas en beneficio del Estado, vale decir, el pueblo cubano.

Cuando estábamos a la caza de los infractores de la ley para intervenirlos, se produjo una que me colocaría en una posición de más importancia dentro de mis atribuciones. Fue en el caso de una empresa propietaria de siete ingenios azucareros, entre ellos uno de los mayores del país. Cada vez que esto sucedía era menester nombrar un funcionario que tuviera a su cargo la administración de la oficina central. Esa vez fui elegido en tan relevante posición. Tuve que trasladarme a dicha empresa situada en el sector de La Habana vieja, en la que llegué a tener unos treinta empleados bajo mi dependencia.

De tal suerte había cambiado hacia lo bueno mi situación que decidí enviar a buscar a Corina y a los muchachos. Hicieron el viaje por tren hasta Miami y de ahí a La Habana en una embarcación que todavía hacía servicio regular entre las dos ciudades. Había conseguido un pequeño departamento ubicado en la barriada de Santos Suárez y nos acomodamos. Ivette tenía ocho años y Pedro seis, lo que facilitó su integración en una escuela del vecindario.

A pesar de las comodidades que representaba la instalación de un verdadero hogar, debido al cúmulo de trabajo y a las preocupaciones que llevaba aparejadas, no pude evitar que mi vieja úlcera volviera a molestarme. Con fuertes dolores y pequeñas hemorragias fui internado en una clínica en la que permanecí diez días sometido a tratamiento. Estando en esas condiciones se produjo el 24 de junio de 1960 el frustrado atentado perpetrado por orden de Trujillo para asesinar al presidente de Venezuela Rómulo Betancourt, hecho que marcaría un hito importante en la liquidación de la tiranía trujillista. Ese nuevo crimen del sátrapa dominicano sería la gota que colmó la copa de la resistencia que hasta ese momento había contenido a las autoridades norteamericanas para actuar contra el otrora mimado pupilo que se había convertido en indeseable por sus innumerables desmanes y crímenes. Ya dichas autoridades no tenían más remedio que sacrificar a Trujillo, sobre todo porque así se lo exigían otros gobiernos como condición para

acompañarlos en sus esfuerzos para hacer desaparecer el incipiente régimen cubano que ya tenían clavado en uno de sus costados como una incómoda espina. El propio Betancourt, salido del atentado con dolorosas y mutilantes heridas y quemaduras, fue de los que más abundó en el sentido de aplicar las sanciones que se le impusieron a Trujillo, que a la postre coadyuvarían en impulsar el trágico pero justiciero final que tuvo su tiranía.

Una vez que salí de la clínica bastante repuesto, me dediqué con más ahínco tanto a mi trabajo como a la participación en las tareas que desarrollaba el partido así como en la agrupación antitrujillista dirigida por Justino José del Orbe, veterano luchador proveniente de las filas obreras que en su tiempo habían sido organizadas por Mauricio Báez, el líder obrero dominicano por antonomasia, denominada Unión Patriótica Dominicana de Cuba, que como ya he anotado, fue una de las que integraron el Movimiento de Liberación Dominicana (MLD), organizador de la gesta de Constanza, Maimón y Estero Hondo.

En una ocasión fuimos Justino y yo a Santa Clara en misión de la Unión Patriótica relacionada con una denuncia de que algunos elementos sospechosos habían emitido miles de bonos a nombre de la agrupación para la “ayuda de la Revolución Dominicana”. La denuncia fue hecha por autoridades revolucionarias de esa provincia. Cuando llegamos, nos encontramos con que uno de los sospechosos estaba detenido. En su poder se había confiscado un cajón de gran tamaño lleno de bonos cuyo valor alcanzaba a varios miles de pesos. Justino conocía al tipo por otras fechorías semejantes cometidas en tiempos de la dictadura.

No sé cuál sería el destino del delincuente. Quedó preso después que nos fuimos no sin antes incinerar los bonos en presencia de las autoridades entre las que se encontraba el comandante de la plaza, quien más tarde sería fusilado por sus traicioneras maquinaciones en contubernio con Trujillo y por

otros delitos contra los sagrados intereses de la Revolución. Su nombre: William Morgan.

La vida transcurría en medio de las expectativas que a cada día afloraban al compás de los cambios que paulatinamente iban insuflando los vientos revolucionarios en la sociedad cubana. Siempre estaba presente la amenaza que significaba la cercana vecindad de los Estados Unidos de Norteamérica, que con sus tentáculos trataba inútilmente de seguir sometiendo a su albedrío todos los mecanismos vitales del pueblo cubano. La resistencia que a esto oponía cada vez de una manera más ostensible el gobierno revolucionario liderado por Fidel, hacía que las embestidas imperialistas fueran de hora en hora más patentes; todo eso tenía como consecuencia que los rumores de una intervención directa de los norteamericanos se estaba fraguando desde los oscuros pasillos del Pentágono.

Eso influyó de una manera negativa en el ánimo de mucha gente. Entre ellas Corina fue de las más afectadas. Dentro de su nerviosismo me propuso que sería conveniente sacar a los niños del peligro que su mente atemorizada magnificaba hasta límites fronteros con la fantasía. Al principio me opuse tajantemente, pero ante su insistencia avalada con refuerzos que no podía ocultarle porque eran la comidilla de las mujeres de la vecindad, no tuve más remedio que acceder con la esperanza de que una corta temporada fuera y después que pasaran las propagandas volviéramos a juntarnos. Como la única salida posible era Nueva York, hacia allá se fueron justamente el día que el gobierno de los Estados Unidos de Norteamérica rompía relaciones diplomáticas con el régimen revolucionario cubano. Si hubieran tardado un día más el viaje hubiera sido problemático.

Después de esa rotura el ambiente se caldeó más entre los que temían una invasión armada de los yanquis. Pronto esos temores irían tomando más cuerpo con los actos de sabotaje

que se sucedieron y de los ataques que desde el exterior sufrieron algunos sectores del territorio cubano.

Cuando se produjo la invasión por Playa Girón en abril de 1961 organizada por el gobierno de los Estados Unidos en un fallido intento para frustrar el proceso revolucionario cubano, todas las dependencias oficiales respondieron positivamente al reclamo del gobierno revolucionario para la defensa de la soberanía nacional. En todas se formaron milicias cuyas funciones en principio era defender sus respectivos departamentos. Además fueron estructurados como una reserva para concurrir en cualquier sitio en donde fuera necesario oponerse a los invasores.

Al celebrarse la asamblea de la Administración General de Ingenios para dejar constituidas su milicia y nombrar a sus responsables, recayó sobre mí el nombramiento de jefe de la misma. En esa calidad presté algunos servicios acorde con la angustiante situación que se vivió alrededor de ese momento en la historia de la Revolución Cubana.

Uno de esos servicios habría de dejar en mí un recuerdo imperecedero. Un día se recibió una denuncia contra uno de los empleados que lo colocaba en una difícil situación frente a lo que era más sagrado en esos momentos para el pueblo: la defensa de la revolución. Se decía en la denuncia que el empleado, un hombre de treinta años, había realizado algunas actividades condenables en los días de la dictadura y que todavía en el presente continuaba expresándose en un sentido contrario a los intereses del pueblo. El caso se agravaba por el momento que se vivía en los días siguientes al alevoso ataque por Playa Girón.

El deber de los dirigentes de la Administración de Ingenios era remitir el problema a las autoridades encargadas de dirimir esos asuntos. El paso inmediato: envió del denunciado y su expediente a la Fortaleza de La Cabaña. El encargado de realizar esa operación era el jefe de las milicias. Monté al detenido en mi automóvil y en compañía de otro miliciano condujimos al sitio indicado.

Al llegar al recinto militar se nos permitió el paso previa identificación. Al cruzar el puente tendido sobre el foso que rodea a la fortaleza, noté éste completamente iluminado y sentado en su borde una gran cantidad de soldados con las caras de frente a la muralla del reducto y los pies colgando en el vacío.

Cuando cumplí mi encargo y me disponía a regresar a mi oficina, pregunté al centinela de guardia el motivo de esa iluminación y de la presencia de aquella gente en actitud de espera. El soldado me contestó que a lo sumo dentro de media hora iban a fusilar a Eufemio Fernández y a Sorí Marín. Agregó que si quería presenciar el acontecimiento podía estacionar el carro en un espacio que me señaló e ir a sentarme junto a los demás espectadores.

El impacto que me causó esa respuesta con su invitación es por lo que tengo un recuerdo imperecedero de aquel incidente. Estaba de acuerdo en que Eufemio Fernández merecía el castigo impuesto. Conocía su caso y lo había seguido con interés por los lazos que años atrás me habían unido a él cuando ambos formamos parte en aquel intento por derrocar a Trujillo en 1949 que se conoce con el nombre de “Desembarco en Luperón”. Remito al lector a mi libro *Cayo Confites y Luperón. Memorias de un expedicionario*, primera parte de estas memorias. Allí doy detalles de los antes mencionados lazos.

Repito, sabía que Eufemio había sido condenado a muerte por haber transgredido una de las leyes fundamentales de la Revolución y consideraba justa la sentencia, pero de ahí a presenciar su fusilamiento había una distancia que confieso me era imposible salvar. Por eso nada contesté al centinela y el pensamiento que me invadió de momento fue alejarme de aquel sitio lo antes posible ante el temor de oír los disparos que terminarían con la vida de una persona que, aunque culpable, no podía olvidar que en un tiempo ya pasado había dado muestras de compartir mis anhelos de ver a mi pueblo libre de las cadenas que lo ataban a la sangrienta tiranía trujillista.

En la medida en que pasaban los días después de la derrota aplastante que sufrieron los frustrados invasores de Playa Girón, la vida se iba normalizando a pasos agigantados. El papel de las milicias fue siendo cada vez menos necesario. Había que trabajar en las tareas que durante los días de crisis hubo que descuidar en parte.

Desde antes de los incidentes relatados, estaba pensando en la manera de ir a buscar a mi familia a Nueva York. Ya Ivette y Pedro tenían edad suficiente para hacer el viaje y adaptarse a la vida cubana. Desde que volvimos a la normalidad volví a hacer planes para realizar mi natural deseo.

En mis relaciones dentro del tren administrativo afines con mis atribuciones estaba una que sopesé para llevar a cabo mis propósitos. Era con algunos miembros de la marina mercante cubana. Para esos días esa dependencia estatal era muy reducida, pero sí muy activa. Unos barcos realizaban viajes al Canadá llevando frutos del país y regresando con algunas mercancías cuya adquisición se había tornado dificultosa para el gobierno revolucionario.

El plan que tracé fue ir al Canadá en una de esas naves, cruzar la frontera con los Estados Unidos, trasladarme a Nueva York y regresar en el mismo barco con mi familia. Así se lo expuse a mi jefe inmediato, el doctor Miguel Reyes, quien lo aprobó. De inmediato me puse en contacto con el comandante Domenech, encargado de la marina mercante, quien también dio su aprobación con una variante que acepté con entusiasmo: mientras durara el viaje de ida, quince días, yo debía impartir un cursillo a la tripulación en materia política. Era esa una tarea que ya había realizado dentro de las oficinas de la Administración General de Ingenios.

Se hicieron los arreglos para hacer mi viaje en el “Bahía de Sigüanea”, que partiría del puerto de El Mariel en una fecha no distante del día de mi conversación con el comandante Domenech. No conocía la embarcación ni me interesaba. Con mi entusiasmo eso era cuestión de poca monta; ni siquiera pregunté sus características.

El día señalado para la partida fui con el doctor Reyes al Mariel y allí vi por primera vez el que sería mi hogar durante los próximos cuarenta y cinco días. La primera impresión fue lamentable. Reyes no pudo contener la expresión que le causó. Dijo: ¿Y en eso te vas a embarcar? Nada le conteste, cogí mi maleta y subí a bordo.

En verdad, el “Bahía de Sigüanea” más bien parecía una embarcación propia para el cabotaje que una nave que debía bordear toda la costa atlántica de los Estados Unidos, continuar más hacia el norte por la costa del Canadá, penetrar la Bahía de San Lorenzo en busca de la desembocadura del río del mismo nombre y remontarlo hasta Montreal, su punto de destino.

A pesar de la adversa primera impresión, mi entusiasmo no decayó. De inmediato me presenté ante el capitán, un cubano bastante joven de apellido Louis que tenía como segundo de abordaje a su padre, un viejo lobo de mar de quien supe después que haría su último viaje para entrar en retiro. Ya el capitán estaba enterado de mi misión y me esperaba, según me dijo después, con bastante curiosidad llena de escepticismo porque era la primera vez en su carrera que su barco se convertiría en una escuela de adoctrinamiento político.

Los primeros días de viaje transcurrieron sin ninguna dificultad. La mañana y la tarde las pasaba leyendo o contemplando el imponente paisaje que presentaba el mar sin tierra a la vista, lo que me causó alguna sorpresa porque creía que siempre la vería debido a que había tenido ante mí un mapa de la ruta trazada por el capitán. Cuando indagué porqué no se veía la costa norteamericana se me dijo que debíamos permanecer alejados de ella para evitar contratiempos con las autoridades marítimas de ese país. Después de la cena, la que se hacía temprano, en el mismo comedor y alrededor de la mesa en que comíamos, nos acomodábamos y pronunciaba mi charla. La parte más interesante de las mismas eran las preguntas del auditorio compuesto por la tripulación, incluyendo al capitán, con la única excepción del viejo lobo de mar.

Los motivos de esa ausencia los conocería más adelante cuando el viejo se sinceró conmigo y me expuso sus puntos de vista acerca de lo que estaba pasando en Cuba. Lo que menos comprendía era la actitud frente a los norteamericanos. Según su opinión, en su país no se podía hacer nada sin ayuda. Ni siquiera intenté explicarle el por qué de esa situación. Cuando me hablaba lo hacía en el tono de quien se considera dueño absoluto de la verdad. Cada vez que conversábamos, lo hacíamos durante sus turnos de guardia, terminaba invitándolo a la charla, pero jamás asistió.

Las dificultades del viaje comenzaron cuando, según vi en el mapa de ruta, el barco enfiló más hacia el norte al alcanzar el cabo Hatteras. De ahí en adelante, según palabras del capitán, habíamos entrado en la región de las galernas. Por primera vez oí esa palabra. Me acompañaría a través del trayecto que faltaba y del regreso, como símbolo de la inquietud y del temor.

Las galernas son perturbaciones atmosféricas acompañadas de vientos con su correspondiente abultado oleaje. Por mis experiencias puedo decir que una galerna es un pequeño ciclón. Fueron tantas las que nos azotaron que perdí la cuenta y al final hasta el miedo casi no existía. Mi más angustiante experiencia la tuve una noche durante el viaje de regreso en que me despertó el rugido del viento y los bruscos vaivenes de la embarcación. Eran tan fuertes las sacudidas que resolví levantarme y subir al puente de mando. Allí mi susto llegó al espanto cuando vi la cara de miedo que tenía nada más y nada menos que el viejo lobo de mar, que cumplía su ronda de vigía. Cuando me sintió ni siquiera volvió la vista que tenía fija en la proa del barco que desaparecía y aparecía entre las olas que la cubrían por completo para dejarla luego en libertad para volver a lo mismo en un ritmo que por momentos me parecía que en una de las bajadas la proa no volvería a emerger. En esa actitud estuvimos por espacio de más de una hora hasta que el tiempo amainó, de lo

que tuve la mejor noticia cuando el viejo se volvió hacia mí y me habló por primera vez con la cara ya descongestionada.

La otra gran preocupación que me acompañó fue el producto de una conversación de sobremesa con varios de los marineros. Uno de ellos refirió los incidentes de un naufragio acaecido algunos meses atrás. Dijo que el “Estrella de Oriente” iba por el mismo derrotero que llevábamos. Las subidas y las bajadas llevado por las olas se sucedían con cortos intervalos. En el momento crucial, la embarcación había sido levantada por dos olas al mismo tiempo, una por la proa y la otra por la popa. La primera decreció mientras la segunda crecía más de manera que el barco se inclinó hacia delante y entró en picada hacia el abismo desapareciendo para siempre con su carga y su tripulación.

A pesar de la impresión que me causó ese relato, tuve la lucidez para preguntar al narrador que cómo él supo esos detalles si nadie había salido vivo. Parece que esperaba esa pregunta puesto que sin inmutarse respondió que era esa la única manera como un barco desaparece sin dejar ninguna huella. Se va al fondo directamente sin dejar ningún rastro porque se sumerge entero sin sufrir ninguna avería, que son las que dejan algún rastro. Aunque la respuesta no me convenció del todo, no por eso su relato dejó de impresionarme hasta el punto que lo tenía presente cada vez que el “Bahía de Sigüanea” se elevaba sobre las olas en medio de una galerna.

Había otro detalle que poco a poco fue haciéndome cambiar los planes que en principio me había trazado respecto a mi familia. En la medida en que el viaje se iba presentando en reales facetas, así mismo iba cambiando mi decisión de regresar con mi mujer y mis hijos a bordo del “Bahía de Sigüanea”. De tal manera que cuando al cabo de los quince días de viaje llegamos a Montreal ya había cambiado mis planes. Iría de todas maneras a Nueva York y me pasaría con ellos los días que permaneciera el barco en la descarga de lo que había traído y la carga de lo que llevaría a

Cuba, pero el regreso lo haría solo. Ya buscaría la manera de realizar la reunión con los míos.

El mismo día que llegamos a Montreal me despedí del capitán Louis y me dirigí hacia Nueva York a través de la frontera Canadá-Estados Unidos utilizando los autobuses como medio de transporte. Después de muchas horas llegué muy cansado porque a los quince días del viaje por mar se le unieron las largas horas del trayecto por tierra. Además, había perdido algunas libras porque la comida del barco era abundante pero no estaba acorde con la dieta a que estaba obligado por mi úlcera la que, por cierto, me amagó en más de una ocasión durante mi permanencia a bordo. La controlé a base de dejar de comer algunas cosas y con un medicamento que me dieron en La Habana. Por todo eso el estado en que estaba al reunirme con mi familia era más bien el de un enfermo que el de un viajero que se había atrevido a emplear el riesgoso medio de transporte que había utilizado.

Como tenía pocos días para pasar en Nueva York, ya que estaba emplazado por la salida del barco, casi lo único que hice fue visitar a mis más cercanos allegados entre los que estaban, en primera fila, mis compañeros del núcleo político a que pertenecía.

“La Casa Dominicana” había desaparecido hacía algún tiempo; en su lugar funcionaba la agrupación “Frente Unido Democrático Dominicano” como centro de aglutinación de los antitrujillistas que iban más allá de unos simples cambios en República Dominicana cuando desapareciera Trujillo. Tenía un local situado en la avenida Amsterdam en el que se reunían a discutir en torno a sus actividades contra la tiranía, la que en los días de mi llegada atravesaba por uno de los más críticos momentos de su larga vida.

Ya se había producido la ruptura de relaciones diplomáticas con el régimen trujillista y se le habían impuesto sanciones que vislumbraban situaciones propicias para su colapso total. En medio de ese ambiente de esperanzas se movían todas las actividades de

los antitrujillistas. Fue el panorama que encontré a mi llegada. Se me hicieron insinuaciones para que prolongara mi estadía lo que era imposible por los compromisos con mis compañeros cubanos. Me había comprometido a volver a bordo del “Bahía de Sigüanea” y aunque mi presencia dentro de la Revolución Cubana era muy modesta, en cambio para mí era el paso más trascendente de cuantos había dado en mi vida de luchador por la libertad.

Cuando planteé a Corina el cambio de mis planes respecto a su viaje con los muchachos a Cuba, comprendió mis razones e hicimos nuevos proyectos para reunirnos más tarde utilizando otra vía.

Solamente permanecí ocho días en Nueva York. Regresé al Canadá en autobús y me presenté a bordo dos días antes del señalado para la partida hacia La Habana.

Tenía dos días para pasear por la bella ciudad de Montreal y visitar unos amigos que trabajaban en la oficina que tenía el gobierno revolucionario cubano en esa ciudad.

Como a las diez de la mañana del 31 de mayo de 1961, antes de entrar a dicha oficina me detuve frente a un estanco de periódicos y sin mucho interés me puse a leer los titulares de las noticias de primera plana. Todos daban la misma: “El presidente Kennedy anuncia desde París el asesinato de Trujillo”.

Compré uno. No daba muchos detalles, pero lo principal era una realidad cuyo impacto me dejó durante un buen rato sin saber qué hacer de inmediato. Cuando me repuse un poco decidí comunicarme con mis compañeros de Nueva York. Ellos tendrían mejor aval para tomar una determinación. Subí a grandes trancos las escaleras que conducían a las oficinas cubanas. Ya allí estaban enterados de la noticia que la radio estaba dando desde las primeras horas de la mañana. Me rodearon y me acosaron a preguntas sobre detalles que desde luego no conocía, los que podría obtener cuando me comunicara con Nueva York. Me llevaron a un teléfono y con facilidad me comuniqué con José Espailat en

cuya casa estaban reunidos algunos antitrujillistas haciendo la mar de conjeturas.

Insinué que me trasladaría de inmediato a esa ciudad. Mi idea fue rechazada porque según los pocos detalles que tenían, todavía la situación estaba bajo control de los trujillistas. Sabían que se esperaba el regreso de Ramfis Trujillo a Santo Domingo desde París.

Fue un duro golpe para mí cuando me aconsejaron que regresara a La Habana hasta que se despejara la situación. Sin embargo, comprendí que no se debía actuar precipitadamente. Ya lo principal se había consumado con la desaparición física de Trujillo. No nos quedaba más que tener paciencia y esperar el desarrollo de los acontecimientos.

Me fui al barco y allí nada sabían ni tomaron la noticia con el entusiasmo que hubiera querido. Solamente el capitán mostró interés y me invitó a su camarote en donde tenía un pequeño receptor de radio. Nos pusimos a escucharlo, pero lo que para mí era una noticia de vital importancia para las estaciones locales no pasaba de ser una información internacional más. El primer impacto había pasado y era difícil que siguieran abundando sobre ella, como en efecto resultó. El día y medio que todavía permanecimos en Montreal los pasé sin ningún detalle adicional. Me quedaba el único recurso de escuchar la radio del barco en las horas en que se pudiera. Casi siempre el telegrafista de abordó tenía sintonizada unas estaciones que constantemente daban boletines acerca del tiempo. Por suerte para mí el telegrafista era un joven con quien había hecho buena amistad; era uno de los más aprovechados concurrentes a mis charlas. Cuando se enteró del caso Trujillo prometió darme el mayor espacio que pudiera para que juntos escucháramos las noticias relacionadas con lo que tanto me interesaba.

Tan pronto el barco acabó de recorrer el río de San Lorenzo y se internó en la bahía para recalar a mar abierto, todas las mañanas sintonizábamos directamente la radio dominicana. Nos enteramos

de algunos acontecimientos trascendentales, tales como la muerte de Juan Tomás Díaz y Antonio de la Maza. Poniendo al revés las cosas que se decían de ellos comprendí que se trataba de dos de los héroes que habían ajusticiado a Trujillo.

Durante el trayecto de regreso no estaba programada ninguna actividad de tipo político. Esto hizo que las horas se me hicieran más largas y desesperantes, sobre todo por la impaciencia que me embargaba por reunirme con los compañeros del partido para estar al tanto y opinar en torno a las medidas que se tomarían respecto a la nueva situación creada en nuestro país. En las reuniones de sobremesa, en varias ocasiones pasaba el tiempo dando detalles acerca de la tiranía trujillista. Hice un recuento pormenorizado de sus orígenes y de la profundidad a que había llegado dentro del acontecer dominicano. Noté con sorpresa que casi ninguno de los miembros de la tripulación estaba enterado de la clase de tiranía que era la de Trujillo. Se asombraban de los casos que les relataba. A veces se suscitaban pequeñas discusiones alrededor de cuál de las dictaduras, si la de Batista o la de Trujillo, era más sanguinaria.

Entre los marineros, algunos habían estado presos bajo Batista y contaban la forma como se trataba a los presos políticos. Cuando me tocaba el turno y relataba algunos de los episodios de que había sido testigo, muchos torcían el gesto en señal de que estaba exagerando. Cuando relaté la forma en fue asesinado Tavarito, aquel infeliz a quien me refiero en mi libro *Cayo Confites y Luperón. Memorias de un Expedicionario*, nadie me creyó que se asesinara a un hombre para hacer provecho de la ocasión en que se mataría otro preso político solo porque el pobre Tavarito tuviera una cuenta vieja pendiente con uno de los jefes militares del trujillato.

Después de unas cinco galernas con sus consiguientes preocupaciones, arribamos al puerto de La Habana. Allí recibí lo que se puede llamar mi último susto del viaje, pero esta vez de una manera retrospectiva, esto es, que aunque había pasado el

momento, o los momentos del peligro, no dejó de causarme alguna desazón.

Notamos con extrañeza que al barco no se le permitió atracar en ninguno de los muelles. Se dio la orden de que debíamos esperar una lancha que nos transportaría a tierra. Era una medida que no compaginaba con una embarcación de matrícula oficial. Fue el viejo lobo de mar, segundo de abordo, quien en un aparte me enteró de la causa de la extraña disposición. Se trataba de que entre la carga que traíamos había materiales explosivos por lo que, de acuerdo con las reglamentaciones vigentes dadas después de la tragedia del “Le Coubre”, que explotó debido a un sabotaje con el saldo de varios muertos y cuantiosos daños, los barcos cargados de explosivos no podían atracar en los muelles.

Aquello fue una clara explicación de por qué el viejo lobo de mar se había preocupado tanto aquella noche que pasamos juntos en el puente de mando mientras el barco era zarandeado por una galera. Además del temor de un hundimiento temía también que voláramos por los aires a causa de la explosión de las bodegas.

Cuando la lancha tocó tierra recibí una grata sorpresa al ver que casi todos mis compañeros de trabajo me esperaban en el muelle. De allí fuimos directamente a la oficina central en donde me tenían preparada una modesta recepción en la que primaban las alusiones al ajusticiamiento de Trujillo. En sus palabras de bienvenida, el doctor Reyes se refirió a la alegría y a la tristeza que le causaba la desaparición de Trujillo. Lo primero porque se libraba al mundo de uno de los más aborrecibles monstruos y lo segundo porque la Administración General de Ingenios perdería a uno de sus buenos colaboradores. Reyes pensaba que mi regreso a Santo Domingo se produciría de inmediato, que parecía ser lo lógico.

Esa creencia de Reyes, muy acorde con mis más íntimos deseos, era hija de su ignorancia sobre la manera como manejaban los yanquis el caso dominicano. Muy lejos estaba de pensar que ya se

habían tomado las primeras medidas para que elementos que ellos tenían fichados en determinadas categorías no pudieran regresar a República Dominicana hasta que no estuvieran asegurados los recursos que mantendrían bajo su control al país. Tuve que permanecer ocho meses más fuera de él y solamente lograría regresar después de salvar innumerables escollos a base de titánicos esfuerzos.

Frente a la nueva situación que se nos presentaba, esto es, del trujillato sin Trujillo que imperaba en nuestro país, no tuvimos más remedio que continuar el ritmo de vida a que nos obligaban las circunstancias: volver al trabajo y siempre alerta a los acontecimientos cambiantes que se sucedían día a día en la lejana tierra.

A pesar de la imposibilidad inmediata del retorno, nuestra lucha tenía nuevas alternativas, inexistentes mientras vivía el tirano. De ahí que habíamos agregado un nuevo punto en nuestro programa: el regreso a corto plazo. Nuestra lucha estaba centrada en ese objetivo y los pasos eran dirigidos a contrarrestar las fuerzas que se oponían a ello.

Después que cumplía mi jornada de trabajo, las noches y los días festivos los dedicaba a mis actividades dentro del partido, íntimamente relacionadas con los acontecimientos que nos llegaban en forma esporádica tras las noticias provenientes del lejano terruño.

Unas veces esas noticias eran alentadoras porque los cambios que se operaban eran positivos en el sentido de la liberación del pueblo; otras veces resultaron falsas como aquella de que los Trujillo habrían abandonado el país, o completamente negativas como la que no solamente desmintió la anterior sino que anunció que Ramfis tenía el control absoluto de la situación mientras el presidente títere Joaquín Balaguer estaba más plegado que nunca a la voluntad del heredero de Trujillo.

En medio de esos vaivenes, nuestra agrupación, el Partido Socialista Popular, definitivamente arraigado en Cuba, desarrollaba sus actividades siempre acorde con el clima político y cada

día se perfilaba más encaminada a la verdadera liberación del pueblo cubano de su secular dependencia de los Estados Unidos de Norteamérica. Era una situación que en el fondo se veía orientada cada vez más hacia el socialismo, pero todavía se debían guardar algunas formas. Una vez se me llamó la atención porque en una charla, en contestación a una pregunta, declaré sin ambages mi filiación dentro del partido comunista dominicano. El propio administrador me dijo en su despacho que esas cosas todavía no se podían proclamar desde nuestras posiciones porque era darle aval a nuestros enemigos, que aun no teníamos completamente localizados dentro del tren administrativo. Me alentó a que siguiera en mi tarea de concientización, pero que fuera más cuidadoso al dar ciertas respuestas.

Pasaban los meses y la situación en nuestro país se precipitaba cada vez más hacia soluciones favorables, pero sin que se produjeran hechos concretos que cambiarían radicalmente el panorama que nos permitiera el regreso a luchar abiertamente por nuestros ideales. Sabíamos que el Partido Revolucionario Dominicano (PRD) había enviado a tres delegados que habían sido bien recibidos por el gobierno hasta el punto de que habían iniciado sus tareas proselitistas y de organización. Era un paso de avance, pero estábamos conscientes de que el trillo abierto no nos serviría para el retorno.

En julio de 1961, el partido celebró un pleno ampliado del Comité Central en el que se tomaron algunas importantes providencias acordes con los cambios producidos en el país. Una fue enviar una delegación que intentaría ingresar como una avanzada que abriría el camino para el regreso de los demás compañeros. La delegación la componíamos José Espaillat, asistente clandestino desde Nueva York a la reunión, y yo. Nuestra ruta sería a través de aquella ciudad, hacia donde debíamos trasladarnos a la mayor brevedad posible y dentro de la más estricta cautela, conscientes de que nuestros pasos estaban cuidadosamente vigilados.

El plan era ir primero al Canadá en un avión tipo C-46 de los que hacían la ruta La Habana-Toronto. Como medida precautoria se nos proveyó de sendos pasaportes cubanos que utilizaríamos para ingresar a ese país.

Los aviones utilizados en la mencionada ruta habían sido habilitados para carga, unos mastodontes de propulsión a hélices que ya para esa época eran considerados obsoletos, pero eran los únicos heredados por la revolución del gobierno de Batista. En el trayecto tenían que cruzar a través del territorio norteamericano con el peligro que eso significaba dada la actitud beligerante de ese país contra el gobierno revolucionario cubano.

Previo permiso de mi centro de trabajo, llegamos José y yo a Toronto después de un viaje amarrados a unos sillones improvisados entre aguacates y otros frutos cubanos. Nuestra llegada se produjo al caer la tarde del 4 de agosto de 1961. Pernoctamos en esa ciudad y al día siguiente temprano iniciamos el viaje hacia Nueva York.

Al llegar a la frontera presentamos, como era de ley, nuestras tarjetas de residentes en los Estados Unidos de Norteamérica, conjuntamente con nuestros pasaportes dominicanos en los que estaban asentadas nuestras visas de entrada. Una vez que fueron examinados nuestros documentos, sin decirnos nada se nos envió detenidos a una oficina de más categoría en la ciudad fronteriza de Niágara Fall.

Hicimos el trayecto en un automóvil oficial acompañados de un inspector de inmigración. José y yo en la parte trasera y el inspector al lado del chofer. Se nos trató con consideración y sin que se tomara ninguna de esas medidas de seguridad que resultan denigrantes para los detenidos. Mi gran temor consistía en que nos hiciera un registro y constataran que portábamos dos pasaportes entre los que había algunas incongruencias que de seguro conllevarían a un agravamiento de nuestra situación, sobre todo por nuestra procedencia desde Cuba. Cruzamos un puente, propuse a

José que nos desembarzáramos del pasaporte cubano, pero dijo que estaba seguro de que no nos registrarían. No insistí, pero confieso que no las tenía todas conmigo durante el tiempo que duró nuestra detención hasta bien entrada la tarde.

Todo el tiempo lo pasamos en una habitación de la que se nos advirtió que no intentáramos abandonar. Al mediodía se nos proveyó un almuerzo a base de comidas frías. Fueron unas ocho horas sin ninguna entretención puesto que ni siquiera lectura teníamos, acompañado únicamente por la incertidumbre de lo que estaba sucediendo fuera de esa habitación. Aparte del que llevó el almuerzo a nadie más vimos hasta la cinco de la tarde, cuando nos entregaron los pasaportes y tarjetas de residentes y se nos dijo que todo estaba en orden, que podíamos seguir el viaje.

En la puerta nos esperaba el mismo automóvil oficial en que estaban nuestros equipajes. A instancias nuestras nos llevaron a la estación de los autobuses. En el trayecto, el mismo inspector de inmigración que nos condujo la primera vez y sin que le preguntáramos dijo que nuestra detención había sido tan prolongada porque la indagación fue hecha a través de Miami, puerto por donde hicimos la primera entrada a territorio norteamericano.

Nada tuvo que ver la detención con nuestra procedencia desde Cuba. Había sido un chequeo de rutina. La única sospecha de las autoridades fronterizas fue acerca de la legitimidad de nuestra documentación de residentes. Nunca se supo que procedíamos de Cuba, un país con el cual se había prohibido todo contacto.

Al arribar a Nueva York nos enteramos de que a todas las compañías de transporte que tocaban a República Dominicana se les había prohibido vender pasajes a algunos dominicanos cuya presencia en el país era considerada peligrosa para el gobierno en el que, como he dicho, Ramfis Trujillo ejercía un completo control. Tanto José Espailat como yo éramos de los primeros encartados de esa injusta manera.

Después de hacer muchas diligencias para tratar de obviar esa draconiana orden prohibitiva comprendimos que se trataba de una discriminación que tendría sus consecuencias una vez que hubiéramos podido obviar el impedimento impuesto a través de las líneas aéreas y marítimas. De ahí que no nos quedó más remedio que esperar mejores condiciones para el regreso. De eso teníamos muchas esperanzas porque la situación en el país se presentaba con visos de que pronto se producirían cambios que prometían ser más favorables para nuestros planes.

Como tenía mi trabajo seguro en Cuba opté por volver a integrarme a él. Además, allí estaba la dirección del partido, a la que debía rendir un informe del resultado de la misión que se nos había encomendado.

El regreso era imposible por los medios tradicionales, por lo que tuve que echar mano de nuevo al expediente a través del Canadá. Volví a hacer el viaje Nueva York-Toronto en autobús, sin ningún tropiezo por ser esta una ruta muy concurrida. Aunque es un trayecto largo tiene en cambio muchos incentivos entre los que priman las muchas paradas, algunas de hasta media hora, que dan ocasión de conocer los alrededores de las estaciones de los tranquilos y pintorescos pueblos de la ruta. Lo mismo sucede con los pequeños restaurantes en los que hay que comer por lo menos dos veces. Fue un viaje que si no hubiera sido por las circunstancias en que lo hacía, hasta podría considerarlo como placentero.

Otra cosa era el viaje en el C-46 que me llevaría a La Habana. Además de largo y tedioso no presentaba la más mínima comodidad, amén de algún incidente que se presentaba a bordo, como el que sucedió precisamente en ese mi último viaje por tan irregular línea.

El avión que me tocó en esa oportunidad transportaría una gran cantidad de cerdos que llenarían una imperiosa necesidad producida por el boicot a que ya tenían sometido los Estados Unidos de Norteamérica a la Cuba revolucionaria. Todo el espacio

disponible, o sea el que antes era ocupado por los asientos de los pasajeros, estaba reservado para la preciosa carga. Los animales eran de una raza especial en la que cada espécimen era de una corpulencia que jamás en mi vida había visto entre los porcinos.

Como el único pasajero era yo, se me asignó un pequeño espacio ubicado entre la cabina y el puesto de mando, de manera que las únicas posiciones que podía adoptar era sentado o en pie. No podía recostarme, con el agravante de que el viaje comenzó ya de noche lo que significaba que estaríamos volando durante un tiempo en el que el cuerpo reclamaba una posición cómoda por lo menos para dormir. Eso fue lo que pensé cuando me enteré del sitio en que debía pasar la noche. Sin embargo, aunque hubiera tenido un cómodo camarote no hubiera podido descabezar el más mínimo sueño.

Tan pronto el avión tomó altura, comenzaron los cerdos a inquietarse. Algunos trataban de cambiar de lugar para lo que empujaban a los que estaban delante o intentaban pasarles por encima.

Para mí esos incidentes no alcanzaron mayor importancia hasta que oí al capitán del avión decir al encargado de los puercos que tratara de mantenerlos tranquilos porque si se agrupaban en un solo lado la nave perdería el equilibrio lo que podría acarrear fatales consecuencias. Oír eso y levantarme de mi incómodo sitio para auxiliar al encargado a mantener el orden en la manada, todo fue una. Pasé toda la noche con una larga vara en las manos con la que mantenía a raya a los cerdos que trataban de encaramarse sobre el que les quedaba al frente. Fue una verdadera noche de angustias y de esfuerzos para evitar las fatales consecuencias que en los labios del capitán había sido el punto de arranque de mis preocupaciones.

Al fin, bastante entrada la mañana aterrizamos en La Habana. A la falta de dormir se había sumado el cansancio físico. Me dolían los brazos y la cintura. Inmediatamente me reintegré al trabajo no

sin antes explicar a mis superiores el motivo de mi regreso, que causó alguna sorpresa porque se suponía que ya estaría camino a Santo Domingo.

Vivía en un apartamento cedido al partido por el Gobierno ubicado en el edificio Focsa, uno de los mayores de la ciudad entre los denominados de propiedad horizontal. Allí vivía también Justino José del Orbe con su familia y los hermanos Abelardo y Vinicio Vicioso. Algunos dominicanos que no tenían relación directa con el partido compartían esporádicamente dicho apartamento, entre ellos uno que llamaré Niño López, quien ocupó durante algún tiempo una de sus habitaciones.

Lo único que teníamos era el dormitorio y facilidades para el aseo. Aparte de un frugal desayuno que algunos se preparaban, las demás comidas había que hacerlas en los restaurantes o en las fondas que poco a poco habían ido recobrando su ritmo. Para mí esas comidas fuera del hogar eran muy incómodas debido a mi vieja úlcera, que de cuando en cuando daba señales de vida con pequeños dolores tan pronto cometía uno que otro desliz dentro de mi dieta.

En sentido general la situación alimenticia había mejorado mucho si la comparaba con los primeros meses de la revolución; sin embargo, todavía quedaban algunos aspectos en los que no se había recobrado la normalidad absoluta, uno de los cuales era el de las facilidades que quien tuviera un quebranto como el mío pudiera tener para observar una alimentación adecuada.

La presencia de Pericles Franco con su familia en La Habana fue una bendición para mi úlcera. Era un dirigente del Partido Socialista Popular, graduado de médico en México y contratado por el gobierno revolucionario como científico conjuntamente con otros facultativos extranjeros para llenar parte del vacío producido por la deserción de varios galenos cubanos cuando se dieron cuenta de que no podrían seguir medrando a costa del pueblo dentro de

la nueva sociedad surgida con el triunfo de los valientes combatientes de la Sierra Maestra. Esa posición le proporcionaba variadas comodidades que se reflejaban en bienestar, dentro de lo posible, para los dominicanos íntimamente relacionados con él. Entre esas comodidades resaltaba una residencia en la que vivía con su familia compuesta por su esposa Gilda Pérez y sus hijos menores, Carmela y Federico, ubicada en una de las antiguas zonas residenciales de La Habana prerrevolucionaria.

Por mis vínculos con Pericles y su familia, que databan desde muchos años antes de nuestras salidas al exilio, aparte de los que nos unían dentro del partido, era uno de los más beneficiados con las facilidades que brindaba el hogar Franco Pérez; eran tan fuertes esos vínculos que hasta me tomaba la libertad de llevar a algunos de los huéspedes extra-partido del apartamento del Focsa. Niño López fue uno de ellos y lo traigo a colación por un incidente de perfiles tragicómicos escenificados por éste en el seno del hogar de nuestros benefactores.

Cuando eso sucedió todavía usaba el uniforme de miliciano con el revólver al cinto. Un mediodía estábamos en plena faena del almuerzo cuando sin decir palabra Niño López se levantó de su asiento y precipitadamente salió rumbo al cuarto de baño. Ese movimiento causó alguna extrañeza, no por inusitado sino por la forma incorrecta usada por quien precisamente se distinguía por sus correctos modales.

Trascurridos unos quince minutos Gilda se levantó de la mesa y regresó alarmada diciendo que Niño estaba encerrado en el baño y que no respondía a sus llamamientos. Pericles y yo corrimos y tampoco recibimos respuesta a los fuertes golpes que dimos en la puerta. Cuando menos lo esperábamos esta se abrió y pudimos ver el espectáculo menos esperado: Niño estaba inclinado frente al lavamanos con los brazos y el cuello tintos en sangre mientras ésta salpicaba el piso. En el espejo había escrito con sangre la frase: “Madre, perdóname. Soy inocente”.

Pudimos constatar fácilmente varias heridas en los antebrazos y una en el cuello. Agarramos al herido por los brazos, lo sacamos del baño y lo acostamos en el piso. Pericles llamó por teléfono a un colega que vivía en el vecindario y entre los dos lograron contener la sangre suturándole las heridas. Por suerte, la del cuello no fue lo suficientemente profunda como para alcanzar la yugular, que parece era el objetivo.

Después de curado se le acostó en una cama y, según opinión de los dos galenos, el enfermo curaría en varios días porque había sido atendido a tiempo, o sea, que si él mismo no abre la puerta, la pérdida de sangre le hubiera causado la muerte. Para no buscarse complicaciones, el caso no fue reportado y Niño López quedó en casa de Pericles hasta que se repusiera. Luego regresé a cumplir con mis obligaciones. Volví a verlo a los cuatro días y lo encontré casi restablecido; tan mejor estaba que lo invité a dar una vuelta por el vecindario con el fin de que se distrajera. Al hacerle la invitación me miró de una manera extraña que de momento no comprendí.

En un momento en que me quedé solo con Pericles le pregunté si había indagado el motivo de la trágica determinación. Me respondió que por más esfuerzos que hizo siempre recibió el más cerrado mutismo por respuesta. Esperaba con ansiedad que se repusiera del todo para que se fuera para su casa.

Llegó la hora del almuerzo y yo, por lo menos, había olvidado el enojoso incidente. De momento volvió a pararse Niño de su silla y casi corriendo fue a encerrarse en el baño. Fuimos tras él, pero nos ganó la carrera y aseguró la puerta, la que golpeamos con más fuerza que antes mientras le gritábamos para que abriera. Pericles llamó a su hija Carmela que tendría unos diez o doce años y la cargó para que mirara por el tragaluz de la puerta. Cuando la niña miró lanzó un grito y dijo: “¡Está colgado de la ducha!”.

Por suerte de nuevo para el reincidente, Carmela pudo penetrar por el hueco del tragaluz y una vez adentro abrió la puerta.

Entramos y mientras yo lo cargaba, Pericles le zafó el nudo que había hecho con el cordón de su bata de baño.

Esa vez la muerte estuvo más lejos que la primera. Tan pronto lo descolgamos caminó por sus pies hasta un sofá en donde se sentó al lado de Gilda mientras Pericles lo increpaba duramente enrostrándole, entre otras cosas, su falta de consideración por no medir las consecuencias que tendría para su familia lograr su objetivo. La respuesta de Niño fue aún más sorprendente que sus dos intentos de suicidio. Más o menos dijo entre sollozos: “Lo hice porque sé que me quieren fusilar. Tulito vino a buscarme para eso. No soy ningún tonto para no darme cuenta que su invitación a salir fue para entregarme a las milicias para que me fusilen”. Mientras hablaba se fue acercando a Gilda hasta que terminó con la cabeza recostada en su regazo.

Como si se tratara de un niño al que se debía consolar, Gilda le dijo pasándole la mano por la cabeza: “Pero Niño, si tú te quieres suicidar, qué te importa que te fusilen”.

Hasta los niños que nos rodeaban no pudieron reprimir una carcajada.

Ese nuevo intento colmó la copa de la paciencia. Esa misma tarde Pericles hizo diligencias para el internamiento del enfermo en un centro psiquiátrico en donde fui a verlo el día antes de mi partida de Cuba.

De ese caso quedan aún algunas dudas, sobre todo porque no he acabado de comprender por qué cuando Niño regresó al país después del ajusticiamiento de Trujillo produjo unas declaraciones a todas luces indiscretas al decir que sabía que tanto José Espaillat como yo de una manera clandestina realizábamos actividades a nombre del Partido Socialista Popular. Me pregunto: ¿seguiría creyendo que en realidad mi intención era entregarlo a las milicias para que lo fusilaran?

En Cuba el camino de la Revolución se iba despejando a pasos agigantados. Se habían producido las dos “Declaraciones de

La Habana”, hitos trascendentales hacia la suplantación del obsoleto y caduco régimen de la llamada democracia representativa por el progresista Estado socialista que estaba dando sus frutos en la línea de la libre determinación que convertiría al pueblo en dueño de su destino y lo llevaría por senderos de libertad, paz, salud, educación y bienestar.

Se había puesto en práctica la Reforma Urbana que, conjuntamente con la Reforma Agraria, vigente desde los primeros momentos, reivindicaba el patrimonio del pueblo, otrora en manos de las clases explotadoras.

La lucha de los exiliados dominicanos contra los remanentes de la tiranía trujillista estaba centrada en las diligencias pertinentes al regreso. Ya aquellos grupos que con tanto calor habían dado muestras de su disposición hasta el sacrificio habían languidecido o desaparecido. Quedaban con su vigor los que desde un principio habían mantenido, además de su función antitrujillista, su carácter de partidos con metas políticas en sus programas. Entre estos últimos estaban el Partido Revolucionario Dominicano (PRD), liderado por Juan Bosch, y el Partido Socialista Popular (PSP), que aglutinaba a los comunistas dominicanos.

Las demás agrupaciones, sobre todo las que se enrolaron en el Movimiento de Liberación Dominicana (MLD) en su generalidad habían desaparecido. Fueron muy pocas las que conservaron por un tiempo alguna actividad después del adverso resultado de las invasiones.

Los organismos que con tanta fuerza surgieron de aquella entusiasta asamblea del MLD celebrada en La Habana en el primer semestre de 1959 tuvieron un triste destino. En cuanto al Consejo Asesor del que yo formaba parte como representante del Frente Interno Democrático de Nueva York, junto con José Espailat, sus miembros jamás volvieron a verse las caras en otra reunión, aparte de la constitutiva.

El Comité Central Ejecutivo, por su naturaleza y por sus funciones, tuvo una vida más activa hasta que se tuvo la certeza de que la empresa había fracasado, por lo menos en su objetivo inmediato. Después de ese momento, su historia fue lamentable aunque no sorpresiva para los que habíamos terciado durante tantos años dentro de las debilidades y los choques de intereses que tanto daño hicieron a la hora de obtener resultados positivos en la lucha por la liberación del pueblo dominicano.

Lo primero que sucedió en su seno fue la inevitable división. Desde que se rompió el equilibrio generado por la lucha inmediata en la que se habían cifrado las esperanzas de todos en derrocar a Trujillo y el regreso al lar nativo en el que cada uno tenía una meta que alcanzar, volvieron a primar los intereses personales y afloraron las viejas rencillas de tipo grupal y particular que habían sido postergadas. El primer gran escollo y principal piedra de choque se centró en el aspecto financiero de la empresa. No sé cómo se resolvió a final de cuentas tan espinoso episodio que tuvo como escenario la ciudad de Caracas, en donde residían todos los miembros del Comité.

Sólo llegaron a mí algunas ráfagas de la división del organismo. Una me tocó muy de cerca en una visita a La Habana de Francisco Castellanos, su presidente.

Se celebró una reunión en la que participamos algunos miembros del PSP. En ella Castellanos propuso y se aceptó una nueva estructuración del Comité Central Ejecutivo debido al retiro de algunos de sus miembros. Juan Ducoudray y yo fuimos elegidos en sustitución de dos de ellos. La próxima vez que vi a Francisco Castellanos fue quince años más tarde en Caracas. Ninguno de los dos hicimos mención, no digo del MLD, ni siquiera de Trujillo.

El destino de esos organismos y hasta el de mucho de sus miembros fue pasando a un plano secundario dentro de nuestras actividades. Lo principal era el seguimiento de los cambios que se estaban produciendo en República Dominicana, de los que

dependía el regreso, el cambio de escenario hacia situaciones propicias para realizar tareas que nos condujeran a la consecución de nuestras metas. Era obvio que sin el regreso, ya muy poco nos quedaba por hacer.

El regreso de los exiliados, tanto en lo personal como dentro de sus militancias en las distintas agrupaciones que desde el exilio combatían a Trujillo, comenzó a realizarse desde antes del ajusticiamiento del tirano. Los primeros en regresar fueron Máximo López Molina y Andrés Ramos Peguero, fundadores en Cuba del grupo denominado Movimiento Popular Dominicano (MPD).

El primero fue miembro del Partido Socialista Popular, del que había sido expulsado, y el segundo combatió al lado de Raúl Castro en el Segundo Frente, en donde mereció las barras de capitán que durante un tiempo después del triunfo continuó llevando en su uniforme de rebelde. Desconozco la causa por la que dejó de usar tanto el atuendo como las insignias. Ambos se acogieron a las garantías anunciadas por Trujillo en 1960 a los exiliados que quisieran regresar al país, esto es, después que le habían sido impuestas las sanciones patrocinadas por la Organización de Estados Americanos (OEA) en la reunión de San José, Costa Rica.

El MPD tuvo algunas actividades en medio de la extraña situación creada por Trujillo en la que primaban sus supuestos coqueteos con los regímenes comunistas, pero que en el fondo no era más que un burdo chantaje hacia los Estados Unidos de Norteamérica en procura de volver a conquistar los favores que había perdido por los actos de vandalismo realizados tanto dentro del territorio dominicano como más allá de sus fronteras. Tal fue el mencionado atentado que por poco le cuesta la vida al presidente de Venezuela, Rómulo Betancourt.

La farsa montada por Trujillo adquirió tales proporciones que trató, por mediación de Johnny Abbes, jefe de sus esbirros, de atraer a otros reconocidos antitrujillistas residentes en el extranjero. Para

ello utilizó a Andrés Ramos Peguero que, junto a López Molina, estaba detenido en una de las mazmorras de la tiranía y quien ingenuamente creyó en la sinceridad de Abbas García y se trasladó a Nueva York con el encargo de entrevistarse con José Espaillet y tratar de inducirlo al regreso.

Ramos Peguero llegó a Nueva York en donde fue recibido por algunos círculos de antitrujillistas en los que expuso el motivo principal de su visita: dar personalmente el recado que enviaba Johnny Abbas a José Espaillet.

Como era de esperarse, José no obtemperó a la invitación y Ramos Peguero tuvo que abandonar New York sin obtener lo que se proponía. Pero no perdió las esperanzas de dar cumplimiento a su encargo y se trasladó a Cuba con miras a entrevistar a la dirección del PSP con los mismos propósitos.

Todos esos trajines se realizaban a fines del mes de marzo de 1961 de manera que en medio de sus diligencias le cogió al emisario de Trujillo el crucial momento que se vivió en Cuba en relación con el desembarco de Bahía de Cochinos. Las medidas de seguridad fueron extremadas de tal manera que Ramos Peguero por fuerza cayó dentro de la categoría de sospechoso por las diligencias en que andaba. En efecto, el emisario de Johnny Abbas fue a dar con sus huesos a la cárcel de manera que por lo menos en esos momentos no podía ni siquiera reportar que había fracasado en su cometido.

El desarrollo de los acontecimientos sería de tal suerte que jamás hubiera podido hacerlo. El día del ajusticiamiento de Trujillo, escasamente dos meses más tarde, Ramos Peguero estaba todavía en prisión. Su única gran preocupación era la manera de resolver el estado en que se encontraba.

En una reunión celebrada por el PSP a la que asistió un delegado del PSP cubano se planteó la cuestión de la libertad de Ramos Peguero. Los dominicanos solicitamos que fuera liberado lo más pronto posible y se nos complació.

Ya fuera de la prisión, su inmediata meta era regresar a Santo Domingo. Por razones obvias, su salida de Cuba era más perentoria que la de otros. De ahí que se me encargó diligenciar la obtención de un vuelo que lo llevara a Kingston y de ahí a Santo Domingo. Utilicé algunas conexiones derivadas de mi posición como jefe de las milicias de la Administración General de Ingenios y a los pocos días lo pusimos en un avión.

El final de Andrés Ramos Peguero fue muy trágico y lamentable. Se mantuvo activo todo el tiempo desde su regreso como líder de una de las tantas facciones en que se subdividió el MPD. Persecuciones, cárceles, clandestinidad, toda esa gama la recorrió hasta que finalmente durante el gobierno de Balaguer y después de una búsqueda que duró varios meses fue localizado y asesinado en plena vía pública.

El caso de Máximo López Molina no presentó los visos trágicos de su compañero. También sufrió varias veces los rigores de la prisión y las persecuciones, pero la saña de sus enemigos no llegó hasta la eliminación física. Fue deportado varias veces hasta que al fin optó por quedarse fuera del país. A veinte y tantos años de aquellos acontecimientos todavía vive en París, en donde se ha acomodado hasta el punto de que no se acogió a las reglamentaciones vigentes que permiten el regreso de todos los dominicanos que por causas políticas vivan en el extranjero. Su estrella política se opacó después de haber gozado los primeros años seguidos al ajusticiamiento de Trujillo de un ganado prestigio, sobre todo entre las capas populares, que lo veían como un ejemplo de valor por haber sido el primero en enarbolar la bandera de la libertad cuando todavía imperaba con todos sus resortes de torturas y persecuciones la maquinaria de represión de la tiranía.

En los primeros días de julio de 1961, apenas trascurrido un mes del tiranicidio, llegaron al país los delegados del Partido Revolucionario Dominicano (PRD) en medio de una situación que todavía no ofrecía garantías absolutas para quienes habían luchado

contra Trujillo desde el exilio en la forma consecuente como lo hicieron los principales dirigentes de ese partido desde su fundación en Cuba hacía veinte años. La coyuntura viable para el regreso se presentó cuando el presidente Balaguer, que de títere de Rafael Trujillo había pasado a serlo de su hijo Ramfis, consideró que era necesario dar una apertura con visos democráticos debido a las presiones que todavía se ejercían contra el régimen en el que los verdaderos sustentadores del poder eran los herederos del tirano ajusticiado con su hijo y sus hermanos en el frente.

La delegación perredeísta estuvo formada por Ángel Miolán, Nicolás Silfa y Ramón Castillo. El primero, el único que había ocupado posiciones en la alta dirigencia del partido, fue el más consecuente con el mismo en el decursar de los acontecimientos futuros en que se vio envuelta la entidad hasta conquistar el poder escasamente año y medio después. En cambio, los otros dos abandonaron al PRD y con el correr del tiempo se convertirían en estrechos colaboradores de Balaguer, tan pronto éste volvió a ocupar la presidencia de la República al derrotar al propio PRD en las elecciones de 1966. Miolán también más tarde cerraría filas dentro del balaguerismo, ocupando varios altos cargos en la administración pública para volver a militar en el perredeísmo, pero ya en un nivel de menor categoría.

Al producirse la salida de los remanentes de la familia Trujillo en noviembre de 1961, a impulsos de la lucha popular y al repudio que en el plano internacional se mantuvo contra los herederos del trujillato en el poder, Balaguer puso en movimiento una maniobra en connivencia con las autoridades norteamericanas para quedarse en el poder y con miras a evitar que las fuerzas populares, de tanta vitalidad durante los días antecedentes y siguientes a la salida de los Trujillo, se dieran el gobierno que realmente merecían después de más de treinta años de sojuzgamiento y pérdida de iniciativa en la elección de sus gobernantes. En esa última tarea encontró el más decidido apoyo entre las clases privilegiadas que,

aunque de manera precaria, habían aprovechado las migajas que les tiraba Trujillo. Su mayor temor provenía de los dirigentes de las agrupaciones que podrían influir de una manera decisiva en el seno de las masas populares. De ahí la prohibición de entrada al país a los miembros del Partido Socialista Popular, cuya dirección sabían estaba radicada en Cuba, la que ya para esos días era considerada como el enemigo mayor de las fuerzas opresoras que, dirigidas por el imperialismo yanqui, debían ser mantenidas en los demás países de América Latina.

La maniobra de Balaguer consistió en la formación de un gobierno colegiado en el que tomaron parte algunos personajes que, por sus trayectorias, sobre todo en los últimos momentos en la vida del tirano, merecieran la aprobación de la ciudadanía, desde luego que también debían gozar del visto bueno de Washington.

Así surgió el Consejo de Estado de siete miembros presidido por el propio Balaguer y con Rafael Bonnally como vicepresidente quien a pesar de su extracción ranciamente trujillista, cayó en desgracia por la presencia de uno de sus hijos en un complot contra Trujillo.

Entre los demás miembros estaba Eduardo Read Barrera, un abogado que se había distinguido por su limpia posición dentro de la podredumbre del régimen. Desde muy joven se identificó por sus ideas progresistas. En su oficina de abogados se había fundado en 1944 el Partido Democrático Revolucionario Dominicano que con el tiempo vendría siendo el Partido Socialista Popular. Un detalle significativo: Read Barrera renunció del Consejo de Estado poco tiempo después aduciendo que no compartía los métodos utilizados por el organismo en su política. Su puesto lo ocupó J. A. Fernández Caminero, joven médico que había tomado parte activa en los movimientos antitrujillistas en las postrimerías de la dictadura.

Otro miembro fue Nicolás Pichardo, renombrado galeno de mucho arraigo dentro de la sociedad dominicana. Aunque

había ocupado algunos cargos de importancia durante el régimen trujillista, sus actuaciones no hicieron desmerecer el prestigio de que gozaba por sus grandes dotes de médico y profesor universitario.

Monseñor Eliseo Pérez Sánchez formó parte de ese gobierno colegiado para complacer a la Iglesia Católica, una de las fuerzas más poderosas de cuantas incidían y siguen incidiendo en el acontecer político dominicano. Monseñor Pérez Sánchez había sido uno de los exponentes más significativos de esa incidencia del régimen trujillista desde sus inicios más de treinta años atrás. Ese nombramiento también podría verse desde el ángulo de la participación de la clerecía en el final del deterioro de la tiranía e impulsó las conocidas pastorales de los obispos que tanto influyeron en crear el ambiente propicio para su caída definitiva.

Donald Reid Cabral fue un miembro agregado a última hora. Su presencia obedecía a los dictados que desde el Norte recibía Balaguer. Fue la que más puso de relieve esos dictados puesto que en esos momentos la carrera política de Reid Cabral no tenía otra significación que no fuera la que le daban sus íntimas vinculaciones con Washington. Más tarde, esos mismos lazos lo encumbrarían hasta llegar a convertirse, por un relativamente corto lapso, en detentador del poder con un carácter casi omnímodo.

Los otros dos miembros fueron Antonio Imbert Barrera y Luis Amiama Tió, ambos sobrevivientes del grupo que ajustició a Trujillo. Está claro que su presencia dentro del Consejo de Estado fue producto del esfuerzo por quitar al nuevo organismo gubernamental todo índice que lo relacionara directamente con la descabezada tiranía trujillista.

La formación de ese organismo y sus subsecuentes actuaciones son la prueba más fehaciente de que la táctica de las autoridades norteamericanas en contubernio con las clases oligárquicas dominicanas era evitar que República Dominicana se saliera de su órbita de influencia. El ejemplo de Cuba estaba muy reciente

para que no influyera la conducta de los responsables de la política norteamericana en relación con el estado de dependencia en que se esforzaban por mantener a los pueblos en vías de desarrollo.

Una de las manifestaciones primarias de esa realidad fue la promulgación de la draconiana Ley de Emergencia, que no sólo prohibía la entrada al país a determinados luchadores contra la tiranía trujillista sino que también daba potestad para deportar a quienes, según criterio del Consejo de Estado, fueran sospechosos de oponerse a su política, la que en última instancia la convertía en un trujillismo sin Trujillo. En virtud de ese engendro jurídico fui deportado dos veces.

Mi trabajo en la Administración General de Ingenios continuaba con la misma intensidad de siempre, aunque las actividades habían cambiado de carácter después de la nacionalización de todas las empresas. Los trabajos aislados de administración de los grupos de empresas que paulatinamente se fueron interviniendo se habían centralizado convirtiendo la original Administración General en un ministerio, aunque todavía no se denominaba así. Después de mi salida de Cuba fue cuando se hizo la transformación oficial.

Después de la salida de los Trujillo y la instalación del Consejo de Estado, el partido decidió que debía intentar el regreso a través de Jamaica. Creíamos que de acuerdo con la nueva situación las cosas se facilitarían hasta el punto de que la coletilla de mi pasaporte habría perdido su vigencia y por tanto podría usarlo para ingresar al país. Pronto constataría que esa creencia estaba mal fundada. Desconocíamos el contenido de la Ley de Emergencia que ya para esos días había promulgado el Consejo de Estado, uno de cuyos artículos prohibía la entrada a todo aquel que había merecido la calificación de comunista, aunque ésta hubiera procedido de Trujillo.

Arreglé los asuntos que tenía pendientes y en la mañana del 16 de diciembre de 1961 tomé el avión para Kingston, Jamaica. Allí encontré algunos exiliados antitrujillistas que me enteraron de las

nuevas disposiciones que coartaban la libertad de movimientos a los dominicanos incluidos en la lista suministrada a las compañías de transporte.

Quise constatar por mí mismo el alcance de esas cortapisas y me apersoné a las oficinas de la Pan American, entidad de transporte aéreo norteamericana. En efecto, cuando presenté mi pasaporte en solicitud de un pasaje, se consultó la lista y me negaron la venta del boleto.

Regresé a la pensión en la que me esperaban mis compañeros de infortunio, entre los que se encontraba Juanchi López Molina, hermano menor de Máximo López, junto con quien desde ese momento correría las vicisitudes a que nos sometieron los herederos de Trujillo en el poder.

La dueña de la pensión, una atractiva jamaíquina de nombre April Gabay, de ideas progresistas, prometió ayudarnos a resolver el acuciante problema que teníamos por delante, una de cuyas facetas tenía caracteres primarios, esto es, el pecuniario. Por mi parte, los pocos dólares que había podido reunir estaban a punto de terminarse.

Al recibir esa oferta de ayuda pensé que la gentil April se refería a ese aspecto de nuestra situación; agradable fue mi sorpresa cuando una mañana y con cierto misterio me llamó aparte y me dijo que fuera a la Pan American y solicitara de nuevo mi pasaje, pero que me cerciorara de que me atendiera una joven empleada cuya descripción dio. Así lo hice y casi sin creer lo que estaba sucediendo al día siguiente, 24 de diciembre, estaba volando rumbo a Santo Domingo en compañía de Juanchi, quien había utilizado la misma vía que yo.

Tan grata era mi sorpresa y tal euforia me producía estar volando hacia mi tierra a la que no veía desde hacía doce años que no di ninguna importancia a lo que pudiera suceder al desembarcar. De ahí el impacto que me produjo el ambiente hosco y negativo que encontré en las autoridades que nos recibieron en el aeropuerto,

completamente diferente al entusiasmo manifestado por el nutrido grupo de parientes y amigos que, enterados de nuestra llegada, se habían reunido en el aeropuerto. Grande fue la ovación que recibimos cuando aparecimos en la escalerilla del avión.

Nos detuvieron y nos llevaron al Palacio de la Policía Nacional en donde fuimos tratados con gentileza por los miembros de la institución, desde el más bajo hasta el más alto. No nos llevaron a las tristemente célebres mazmorras de los tiempos de la tiranía. Nos recluyeron en un amplio salón en el que había varias camas, algunas ocupadas por otros tres antitrujillistas que nos habían precedido e incluidos en el mismo expediente. El nombre de uno de ellos ha escapado a mi memoria, los otros dos eran Baldemiro Castro y Matico Erickson. El primero, un valiente y progresista líder obrero que moriría durante la Guerra de Abril de 1965 en San Francisco de Macorís en el fallido intento por llevar la rebelión a aquella ciudad; el segundo, perteneciente a una conocida familia de esforzados antitrujillistas que cuenta con varios mártires en la lucha por la libertad.

Al día siguiente de nuestra llegada recibimos la visita del teniente José de Jesús Morillo López. Nos dijo que estaba encargado de hacer las diligencias necesarias para nuestra deportación. Fue el primer indicio de cuál sería nuestro destino inmediato que desconocíamos porque no habíamos sido interrogados. El teniente Morillo fue nuestro primer y último contacto con elemento oficial alguno, aparte de los dos agentes de seguridad que nos trasladaron desde el aeropuerto.

La forma caballerosa del teniente Morillo nos dio pie para que le hiciéramos algunas preguntas que contestó hasta donde le fue posible dada su posición. Nos enteramos que no éramos los primeros y que de seguro no seríamos los últimos a quienes se aplicaría la Ley de Emergencia, que nuestra deportación sería hacia la isla inglesa de Trinidad, que a cada uno se nos suministraría una cantidad de dinero suficiente para los primeros días de extrañamiento.

A los tres días, en horas de la noche se nos dijo a Matico, Erickson, Juanchi, López Molina y a mí que nos alistáramos, que dentro de una hora irían por nosotros para llevarnos al aeropuerto. A los otros dos se les dijo que al día siguiente serían dejados en libertad.

Llegamos al aeropuerto acompañados del teniente Morillo López y de otro militar, quienes nos entregaron nuestros documentos y el dinero y nos acompañaron hasta la escalerilla del avión de la compañía brasileña Varig. Todo se hizo sin ninguna estridencia. Dudo que las pocas personas que se encontraban en el aeropuerto se percataran de la injusticia que se estaba cometiendo. Mi sentimiento de frustración era tan profundo que ni siquiera se me ocurrió protestar, además sabía que de nada me hubiera servido. Lo mismo me comentaron más tarde mis dos compañeros.

Al examinar mis documentos me di cuenta de que había entre ellos un boleto de regreso, esto es, que el que nos dieron era de ida y vuelta, requisito de las leyes inglesas. No le di mucha importancia a eso por el momento. Fue ya en Puerto de España, capital de Trinidad y Tobago, cuando comencé a aquilatar la importancia que podría derivarse de ese boleto de regreso.

La ciudad me produjo un impacto singular. Era la primera vez que visitaba con carácter relativamente permanente una ciudad extranjera más pequeña y con desarrollo cultural diferente al de mi natal Santo Domingo. Ni siquiera Kingston me produjo esa singular sensación. La vida y las costumbres eran muy diferentes a las nuestras. Tal vez por esas contradicciones guardo un especial recuerdo de los días que pasé en ese ambiente.

Por otra parte, el trato que nos dieron en la pensión en que vivíamos no pudo ser más acogedor. Se nos daban las más amplias facilidades para la solución de los pequeños problemas que se presentaban a los visitantes primerizos. La tradicional flema

inglesa se traslucía a través del abigarramiento de razas que se mezclan en esa sociedad isleña.

Entre los servicios que se nos presentaron estuvo el concierne a nuestro estatus legal. Uno de los huéspedes se prestó a acompañarnos a la oficina en donde debíamos solicitar la prórroga del plazo de quince días de permanencia en la isla que de entrada se nos había indicado.

Cuando estuve frente al oficial de inmigración, que habla un correcto español, una de sus preguntas fue que hasta cuándo solicitaba mi estadía. Le respondí preguntándole a mi vez qué me sucedería si no solicitaba la prolongación dentro del plazo prescrito. Me respondió con una sonrisa que se verían en la pena de deportarme al país de procedencia, en mi caso a Santo Domingo.

Mi interlocutor era un hombre joven y muy perspicaz puesto que, por la expresión de mi rostro, se dio cuenta de inmediato que recibía con sumo grado que se me enviara de regreso a mi país. Me dijo sin más preámbulo que estaba dispuesto a dar la orden de deportación ese mismo día, si así lo requería.

Cuando enteré a mis compañeros del resultado de mi diligencia, hicieron lo mismo y tres días después estábamos de nuevo volando rumbo al lar nativo.

Como había tenido tiempo de avisar a mis familiares, nos esperaba un nutrido grupo en el aeropuerto. Pero no eran los únicos. En el mismo estaban algunas autoridades encabezadas por el director de Inmigración Bienvenido Mejía y Mejía, que nos esperaba al pie de la escalerilla de desembarco. Cuando el funcionario me vio se acercó y en un ademán cordial levantó los brazos y exclamó en un tono que resultó equívoco por el contenido de sus palabras: “Profesor, me da gusto verlo después de tanto tiempo... pero, tendrá que irse otra vez”. Se trataba de un antiguo alumno mío en la Escuela Normal de Varones.

Volvieron a repetirse las escenas de quince días atrás. Vuelta al Palacio de la Policía Nacional a la misma habitación y a los servicios del teniente Morillo López, quien esa vez se mostró aún más atento y obsequioso que la vez primera. Nos dijo que sentía lo que nos estaba sucediendo, pero que eran órdenes superiores que debían ser cumplidas. Estoy seguro que ese teniente, que con el correr del tiempo haría carrera y al cabo de los años tendría su retiro con el grado de general de brigada, no sabía de dónde en realidad provenían esas “órdenes superiores”. Muy lejos estaba de pensar, lo mismo que nosotros, que la fuente de esa situación emanaba de las más altas esferas del imperialismo norteamericano, que con sus tentáculos llegaba hasta el último rincón de la nación dominicana con su torcido propósito de evitar, a como diera lugar, que se produjeran condiciones que propiciaran, aunque fuera remotamente, una situación como la que se les había presentado en Cuba. En su histeria anticomunista no paraban mientes en llevar hasta sus últimas consecuencias casos de tan poca monta como era el que protagonizábamos los tres infelices exiliados que tendríamos que volver a abandonar nuestros hogares para ser lanzados de nuevo a los avatares del ostracismo.

En un arranque de sinceridad, el teniente Morillo López hasta llegó a cometer una pequeña indiscreción al enterarnos con antelación de que los planes eran deportarnos a París, que la ruta sería con una escala en San Juan, Puerto Rico, con el agravante de que esta vez iríamos sólo con un boleto de ida.

A pesar de que para esos días todavía no conocía a París, uno de mis sueños de juventud, la noticia me cayó como un rayo. No escapaba a mi entender que ese sería un exilio más doloroso que los que hasta entonces había tenido. Tenía conocimiento de que la vida en esa bella ciudad era más dura que la que se llevaba en las capitales americanas. Además el alejamiento del escenario dominicano era de tal magnitud que significaba un desarraigamiento muy difícil de vencer.

Por esas consideraciones de inmediato me tracé un plan para burlar los infames designios de las autoridades dominicanas, que se prestaban con tanta facilidad a desterrar a un hombre joven cuyo único “delito” era el haber dedicado toda la fuerza de su juventud en la lucha por la liberación de su pueblo de las garras opresoras de la tiranía.

Mi plan era tratar de quedarme en Puerto Rico cuando el avión hiciera escala, pero antes debía obviar un inconveniente sin cuya solución sería imposible realizarlo. Se trataba de que mi tarjeta de residente en los Estados Unidos estaba en poder de mi hija Rosa Haydée desde mi último intento de entrada. Se la había entregado junto a otros documentos que quería preservar.

Otra vez tendría el teniente Morillo López la oportunidad de dar muestras de su espíritu de cooperación. Le insinué que debía mandar a buscar a casa de mi hija el susodicho documento y él, sin preámbulos, se ofreció a hacerme esa diligencia. Le di los datos necesarios y en menos de dos horas ya tenía en mis manos la tan necesaria tarjeta para llevar a cabo mis intenciones.

Dos días después ya todo estaba listo para mi segunda deportación dentro del término de escasamente dos semanas. Esa vez, al llegar al aeropuerto en una clara mañana de enero de 1962 y haciendo provecho de la gran cantidad de personas presentes en ese lugar, declaré a viva voz mi desacuerdo con la arbitraria medida que estaba a punto de ser materializada. Entre otras cosas dije que dejaba constancia de mi oposición a hacer ese viaje y que exigía ser escoltado por agentes uniformados de la policía hasta el interior del avión, como muestra de la presión que se ejercía sobre mí para abandonar el país. De una manera categórica declaré que de negarse mi petición me opondría a hacer el recorrido hasta el avión por mis propios pies de manera que tendrían que usar la fuerza para introducirme en el aparato. Al llegar a ese momento me encontraba rodeado por una gran cantidad de personas entre las que había civiles y militares. Los más cercanos

trataban de inducirme a cambiar de actitud, pero ante mi negativa, las autoridades optaron por complacer mi petición y tanto yo como mis compañeros Matico Erickson y Juanchy López Molina abordamos escoltados por la policía la nave que nos llevó a San Juan, Puerto Rico.

En la capital puertorriqueña presenté mi documentación como residente y después de un riguroso interrogatorio en que el salieron a relucir varios detalles de mi vida tanto pública como privada, se me permitió la entrada no sin antes comprometerme a seguir viaje hacia Nueva York a reunirme con mi familia. Todo eso sujeto a futuras investigaciones para lo que decidieron quedarse con mi documentación, la que me sería devuelta cuando se aclarara mi situación con carácter definitivo. Ayudó mucho en esa condicionada solución la presencia en San Juan de mi cuñado Humberto Domínguez, quien residía allí desde hacía varios años en compañía de su familia. Prácticamente se me dio la casa de Humberto como residencia mientras se clarificaba mi expediente.

Los ecos de esas peripecias habían llegado hasta varios círculos de exiliados incluyendo, desde luego, a los de Nueva York. De la misma manera estaba enterado de que José Espaillat había corrido los mismos caminos y de nuevo se encontraba en aquella ciudad después de su deportación a finales de diciembre. De ese caso tuve más detalles cuando recibí una comunicación de Hugo Tolentino: me anunciaba que pasaría por San Juan en donde permanecería una hora antes de seguir viaje a Santo Domingo y me invitaba a verlo en el aeropuerto para darme algunas noticias de sumo interés para mí.

Hugo me dijo que a José Espaillat le habían abierto un proceso, se le condenaría a prisión por cinco años si intentaba abandonar el territorio de los Estados Unidos sin previo permiso de sus autoridades. En su opinión y la de los demás exiliados dominicanos de Nueva York yo corría el mismo peligro tan pronto se

enteraran de mi presencia en territorio norteamericano, que por tanto se me aconsejaba abandonar Puerto Rico tan pronto como pudiera. A pesar de que consideré algo exageradas las aprensiones de Hugo, no por eso dejé de preocuparme y de inmediato me puse en movimiento.

Cualquier actividad que hiciera chocaría de entrada con la expropiación de mis documentos sin los cuales era imposible movilizarme. Lo primero era que no podía abandonar Puerto Rico sin dichos documentos puesto que tendría que mostrarlos a la hora de la salida. Por eso, mi paso esencial era su recuperación.

Había dos personas que de inmediato me vinieron a la mente en mis elucubraciones. Una era el doctor Miguel Pardo, un prestigioso exiliado dominicano residente en esa isla. Con él contaba para buscarme un padrino que me ayudara frente a las autoridades de inmigración. La otra persona era Miguel Leyba, un viejo y querido amigo desde mi adolescencia que residía en Puerto Rico en donde había formado familia con una puertorriqueña a quien también conocía desde hacía muchos años. Miguel sería una especie de pantalla que utilizaría sin siquiera enterarlo del papel que jugaría en mis planes. Más bien que a su persona, utilizaría el negocio a que se dedicaba: una estación de expendio de gasolina.

Una noche me presenté en casa del doctor Pardo y le expuse el gran problema que tenía porque había conseguido trabajo con Miguel Leyba, pero que no podía realizarlo por la falta de mi documentación de residente, requisito sin el cual no me era permitido trabajar. Como lo esperaba, me prometió mover algunas teclas que tenía dentro del gobierno puertorriqueño.

Al día siguiente me dijo que había hablado con un señor de apellido Atilés Moreu y que éste se había ofrecido muy gentilmente a acompañarme a las oficinas de Inmigración a tratar de que se me obviara esa dificultad. La diligencia la haríamos al día siguiente en horas de la mañana. Tenía veinticuatro horas para preparar la segunda parte de mi plan del que absolutamente a nadie había enterado. Ni

siquiera a mi cuñado Humberto, quien si sospechó cuáles eran mis intenciones se cuidó bien en no decírmelo a pesar de que su ayuda fue decisiva.

Ese mismo día fui al aeropuerto e hice una reservación para el día siguiente a las dos de la tarde para Kingston, Jamaica. Debía comprar el boleto en el mismo mostrador en que hice la reservación a más tardar a la una. Hecha esa diligencia regresé a casa de Humberto y le dije que me marcharía al día siguiente, pero quería que nadie se enterara. Esa misma noche arreglé mi maleta.

A eso de las nueve de la mañana fue el señor Atilés Moreu a buscarme; en su automóvil fuimos con un funcionario y al cabo de media hora me dijeron que pasara al despacho. Se me hizo corto el interrogatorio en el que expuse lo mismo que le había dicho al doctor Pardo.

Parece que los valimientos del señor Atilés Moreu eran muy altos puesto que el funcionario dejó establecido bien claro que su aval era lo suficientemente atendible para que se entregaran los documentos en base a que me comprometiera a concurrir a la audiencia pendiente en la que se pondría en claro mi situación con carácter definitivo. Con un apretón de manos y la expresión de sus deseos de que tuviera el mejor de los éxitos en mis diligencias de buscar trabajo me despedí del funcionario y en compañía de mi benefactor abandoné las oficinas, ya bien entrada la mañana.

Al salir di un pretexto cualquiera al señor Atilés Moreu y decliné su ofrecimiento de llevarme en su automóvil a donde le indicara. Cuando se fue, de inmediato agencí un taxi y me dirigí al aeropuerto en donde esperaba Humberto con mi maleta. Todavía tuve que esperar casi dos horas para abordar el avión que me llevó a Kingston.

Había transcurrido un mes desde mi salida de esa ciudad en mi primer intento de entrada a Santo Domingo; era relativamente poco tiempo, pero se me antojaba que hacía mucho tiempo de

aquellos acontecimientos. Tantas habían sido mis vicisitudes y tantos mis anhelos frustrados.

Me dirigí directamente desde el aeropuerto al hogar de April Gabay. Fui recibido con extrañeza mezclada con el júbilo de la llegada de una persona apreciada. Lo primero porque mi anfitriona no acababa de comprender cómo era posible que se le prohibiera la entrada al natural de un país que no había cometido ningún delito después de pasar más de quince años fuera de él y sobre todo, después de haber desaparecido la causa de su extrañamiento. Por más que quise explicárselo, siempre movía la cabeza mientras pronunciaba en inglés algunas expresiones de condenación implacable contra los que tales cosas hacían dentro de una sociedad que pretendía ser civilizada.

Durante el mes trascurrido y mientras andaba de salto en salto, sin poder ni siquiera afincarme en ninguna parte que no fuera mi añorado Santo Domingo, los acontecimientos dentro del país se habían precipitado de tal manera que los cambios producidos hicieron posible que el horizonte de los emigrados aparentara, por el momento, que se facilitarían los medios para entrar al país.

El más importante de esos cambios fue la reestructuración que se había hecho en el seno del Consejo de Estado. Ya Balaguer había sido echado por la borda y se encontraba asilado en la Nunciatura Apostólica; habían tomado el control del Estado las fuerzas oligárquicas representadas por la Unión Cívica Nacional: grupos antitrujillistas, pero cuya trayectoria garantizaba a los norteamericanos un futuro ausente de tintes políticos contrarios a sus intereses hegemónicos. Tal había sido la apertura dada por Washington que había instruido a la Organización de Estados Americanos (OEA) para que levantara las sanciones diplomáticas impuestas a la República Dominicana en 1960.

La salida de Balaguer del gobierno había sido precedida por una serie de acontecimientos que pusieron en claro que se estaba

sintiendo en el seno del pueblo dominicano el rescate de sus energías, eclipsadas durante los treinta años de terror que significó la sangrienta tiranía trujillista.

Uno de los acontecimientos más relevantes fue la protesta escenificada por algunos seguidores de la Unión Cívica Nacional en su local de los alrededores del Parque Independencia. Dos altoparlantes lanzaban consignas contra Balaguer en relación a las actividades de ese grupo político mientras se aglutinaba una gran cantidad de gente que demostraba su entusiasmo frente a ese signo de libertad que emanaba de las voces que se oían a través de los aparatos. Cuando el entusiasmo de la muchedumbre había alcanzado su clímax y a las voces que arengaban se unían las de los concurrentes, hizo su aparición un fuerte contingente del Ejército montado en doce tanques de guerra. No hicieron más que acercarse al grupo de manifestantes cuando abrieron fuego de ametralladoras indiscriminadamente con un saldo de siete muertos y más de veinte heridos.

Esos hechos ocurrieron el 16 de enero de 1962 y dos días después el general Rafael R. Rodríguez Echavarría daba un golpe de Estado y deponía al Consejo de Estado y en su lugar instauró una Junta Cívico-Militar que a su vez sería suplantada en un corto lapso por el antiguo Consejo de Estado, pero sin la presencia de Balaguer. En síntesis, todo ese rejuego de poderes se redujo a sacar del escenario a Joaquín Balaguer, quien para esos días todavía era un hombre relativamente joven mientras que su carrera dentro del acontecer político dominicano databa desde los primeros años de la tiranía trujillista en la que desempeñó los más altos cargos, incluyendo el de presidente de la República.

Con la instauración del remodelado Consejo de Estado se afincaron las fuerzas a que he hecho referencias, los jefes de Washington se sintieron seguros en cuanto al futuro inmediato de la “democracia” dominicana hasta el punto de que aflojaron las amarras y permitieron la entrada al país de los exiliados que otrora

estaban en su lista negra. Por eso, cuando el 26 de enero solicité mi pasaje en Kingston no tuve ningún inconveniente y dos horas más tarde desembarcaba en Santo Domingo sin que nadie me esperara puesto que había tenido la precaución de no dar aviso de mi llegada.

Se abría con esto una nueva etapa en mi vida, aunque con algunos matices diferentes: en el fondo su significación más relevante era mi presencia en el lar nativo, aunque las inquietudes y las persecuciones continuaron. Lo que había variado era el escenario.

Corina y mis dos hijos pequeños habían quedado en Nueva York, lo que significaba que no tenía dónde vivir. Mi hermana Melita me acogió en su hogar que había formado con su esposo Juan Martínez y en el que había procreado seis hijos de los cuales todavía cuatro, tres hembras y un varón, vivían con ellos. Los otros ya estaban casados. Era una familia muy unida que me profesaba un gran cariño en el que influía la admiración por los hechos en que había tomado parte en la lucha contra la tiranía trujillista.

Mi cuñado Juan Martínez era diez años mayor que yo, pero con un espíritu mucho más joven que el mío. Siempre estaba de buen humor y con el chiste oportuno a flor de labios a pesar de que su vida había transcurrido entregada desde su primera juventud al trabajo con un importante personaje de la política dominicana que al morir lo dejó sin otra herencia que un cuerpo prematuramente envejecido por las duras tareas de toda clase que se vio precisado a realizar en provecho de su patrón. Gracias a sus hijos e hijas, en el momento de mi llegada vivía en la segunda planta de una cómoda y espaciosa casa situada en la calle Sánchez de la ciudad intramuros de manera que mi presencia no fue una carga, por el contrario, le oí decir en más de una ocasión que se sentía orgulloso de esa presencia porque la consideraba como una forma de contribuir, aunque fuera tan discretamente, con los que habían arriesgado tanto en la lucha contra Trujillo.

Pero la tranquilidad y el ambiente acogedor que encontré en casa de mi hermana serían bruscamente interrumpidos cuando menos lo esperaba. Una noche estábamos departiendo alegremente, como era costumbre después de cenar, cuando sonó el timbre del teléfono. La llamada era para mí de parte de un compañero del partido, quien, con voz apresurada, me anunciaba que se había desatado una encarnizada persecución y que tomara las debidas precauciones.

Todavía no había colgado cuando percibí pasos de varias personas que subían atropelladamente las escaleras que conducían a la casa. Desde el ángulo en que estaba vi sin ser visto a varios hombres uniformados que se dirigían hacia nosotros. Colgué el aparato e hice señas para que dijeran que no estaba en la casa y logré ocultarme en un aposento cercano desde donde pude oír el diálogo que se produjo entre mi hermana Melita y el entonces capitán de la policía Carlos E. Herrand.

Ese oficial era muy conocido en mi familia desde cuando todos éramos muy jóvenes. De ahí que sus modales fueran muy comedidos cuando preguntó por mí y al decirsele que no estaba, con mucha calma dijo que cuando regresara me dijeran que el jefe de la Policía tenía mucho interés en hablar conmigo, que lo esperara, que él volvería más tarde después de cumplir otras obligaciones pendientes.

La casa está ubicada entre las calles El Conde y Mercedes y como es sabido la calle Sánchez es de una sola vía de norte a sur. Cuando el capitán Herrand arrancó en su vehículo rumbo al sur, salí con cuidado y tomé rumbo al norte montado en la parte trasera de una pequeña moto conducida por uno de mis sobrinos. Fue el inicio de un período de clandestinidad en el que tuve que cambiar varias veces de escondite para burlar la persecución.

Cuando el capitán Herrand se marchó de la casa continuó con las tareas que se le habían encomendado, esto es, apresar a todos aquellos que antes estaban en las listas de indeseables y que

habían logrado regresar al país haciendo provecho de la apertura momentánea que se había producido con la remodelación del Consejo de Estado, apertura que se resolvió cerrar a mediados de febrero de 1962 y cuyas consecuencias fueron las persecuciones que por poco me cuestan una nueva deportación. Otros no salieron tan airosos y fueron a parar a París, no sin antes pasar por la dura experiencia de ser reclusos en la cárcel yanqui de Opa Locka donde fueron transportados esposados en un avión en medio de las más criminales condiciones. Tales fueron los casos de Hugo Tolentino, Marcio Mejía Ricart, Diego Bordas, Francisco A. Henríquez (Chito), Vinicio Calventi, José Ricardo Feris Iglesias y Fausto Martínez.

Aparte de que no gozaba de entera libertad, la vida en la clandestinidad trascurría apaciblemente. No eran los tiempos de la tiranía trujillista en que las persecuciones eran implacables y una captura casi siempre significaba la muerte. Además, estaba consciente de que no se me buscaba con el ensañamiento de antes. Debía cuidarme; pero la vigilancia era de tal suerte que me permitía de vez en cuando, y cuidando las apariencias, hacer una que otra visita a casas que sabía eran de estricta confianza. Muchas veces me encontraba en la calle con alguien enterado de las condiciones en que estaba y seguía mi camino con la certeza de que no sería delatado. Eso sucedía en tiempos de Trujillo cuando todo el mundo vivía temeroso de que se supiera que estaba enterado de algo contrario a los intereses del régimen sin haber hecho la denuncia correspondiente.

Corina había regresado de Nueva York con nuestros dos hijos, Ivette y Pedro, y residían en casa de su hermana Dalila, casada con el doctor Ramón Arias, en San José de Ocoa, en donde éste gozaba de una cómoda posición económica y además era persona muy querida y respetada, con íntimas relaciones de carácter socio-políticas con algunos prestantes personajes de esa localidad.

En los días en que la situación todavía no se había aclarado del todo, el doctor Arias me invitó para que fuera a pasar allá

unos días con Corina y mis hijos. Le hice algunas observaciones acerca de las medidas de seguridad que debíamos tomar cuando estuviéramos en su casa. Su respuesta me aquietó por completo porque entendí que mientras estuviera bajo su protección nada debía temer de las autoridades ocoeñas.

Pasé los primeros días como si viviera en una situación completamente normal. Me paseaba por el pueblo sin ninguna restricción y varias veces fui a los campos aledaños a tomar baños en el río o de pasadía. Muchos me conocían y por la forma como se comportaban comprendía que sabían perfectamente cuál era mi situación.

Una noche pasé un susto tremendo. Acabábamos de cenar cuando entró un pariente del doctor Arias y le secreteó algo al oído. Lo que siguió fue digno de una película del oeste norteamericano. De prisa, salimos de la casa, abordamos un automóvil y nos dirigimos a alta velocidad a un poblado cercano llamado Sabana Larga. Durante el trayecto no se me dijo nada. No era necesario. Por los apuros del doctor Arias y de sus parientes comprendí que se trataba de algo relacionado con la policía. Cuando llegamos, me dejaron en un pequeño cuarto aislado que pertenecía a una casa ubicada a la vera del camino. Se me dijo que permaneciera a oscuras y callado, que si veía encenderse una luz desde la casa en forma intermitente que saliera con sigilo y me internara en los montes que quedaban detrás de la vivienda. Así lo hice y esperé durante un largo tiempo.

Vi movimientos de personas que se aproximaron, pero como no había observado ninguna luz, ni intermitente ni de ninguna clase, permanecía en mi sitio pensando que se trataba del doctor Arias con algunos acompañantes. Cuando se acercaron suficientemente, el corazón me dio un vuelco. Entre los que se acercaban venía uno uniformado de policía. Ya no tenía tiempo de escabullirme sin ser visto. El primero en hablar fue el doctor Arias: “Vámonos, que ya todo se aclaró”. Al oírlo me calmé y salí de

donde estaba. Regresamos a la casa. El policía, que era un teniente, se quedó poco antes de llegar. Fue entonces cuando pedí detalles de lo que había sucedido.

Quien me los dio fue el pariente del doctor. Alguien le había dicho que la policía sabía quién era yo y que irían esa noche a detenerme. Sin demora se trasladó a casa del doctor. Cuando me dejaron en aquel cuartico regresaron al pueblo a indagar. Su primera visita fue al cuartel de la policía. Un sargento les dijo que no estaba en conocimiento de que se haría ningún operativo esa noche, pero que debían ver al teniente quien era el único que podría ordenar una cosa como esa. Fueron a casa del oficial y éste les dijo que ciertamente se había recibido una denuncia de que había llegado al pueblo una persona a quien se buscaba en la capital, pero cuando le dijeron que dicha persona estaba alojada en casa del doctor Arias, decidió esperar al día siguiente cuando visitaría la casa en cuestión a investigar lo que podía haber de cierto en la denuncia. Agregó que de ninguna manera se presentaría en el domicilio del doctor como autoridad a detener a quien fuera huésped del distinguido galeno. De ahí que se alegraba de que el propio doctor Arias fuera a visitarlo porque así le ahorra la incómoda diligencia que pensaba realizar.

El doctor Arias explicó quién era yo y que no era cierto que se me estuviera buscando en la capital. Agregó que él se hacía garante de que mi presencia en el pueblo no acarrearía ningunas dificultades a las autoridades. El teniente se dio por satisfecho y se ofreció para ir personalmente a reiterarme las garantías de que no sería molestado mientras estuviera en San José de Ocoa. Así terminó ese incidente y a los pocos días regresé a la calle Sánchez de la capital junto con varios de mis sobrinos que habían ido a pasar el fin de semana a casa del doctor Arias.

La abuela de Elbita, esposa de mi sobrino Rafael Martínez, vivía en Miches en donde tenía una propiedad y allí fui a pasar algunos días. Miches es un pueblo enclavado en la costa atlántica

de la isla. Unas playas de gran belleza hacen del lugar un sitio propio para el veraneo. Su pequeña ensenada y su cómodo embarcadero proporcionan las facilidades para hacer excursiones en botes de motor sin ningún peligro por lo cubierto del recinto y lo apacible de sus aguas.

Una tarde me recreaba en un paseo cuando al regresar vi en el embarcadero a tres hombres. Por sus atuendos comprendí que no eran lugareños. Cuando la embarcación se arrimó al muellecito reconocí a uno de ellos. Era un viejo amigo y compañero de luchas que en los días de mi juventud formaba parte de un grupo que conspiraba para realizar un atentado contra Trujillo. Se trataba de Pupito Sánchez, el jefe de aquel grupo, quien en esos momentos fungía como jefe de la Policía Secreta al servicio del Consejo de Estado. A los otros dos no los conocía, pero comprendí que se trataba de agentes del mismo cuerpo.

Mi antiguo jefe del grupo conspirativo, como era de esperar, me trató con la mejor de las consideraciones, pero me dijo que tenía órdenes de llevarme a la capital. Por más que traté de indagar la manera cómo se habían enterado de mi paradero, me aseguró que nada sabía de eso. Tampoco sabía cuál sería mi destino.

Frente a su negativa a darme detalles, di rienda suelta a mis especulaciones. El índice menos favorable para mí era que se hubieran molestado en movilizar desde Santo Domingo hasta Miches, unos ciento setenta y cinco kilómetros, dos automóviles con seis agentes con el jefe del servicio a la cabeza para detenerme y trasladarme a la capital. Ello demostraba que había un especial interés en sacarme de circulación. De ahí que el fantasma de una nueva deportación me acompañó desde el momento del apresamiento hasta que llegamos a la capital.

El único incidente un tanto incómodo se suscitó cuando mi sobrina Haydée Martínez, quien me acompañaba a Miches, se enteró de que me habían detenido. Como una fierecilla se enfrentó a

mis captores y de viva voz los increpó achacándoles que tenían criminales intenciones. Mi sobrina aseguró que a la salida de la carretera me darían muerte. Pupito Sánchez y yo tratamos de calmarla y sólo entró en razones cuando se le permitió acompañarme durante el trayecto. En arranque casi histérico había dicho que a ella también había que matarla. Haydée no había cumplido los quince años.

Cuando llegamos a la capital, para sorpresa mía no me llevaron a ningún cuartel policial. El automóvil se detuvo en una residencia particular. Uno de los agentes se desmontó, regresó a los pocos minutos y habló con Pupito Sánchez. Mi sorpresa aumentó cuando éste me dijo: Vamos a llevarte a tu casa y mañana en la mañana te irán a buscar para que tengas una entrevista con el general Antonio Imbert. Fue entonces cuando comencé a ver claro el drama que se representaba. Su primer impacto fue el alejamiento de mi mente del fantasma de la deportación.

A mi sobrina y a mí nos llevaron a la casa de la calle Sánchez y al día siguiente a las nueve de la mañana fue un automóvil a buscarme para la entrevista prometida.

La primera vez que había hablado con Antonio Imbert fue trece años atrás y en condiciones muy diferentes; sin embargo, aquella situación y la que se avecinaba tenían un denominador común: en ambas comparecía yo en calidad de detenido.

Cuando nos vimos por vez primera fue en la tiranía trujillista. Mi interlocutor era gobernador de Puerto Plata y pocas horas antes yo había sido hecho prisionero después del desembarco en Luperón. En esta segunda vez él ocupaba la más alta posición que se podía tener en esos momentos en República Dominicana: miembro del Consejo de Estado. Los días de su gobernación en Puerto Plata de seguro se habían borrado de su recuerdo. Por mi parte yo seguía siendo el mismo perseguido de trece años atrás. Podría decir que mis perseguidores eran los mismos, aunque el escenario había variado considerablemente.

Esas observaciones se iban tejiendo en mi ánimo mientras hacía una corta antesala para ver al general. Éste me recibió en su aposento y todavía en pijama. Lo íntimo de su atuendo fue el primer indicio favorable que recibí. Desde que pronunció las primeras palabras me di cuenta de que en realidad no era un drama lo que se representaba. La cosa no pasaba de ser un ligero sainete en el que me tocaba el papel del actor que pensaba que el mundo se le venía abajo para salir a la postre ganancioso de lo que más ambicionaba: su libertad.

Más de una hora duró la entrevista. El general me hizo varias preguntas acerca de mi opinión respecto al acontecer político del momento. Hizo hincapié en la personalidad de Juan Bosch quien en esos días se perfilaba como el candidato oponente a Viriato Fiallo de la Unión Cívica con más posibilidades para derrotarlo en las elecciones presidenciales que se avecinaban. Todas mis respuestas fueron adecuadas a mi delicada situación.

La última parte de la conversación versó sobre dos cortos temas: cómo se enteró de mi presencia en Miches y su oferta de que aceptara un empleo en el gobierno. De lo primero me dijo que no quería ser indiscreto, pero que tuviera la seguridad de que quien lo enteró lo hizo cuando tuvo la promesa de que ni se me pondría bajo arresto ni se me deportaría. A eso agregó que recibió con alegría la noticia de mi paradero, porque le daba la oportunidad de hacer por mí lo que no pudo hacer la primera vez que fui presentado ante él cuando era gobernador, que con la garantía que me daba, de que podría gozar de entera libertad, quedaría su conciencia tranquila.

Fue entonces cuando me ofreció el empleo. Mi respuesta fue que yo tenía una deuda conmigo mismo porque no había ejercido la carrera para la que me había preparado por haberme dedicado a luchar contra Trujillo, que por eso no quería aceptar ninguna posición de empleado, pues quería ejercer mi profesión de abogado. Continuó a la carga y ofreció darme algunas igualas en algunas

de las empresas del Estado. Le dije que le avisaría cuando tuviera mi oficina montada para que entonces habláramos sobre ese particular. Cuando al fin establecí mi oficina junto con Pedro Mir y José Espaillat, ya Antonio Imbert Barrera no estaba en posición de dar igualas a nadie. Fue durante el gobierno de Juan Bosch.

El episodio de Miches tuvo efecto a mediados de 1962 y mi relativa libertad perduraría hasta el mes de octubre cuando tuvo lugar la crisis de los misiles en Cuba, lo que dio lugar a que Estados Unidos creara una situación en el área del Caribe cuya repercusión en República Dominicana hizo que muchas personas, entre ellas yo, nos viéramos amenazados con la cárcel o con la deportación.

Muchos tuvimos que apelar a escondernos de nuevo. Fui a dar con mi zarandeada humanidad a casa de los suegros de mi sobrino Rafael Martínez en el barrio Luperón. El hogar de don Luis Nieto, su esposa doña Esperanza y sus hijos, la doctora Kirsis y el ingeniero Luis, fue mi nuevo asilo durante lo que restaba del accidentado 1962.

Una sola vez durante los días que estuve en el hogar Nieto-Bravo tuve algunas molestias con mi úlcera. Fue en la noche de vísperas del Año Nuevo. Me fui de la boca en las fiestas de celebración y cometí el error de tomar dos o tres tragos de bebidas alcohólicas. Fue la primera noche que fui a casa de mi hermana en la calle Sánchez. Una vez terminada la celebración regresé a mi refugio a donde llegué ya con tenues dolores abdominales. A poco, todos los de la casa volvieron a levantarse por mis quejidos, pues no podía aguantar los más fuertes dolores de cuantos había sufrido dentro de los años que venía padeciendo de mi dolencia. Los cuidados de mis anfitriones lograron la mejoría suficiente y ya casi rayaba el día cuando pude conciliar el sueño.

Después que desaparecieron los dolores quedé en un estado que nunca antes había sentido. Era como si estuviera convaleciendo de una larga enfermedad. A decir verdad, no me acuerdo si antes de eso había tenido la preocupación que me produjo esa

amarga experiencia. Ni en los días de mis hemorragias intestinales me sentí tan deprimido como esa vez. Fue tal mi estado de ánimo que decidí abandonar la casa de mis bienhechores y volver a la de mi hermana, pese a que no faltó quien me aconsejara que no lo hiciera porque se consideraba que a pesar de que la situación había cambiado favorablemente, todavía no debía pernocar en un sitio como la vivienda de la calle Sánchez, fichada por los organismos de represión, sobre todo porque desde allí me había escapado cuando se me perseguía para deportarme a París junto con Hugo Tolentino y los demás compañeros que fueron víctimas de aquella odisea de principios del año 1962. No valieron razones y de nuevo volví a la que consideraba como mi verdadero hogar, puesto que Corina y nuestros hijos todavía vivían en San José de Ocoa en casa de su hermana.

A pesar de que la crisis de los cohetes con Cuba fue superada, no así las persecuciones, por lo que mi asilo en el hogar Nieto-Bravo duró casi dos meses. Durante ese tiempo se celebraron las primeras elecciones presidenciales libres en la República Dominicana en casi cuarenta años. Los dos partidos más importantes entre los que lidiaron en esa justa fueron la Unión Cívica y el Partido Revolucionario Dominicano. El primero representaba la oligarquía criolla que se había aglutinado alrededor del doctor Viriato Fiallo y que abrigaba en su seno a muchos de los trujillistas que, habiéndose enriquecido bajo la sombra de Trujillo, habían sabido guardar las apariencias de manera que no se les pudiera señalar como responsables de los innumerables crímenes que se cometieron durante la tiranía. Desde luego, también había muchos que durante el trujillato conservaron incólume su dignidad. Entre estos estaba el propio líder principal del partido. En síntesis, era una agrupación que defendía los intereses de las clases privilegiadas, aunque en su seno existieran quienes hubiesen podido estar en la acera del frente.

El Partido Revolucionario Dominicano encarnaba las ansias de libertad conculcadas durante los terribles treinta años de la dictadura. Su líder y candidato presidencial era Juan Bosch, de larga trayectoria en las luchas contra Trujillo desde el exterior y un intelectual de reconocido valor internacional. Su programa de gobierno recogía muchas de las reivindicaciones necesarias dentro de un régimen de proyecciones eminentemente populares. De ahí las profundas raíces que logró dentro de las masas desposeídas que, como era natural, constituían las mayorías poblacionales. Por eso no fue sorpresa para nadie que a la hora de las votaciones ganara por amplio margen en los escrutinios electorales.

A los pocos días del triunfo de Bosch se notó en el ambiente un soplo de tenues brisas de libertad. Por eso, cuando tomó posesión el 27 de febrero de 1963, la inmensa mayoría de los que habíamos tenido que escondernos y de los exiliados que no habían podido regresar al lar nativo, ya estaban en pleno ejercicio de sus derechos. Además, Bosch hizo buena la promesa contenida en su discurso de toma de posesión cuando dijo que mientras él fuera presidente “la libertad no perecerá”.

En medio de ese ambiente de libertad, nuestro Partido Socialista Popular pudo, por primera vez en su vida constitucional de diecinueve años, realizar sus tareas con libertad a pesar de que oficialmente todavía estaban vigentes las leyes anticomunistas promulgadas por Trujillo. Pudo organizar su primer local, su bandera ondeó libremente a los vientos dentro de los límites dominicanos.

Pero esas actividades se vieron amenazadas desde el principio por las propagandas adversas a nuestra doctrina que enarbolaban algunos individuos que, además de hacerle oposición al régimen de Bosch, se mostraban renuentes a aceptar la libre expresión de las ideas marxistas. De manera que, a la par con la soterrada conspiración contra el gobierno, también se expresaban en contra de

nosotros. Llegaron a acusar a Bosch de comunista por la simple razón de que permitía la libre expresión de todas las corrientes políticas.

Los conspiradores hicieron provecho desde los comienzos del nuevo régimen de las amplias libertades que se respiraban en el país. Los rumores de golpe de Estado se regaron desde los pocos días de la toma de posesión. En varias ocasiones parecía que era inminente la asonada, pero con la misma rapidez con que se producían los rumores así mismo se diluían para volver a surgir dentro de un lapso más o menos largo.

En el mes de julio de 1963 se estaba en uno de los períodos más álgidos de cuantos se habían sucedido dentro del gobierno perredeísta, período en el que nuestro partido había tenido una participación muy activa en el sentido de alertar al gobierno acerca del que parecía un inminente golpe de Estado. Una de esas actividades la realizamos José Espaillat y yo en una visita que hicimos al doctor Rafael Molina Ureña en su residencia. Molina Ureña era presidente de la Cámara de Diputados, cargo que lo colocaba como tercero en la sucesión presidencial después del vicepresidente y del presidente del Senado. Expusimos al alto funcionario nuestros temores a la vez que le transmitimos nuestras ideas respecto al remedio que se debía poner a las actividades conspirativas de los enemigos del Gobierno, entre las que primaba la movilización de las masas populares en apoyo al régimen de libertad en que se vivía por primera vez en el país dentro de casi medio siglo. Molina Ureña nos prometió llevar al presidente Bosch nuestras inquietudes. No sé si lo hizo. Lo cierto es que dichas movilizaciones nunca se hicieron. Pero esa vez, como en otras tantas, los rumores languidecieron y la vida volvió a tomar su ritmo normal. Tan normal fue que el partido consideró llegada la hora para que tanto José Espaillat como yo nos trasladáramos a la Unión Soviética a tratar nuestros quebrantos que, coincidentalmente, eran de la misma

naturaleza: úlcera duodenal recalcitrante. Aunque la mía había sangrado varias veces, la de José daba muestras de ser más activa.

El 23 de julio partimos José y yo hacia Caracas, Venezuela, desde donde nos trasladaríamos a París a hacer las diligencias de visas hacia el lugar de nuestro destino. De París volamos a Praga, no sin antes pasar dos semanas en la bella capital francesa, la que visitaría por primera vez.

Lejos estaba de pensar que con ese viaje iniciaba mi tercer exilio, que duraría dos años y cuatro meses, el tiempo que pasó en el poder el Triunvirato golpista que derrocó a Bosch el 25 de septiembre de ese mismo año de 1963.

Nuestro plan era someternos a un tratamiento intensivo que pensábamos duraría a lo más dos meses. Estuve casi un mes en un hospital situado cerca del Kremlin. De allí me enviaron a un sanatorio enclavado al Norte del Cáucaso. Es un sitio de curación en medio de las montañas y en el que hay varias fuentes medicinales propias para los enfermos de las vías digestivas. Allí estuve 24 días y regrese a Moscú en donde volví a encontrarme con José, al que habían llevado a otro hospital y a otro centro de salud situado a orillas del Mar Negro. Nuestro reencuentro se produjo alrededor del 20 de septiembre y de inmediato, en vista de nuestras mejorías, comenzamos a hacer las diligencias para nuestro regreso. Todavía no nos habían fijado la fecha de embarque cuando llegó la noticia del golpe de Estado. Todas las gestiones se detuvieron en espera de instrucciones de nuestro partido, las que llegaron a los pocos días: debíamos permanecer en Moscú hasta nuevo aviso. De las primeras medidas del Triunvirato golpista, una fue poner-nos impedimento de entrada al país...

Esta primera edición de *Memorias de Tulio H. Arvelo*, terminó de imprimirse en los talleres gráficos de Editora Búho, Santo Domingo, República Dominicana, en el mes de febrero de 2013.